

amanda adams



El
TEMERARIO

LOS HERMANOS WALKER, LIBRO 4

EL TEMERARIO

LOS HERMANOS WALKER, LIBRO 4

Índice

[El temerario](#)

[Acerca de El Temerario](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Epílogo](#)

[Libros por Amanda Adams](#)

[Sobre Amanda Adams](#)

[Libros por Amanda Adams \(English\)](#)

AMANDA ADAMS

ACERCA DE EL TEMERARIO

Derek Walker está en Las Vegas para la boda de su hermano.

Una despedida de soltero. Un poco de juego. Una semana de diversión
con sus hermanos.

¿Qué podría salir mal?

¿Podría enamorarse?

Puede que encuentre su pareja... pero cuando el pasado lo llame,
desafiara todo lo que cree saber sobre la familia, la lealtad y el amor.

Derechos de autor

Copyright 2018 Tydbyts Media
El Temerario: Los hermanos Walker, libro 4
Diseño de portada Copyright 2017 by eBook Indie Covers

Obra literaria. Primera edición. Agosto de 2017
Derechos de autor 2017 por Tydbyts Media
Publicado por Tydbyts Media
Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción. Nombres, personas, lugares y eventos son completamente producto de la imaginación del autor o usados ficticiamente. Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, es una coincidencia.

PRÓLOGO

DEREK WALKER SE DETUVO EN LA ENTRADA DE LA CASA DEL ABOGADO DE LA FAMILIA, y apagó el motor de su camioneta mientras observaba los témpanos de hielo y la nieve que colgaban del abeto azul gigante al lado del camino. Parecía un árbol de Navidad gigante con la nieve y el hielo brillando ante el tímido sol de Colorado con un millón de pequeños diamantes. Era hermoso y trágico, pues le recordaba a las únicas dos mujeres que le habían importado. Ambas muertas. El dolor era como una horca clavada en su pecho, helada y afilada como un cristal roto.

Derek se miró en el espejo retrovisor, y aquellos ojos marrones oscuros le devolvieron la mirada, aquellos ojos marrones que le recordaban tanto a su abuela. Respiró hondo varias veces mientras se miraba fijamente, asegurándose de tener las cosas en orden antes de salir del vehículo. Hoy dolería, mucho, y necesitaba ser fuerte por sus hermanos, quienes dependían de Derek, de su fuerza, para mantener la compostura. Si no fuera así, caerían como ladrillos detrás de él.

El volante crujió en sus manos mientras, sin saberlo, intentaba estabilizar sus emociones y envolver el dolor en capas de lógica adormecedora dentro de su mente. Exhaló aliviado cuando su hermano Mitchell, menor por seis meses, se detuvo en el camino de entrada detrás de él en su coche deportivo de color rojo cereza. Su otro hermano menor, Jake, que ya estaba ahí, había estacionado su camioneta blanca en la calle

en medio de una pila de nieve que los arados habían dejado atrás. La vista lo hizo sonreír. Jake era todo campo; porque ¿para qué más habría un montón gigante de nieve a un lado de la carretera si no era para aparcar?

Aliviado de poder moverse, dejar de pensar, dejar de *recordar*, Derek abrió la puerta de su camioneta, salió y la cerró de golpe detrás de él. Estaba vestido, como de costumbre, de negro, lo que era un marcado contraste con los pantalones de vestir y el abrigo deportivo de Mitchell, quien solía ser un chico problemático, pero se había pasado desde el lado oscuro al lado respetable. Era un bendito cirujano que usaba pantalones de vestir y una chaqueta para ir al trabajo todos los días. Pero cuando se trataba de mujeres, ambos estaban en el mismo barco; no les interesaba nada a largo plazo. Demonios, ese parecía ser el tema principal entre los cuatro hermanos. Todos habían sido adoptados de los agujeros del infierno y salvados por la madre, a la que todos estaban ahí para honrar.

Perderla los hizo pedazos, pero en este momento, Derek necesitaba interpretar su papel. Enderezó los hombros, respiró hondo y se apretó el cuello. Era hora de hacer lo que siempre hacía, cuidar de su familia. Podría vivir el dolor más tarde. Podría enfurecerse y correr con su monstruo Ducati por las curvas de las carreteras de montaña como si lo persiguiera un demonio. Más tarde. Ahora mismo, tenía un trabajo... mantener la calma, para ser un ancla para sus hermanos. Eso era todo.

Mitchell asintió a Derek y, como siempre, su hermano cayó al lado de él mientras subían por el camino de entrada a la puerta principal. Ninguno de los dos habló. No necesitaban hacerlo. Ambos sabían por qué estaban ahí, y era una mierda.

La señora Klasky abrió la puerta con un par de pantalones azul marino y un suéter sobredimensionado de color crema. Ella tenía ochenta años, pero tenía un brillo en sus ojos y una manera práctica de ser que Derek apreciaba. Derek no jugaba. La vida era demasiado corta para esa mierda. Si odiaba a alguien, o lo quería en la cama, él iba directo al grano, sin rodeos.

—Adelante. Pasa. Jake ya está aquí. —Les hizo señas para que

ingresaran, y Derek entró al pasillo con Mitchell un par de pasos atrás. Cuando Derek la miró por encima del hombro, ella sonrió—. Tan guapo como siempre, por lo que veo. Vayan a la cocina, muchachos. Hice limonada. Y tengo galletas, Derek. Tus favoritas.

Derek sintió que su cara se calentaba y Mitchell, como de costumbre, consciente de todo lo que sucedía a su alrededor, hizo una interrupción muy necesaria. La señora Klasky siempre había mimado más a Derek, tenía un punto débil con él de una milla de ancho. Lo que era agradable, pero de una manera incómoda. Y sabía, sin lugar a dudas, que Mitchell lo molestaría al respecto más tarde. La sonriente respuesta de Mitchell lo confirmó.

—Gracias, señora Klasky. No podemos esperar a probar algunas de sus galletas.

Derek tosió en su mano y aprovechó la oportunidad para golpear a Mitchell en la parte posterior de la cabeza, con fuerza, mientras la seguían a través de una pared llena de fotos familiares y retratos en tonos sepia de los antepasados de la familia Klasky. La alfombra verde corría de pared a pared, donde se encontraba con antiguos paneles de madera que, probablemente, se habían instalado en los años setenta. Y una vieja canción llegó a la mente de Derek, aunque no podía recordar el título. Tenía un vago recuerdo de John Lennon escribiendo una canción sobre la quema de los horribles paneles de madera de una chica, y podía entender por qué.

Jake se sentó en su lugar habitual en la mesa de la cocina de los Klasky, en la silla de roble de madera dura más cercana al sofá de veinte años, cubierto con un horrible estampado de cachemir. Derek no había estado en la casa en años. Seguía pareciendo la misma. Se sentía igual. Olía igual. Mitchell golpeó a Jake en la espalda como saludo. Su hermanito era el menor de los cuatro, pero el pequeño idiota los había superado a todos por unos cinco centímetros y unos cincuenta kilos. Pónganle un par de botas de vaquero y un sombrero al niño y tendremos a un defensa de los Dallas Cowboys. Excepto que era demasiado guapo para eso. Y demasiado blando de corazón.

Jake aún vivía en el rancho familiar, cuidando caballos y haciendo sus cosas de vaquero. Tiraba fardos de heno de medio kilo como si fueran cajas de galletas. Y como el menor, Jake nunca dejó pasar la oportunidad de frotar en las narices de sus hermanos mayores el hecho de que podía patear el trasero de cada uno de ellos. Derek apreciaba el amor de su hermano por la vida en el campo. Todos habían vivido en el rancho después de la adopción, y el silencio había calmado su ira de una manera que nada más podría haberlo hecho. Pero después de un tiempo, el aislamiento se hizo demasiado difícil de soportar. Había demasiado espacio y demasiado tiempo para pensar en el pasado. Respiró hondo mientras los olores de galletas, limonada y limpiador con olor a pino lo rodeaban.

—Aquí tienen, muchachos. —La señora Klasky puso un vaso de limonada delante de cada uno de los chicos. Derek sabía exactamente a qué sabría, y su boca comenzó a hacerse agua antes de que la bebida llegara a tocarla. Recordó cuando se quedaba sentado en ese sofá feo esperando que su madre y la señora Klasky terminaran sus chismes en más de una ocasión, fingiendo no escuchar, pero absorbiendo cada palabra. Sabía quién salía con quién, a quién pillaron haciendo trampas, conduciendo borracho, peleando en los bares. Siempre escuchaba. Era una habilidad que se había ganado a duras penas y que lo había mantenido vivo cuando era más joven.

—Gracias —Mitchell, siempre el caballero, hablaba por los dos.

El timbre sonó y la señora Klasky se excusó.

—Ése debe ser Chance. —La señora Klasky desapareció de nuevo y regresó con su hermano Chance, el abogado de sangre recién salido de la escuela de leyes. Chance llegó con traje y corbata, y una extraña sensación de orgullo se retorció en el pecho de Derek. Sus hermanos estaban bien. Habían hecho algo de sí mismos, habían superado sus desastrosos pasados. Derek sabía que su madre merecía todo el crédito, pero se llevó una pequeña satisfacción por las cabezas que había golpeado, los matones que había amenazado, el dolor que había quitado a sus hermanos, cosas de las que nunca se habían enterado.

Sus hermanos lo eran todo. La familia lo era todo para Derek. Su abuela le había enseñado eso antes de morir. No su padre inútil, que se fue antes de que Derek naciera. No su abusiva y alcohólica madre biológica que hizo de su vida un infierno. Aunque si había sido retenido cuando era pequeño, había sido amado. Y sabía que, a pesar de toda la basura a la que había sobrevivido, había tenido suerte.

—Chance. —Derek se levantó de su asiento al final de la mesa y envolvió a Chance en un abrazo.

—Hola, perdedor. —Después de un abrazo rápido, Chance le dio una palmadita en el hombro a Derek. Jake y Mitchell se turnaron para saludar a su hermano. A pesar de la situación, la sonrisa de Derek se amplió cuando la alegría de tener a los hermanos juntos en un solo lugar emanó de su pecho e inundó su cabeza como una sacudida de adrenalina. El esposo de la señora Klasky, también abogado, los había invitado aquí por algo relacionado con la herencia de su difunta madre. Los hermanos habían asumido que todo estaba arreglado, así que esta pequeña reunión era un poco incómoda.

—Tarde a la fiesta, como siempre. —Jake agarró a Chance y lo levantó del suelo como si su hermano fuera una niña. Los dos más jóvenes, Jake y Chance, estaban cerca, y Mitchell sonrió a las payasadas de Jake. Era bueno estar juntos. Siempre bueno.

—Y tu aún hueles a hamburguesas de vaca y fardos de heno. —Chance se rió, pero Jake no iba a aguantar el insulto.

—Claro que sí, hermano. Y tu hueles como si te hubiera limpiado el trasero un asistente de baño con una toallita húmeda perfumada. ¿Te estás convirtiendo en uno de esos metrosexuales, chicos de ciudad? —Jake dejó a Chance, y Mitchell respondió por él.

—No, hombre. Ese sería yo. —Mitchell sonrió y agarró a Chance por los hombros.

Chance estaba vestido con su traje y, como siempre, era el único con corbata. Incluso el señor Klasky, el abogado de ochenta años de edad de su madre, llevaba caquis y una camiseta de golf.

—Ahora que están todos aquí, podemos empezar. —El señor Klasky

acercó rodando un pequeño televisor con el viejo combo de VCR. Jake le alcanzó una silla con su pie y Chance se sentó en ella, tirando de su corbata para aflojar el nudo alrededor de su cuello. Acababa de empezar a trabajar en un prestigioso bufete de abogados de la ciudad. El pobre trabajaba casi tantas horas como Mitchell, quien era un residente de cirugía de segundo año.

Todos agradecieron a la señora Klasky mientras les servía una bandeja de galletas con chispas de chocolate, tal como lo había estado haciendo desde que estaban en la escuela primaria. Ella le dio a Derek una palmadita extra en la mejilla cuando pasó a su lado, y Mitchell escondió su sonrisa detrás de su mano. Derek le dio una patada bajo la mesa.

La señora Klasky sonrió mientras caminaba de regreso al mostrador y quedó de pie, apoyada contra la pared. Jake le ofreció su asiento, pero ella se negó.

—Chicos, van a querer estar sentados para esto.

—Con el debido respeto, señor Klasky, pero la propiedad de mi madre se repartió hace meses cuando se enfermó. —Chance habló y Derek observó la expresión de la señora Klasky cuando algo cercano a la anticipación apareció detrás de sus ojos. ¿Qué diablos tramaban los viejos amigos de su madre?

—Sí. Sí. Lo sé. —El hombre mayor se inclinó, buscando un enchufe en la pared para poder enchufar ese dinosaurio de televisor.

—¿Entonces por qué estamos aquí? —La mirada de Chance se dirigió desde el señor Klasky, que por fin había encontrado una toma de corriente y le estaba introduciendo las clavijas eléctricas, hasta su esposa, que lo miró con una ceja levantada hasta que añadió:

—Señor.

El señor Klasky se levantó y se frotó las manos como si no pudiera esperar a darles una gran sorpresa. Derek se movió en su asiento y golpeó con sus dedos la mesa. Derek *odiaba* las sorpresas.

—Bueno, muchachos, le prometí a vuestra mamá que los reuniría a todos hoy, seis semanas después de su muerte. Que en paz descansen.

—¿Pero por qué? Todo ha sido tramitado. —Chance se inclinó hacia adelante, en modo de abogado.

—No todo. —La señora Klasky sacó cuatro sobres de su bolsillo del delantal. Cada uno parecía tener una tarjeta de cumpleaños de gran tamaño dentro. Se acercó a la mesa y le dio una a cada uno de ellos.

—No los abran todavía. Tienen que ver el video primero.

El sobre de Chance era verde. El de Jake era blanco. El de Mitchell era rojo descolorido. Derek inspeccionó el sobre en su mano, un sobre de un amarillo brillante y soleado con la letra cursiva de su madre en el frente.

Diablos. Incluso en su ausencia se sentía muy presente. Su madre siempre había estado dos o tres pasos por delante de sus hijos. Siempre. Así fue como los enderezó. Su madre siempre supo lo que pasaba con sus hijos, a veces, incluso, antes que ellos mismos.

—Santo cielo. —Jake se reclinó en su asiento y comenzó a golpear su sombrero de vaquero contra su rodilla, que era el código para una inminente erupción volcánica.

El señor Klasky introdujo una vieja cinta VHS en el reproductor, y la pantalla borrosa se volvió negra durante unos segundos. La vieja cinta comenzó a hacer un zumbido mientras andaba.

Mitchell se sentó con una sonrisa en la cara y los codos sobre la mesa. Derek los ignoró a todos mientras la voz de su madre resonaba a través de las bocinas de la televisión. La señal de video emitió un sonido extraño cuando la imagen de su madre se inclinó hacia adelante para comprobar que la cámara estaba encendida. Satisfecha, asintió con la cabeza, y luego se sentó en una silla colocada de manera que su rostro llenara la pequeña pantalla.

Se veía joven y sana, fuerte. Verla lucir así le dolió, le recordó lo horrible que se veía cuando el cáncer se la comió viva de adentro hacia afuera.

Demonios.

Hola, mis preciosos niños. Voy a hacer esta cinta y se la daré al señor Klasky por si me pasa algo. No planeo ir a ninguna parte, pero si lo hago, quiero que sepan que los amé más que a nada y siempre me sentí orgullosa, todos los días, de

ser su madre.

Jake suspiró y giró la cabeza. Mitchell se inclinó hacia adelante en un suspiro y Chance contenía la respiración. Derek se congeló, temeroso de moverse, temeroso de filtrar la más mínima reacción. Si comenzaba a permitir que el dolor saliera, explotaría y nunca se detendría, se despedazaría fácilmente como papel contra una metralla.

Ustedes saben lo mucho que siempre los incentivé para que siguieran a sus propios corazones. Siempre recordándoles lo importante de seguir sus sueños. Bueno, he estado pensando mucho en esto desde el año pasado. Derek tiene catorce años ahora, y veo que ya está sucediendo.

La vida se va a apoderar de ustedes y los va a despojar de sus sueños. Lo sé. El mundo real es duro e implacable. Los chicos ya no tienen sueños. Tienen que ser hombres. El mundo va a esperar que sean duros. Y sé que pueden ser duros como un clavo. Todos ustedes. Sé de dónde vienen. Nacieron en un mundo duro. Traté de mostrarles una vida diferente, pero tengo miedo. Miedo de que crezcan y olviden quiénes son realmente. No quiero que olviden sus sueños.

Así que, hice algo un poco loco. Tal vez lo recuerden, tal vez no, pero en mi cumpleaños de este año, les pedí a cada uno de ustedes que escribieran una tarjeta muy especial...

La risa de su madre llenó la tranquila cocina. Esa risa. No importaba lo mal que pudiera estar, esa risa siempre le había hecho sentir que todo iba a salir bien.

Le voy a pedir al señor Klasky que guarde estos sobres por un tiempo. Algún día, moriré. Tal vez tenga noventa años, tal vez no, pero si me voy y necesitan que se los recuerde, él les recordará quiénes son en realidad.

Su expresión cambió de traviesa y llena de sí misma a solemne y seria. Se inclinó hacia delante hasta que su cara llenó toda la pantalla.

Los amo. A todos y cada uno de ustedes. Y cada uno de ustedes me hizo una promesa, todos esos años atrás. Y muerta o no, espero que la cumplan.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rió, el brillo de nuevo en sus ojos. Sabía que había ganado. Se había ido, y sus hijos ni siquiera podían discutir con ella ahora. Sin retroceder, sin quejarse, sin negarse. Los tenía a todos en sus manos y lo sabía, todos esos años atrás cuando hizo la

grabación, sabía que sus hijos cumplirían sus promesas, porque así era como ella los había criado.

Muerta o no. ¿Qué les parece eso? Los amo. No olviden sus sueños y anhelos. Abran sus sobres ahora. Lean las tarjetas. Y sobre todo, recuerden por qué las escribieron. Cumplan sus promesas. Los amo, y saben que los estaré observando.

Todos se sentaron en silencio, y Derek miró el sobre que tenía en la mano. Sabía lo que contenía. Ni siquiera necesitaba abrirlo. Recordaba cada palabra. Mirando hacia arriba para inspeccionar los rostros de cada uno de sus hermanos, reconoció la asombrada negación de cada uno de ellos. Parecía que todos estaban en el mismo barco. Derek esperaba que cada uno hubiera escrito algo épico en sus cartas, algo divertido y loco, y totalmente salvaje. Las palabras que había escrito ese día estaban quemadas en su cerebro como una marca, y las había vivido todos los días desde entonces.

No había ninguna gran revelación para él dentro del sobre, ningún sueño que perseguir. Nunca había soñado, no así, no como lo habían hecho sus hermanos.

Unos minutos después, la señora Klasky lo llevó a la cocina.

—Tu madre quería que te dijera esto a ti especialmente, Derek, para asegurarse de que abrieras tu sobre.

Miró hacia abajo, hacia los ojos arrugados de ella.

—¿Por qué? Sé lo que escribí. Lo recuerdo.

Ella asintió, y le dio una palmadita en el hombro.

—Sí, querido. Pero no sabes lo que te respondió.

CAPÍTULO UNO

Un año después

Chance se inclinó hacia atrás en su silla, levantando las dos patas delanteras del suelo de madera y agitando la cabeza para gritar por encima del ruido.

—No. Nada de despedida de soltero, imbéciles.

Derek bebió su cerveza y escondió su sonrisa detrás del vaso mientras Mitchell causaba problemas.

—Demasiado tarde, hermanito. Todas las invitaciones electrónicas ya han sido enviadas.

—Eres un bastardo. —Chance se metió una hojuela de nacho cargado en la boca, y puso una mueca de dolor mientras la sonora risa de Jake atravesaba la música alta que el DJ del bar bombeaba a través de los altavoces. Los hermanos Walker se habían reunido para su ritual de una vez al mes y la sesión de idioteces del viernes por la noche, pero esta vez era especial. El hermanito Chance se casaba con el amor de su vida en tres semanas. En Las Vegas.

—Sí, bueno, culpa a Tyler. El trío Castillo también estaba involucrado. —Los nuevos cuñados de Mitchell eran todos jóvenes, solteros, y pasaban la mayor parte de su tiempo tocando música con su exitosa banda, Castillo. Habían firmado con la misma compañía discográfica que

Erin, la prometida de Chance, por lo que todos se estaban fusionando en una gigantesca familia musical.

—¿Sí? Bueno, dile a ese imbécil de Tyler que si hay una *stripper* tratando de sentarse en mi cara, a él le voy a partir la cabeza hasta la semana que viene. Sabes que odio esa basura.

La sonrisa de Mitchell no fue nada tranquilizadora mientras devoraba una canasta llena de alitas de pollo y papas fritas empapadas en aderezo ranchero. El doctor comía como un niño de catorce años, no importaba cuánto su esposa, Jessica, lo mimara con comidas caseras y con los panecillos más deliciosos que Derek había probado.

Jake, el gran vaquero, irradiaba orgullo desde el otro lado de la mesa. Los había llevado a todos al altar, arrastrando a Claire delante de un predicador un mes después de que volvieran a estar juntos. Derek vio una gran sonrisa en la tranquila cara del campesino, y no podía dejarlo escapar ileso del paredón.

—Jake, estás resplandeciente como una niña.

—Claire regresa mañana. —Jake movió las cejas con una sonrisa—. Digamos... que no planeo que ninguno de los dos duerma en, por lo menos, una semana.

La esposa de Jake, Claire, era arqueóloga y acababa de pasar los últimos dos meses en una excavación en algún lugar de Italia, en un pequeño pueblo que fue engullido por el mismo volcán que aniquiló Pompeya. Hércules o algo así. Derek no tenía ni idea ni le importaba. Todo lo que le importaba era la sonrisa idiotizada en la cara de su hermanito. Si sus hermanos eran felices, entonces todo estaba bien.

Mitchell remató la última ala picante y la tiró a la canasta forrada de papel.

—No sé cómo lo soportas, hombre. Estar lejos de ella por tanto tiempo.

—Dios, Mitchell, sueñas como si estuvieras completamente dominado. Ten un poco de orgullo. —Derek robó una patata frita y apuntó a su hermano.

—Jessica me tiene agarrado de las pelotas, y no me importa ser todo

suyo. —Mitchell y Jake llevaban anillos de boda de oro en sus manos izquierdas, y el primer hijo de Mitchell, un niño, nacería en un par de meses. Sus hermanos se veían bien, contentos, como Derek nunca los había visto antes, aunque no podía sentirse igual a ellos. En su interior, todavía se sentía crudo y nervioso, acechado. No había ninguna razón para ello, ninguna explicación lógica o vudú psicológico que pudiera usar para deshacerse de esa sensación. Siempre estaba en guardia, siempre esperando problemas, listo para pelear. Toda su vida había sido así, y no sabía cómo apagarlo. La mayoría de los días, a Derek no le importaba la agresión que fermentaba dentro de él como una infección, pero sentarse aquí con sus hermanos contentos hacía que el contraste fuera mucho más fuerte y difícil de explicar. Sobrevivieron al infierno, los cuatro. Entonces, ¿por qué Derek se sentía como el único que seguía en el filo de la navaja?

Con un suspiro, tomó otro sorbo de cerveza. Se había encargado de cuidar a sus hermanos desde hacía años. Sus demonios eran suyos, y no había necesidad de llorar como un bebé por ellos. La familia lo era todo, por eso cuidaba de sus hermanitos. Con Jake y Mitchell establecidos, tenía dos hermanos “caídos”, y uno por caer. Chance era el único que aún no estaba legalmente casado. Una vez que su hermanito estuviera fuera del mercado oficialmente, tal vez Derek podría aprender a relajarse, dejar de jugar al hermano mayor y de vigilar todo el tiempo. “Deja de preocuparte. Deja de esperar a que se caiga el otro zapato”, pensaba.

Sí, claro.

—Estoy seguro de que estoy listo para que vuelva a casa —dijo Jake.

—Todos sabemos lo que quieres. —La risa burlona de Chance forzó un fuerte estruendo que sacudió los hombros de Jake y una ráfaga de color rosa coloreó las mejillas del rubio gigante. Mitchell no perdió el ritmo.

—Eres muy bueno en el sexo telefónico, ¿o qué?

Jake se ahogó con su cerveza y Derek se rió a carcajadas. Jake bajó el vaso y miró a Derek a los ojos.

—No sé de qué te ríes. Tienes un montón de problemas y ni siquiera

lo sabes.

Confundido, Derek inclinó la cabeza y frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Mitchell y Chance se rieron detrás de sus manos y no miraron a Derek a los ojos. Jake, sin embargo, lo miró fijamente como si fuera el blanco de una broma, siendo Derek el único que no conocía el chiste.

—¿De qué carajos estás hablando, Jake?

Mitchell se recostó, una gran sonrisa en sus labios. Chance estudió su cerveza con intenso interés, con una sonrisa divertida apareciendo y desapareciendo de su cara. Jake, sin embargo, cruzó los brazos sobre su enorme pecho y sonrió de oreja a oreja. Derek estaba listo para pegarle.

—Las mujeres Walker parecen pensar que necesitas una esposa.

Derek se ahogó y Mitchell se inclinó hacia adelante para golpearlo en la espalda mucho más fuerte de lo necesario.

—¿Qué?

Chance dejó de luchar contra el impulso y se rió.

—Cada una ha seleccionado a una conocida que creen podría ser perfecta para ti. Te van a acosar, Derek. Cada una de las damas estará armada con información personal y te perseguirá. —Chance se detuvo, y luego volvió a reírse—. Asignaron a una de sus amigas como tu cita para cada evento previo a la boda. Escribieron un bendito horario. Va a ser como tu propia versión personal de *The Bachelor TV Show*.

—Oh, Dios. ¿Estás bromeando? —Derek miró a Mitchell para confirmarlo. Su hermano más cercano se encogió de hombros.

—Pobre Derek. —Mitchell, el cirujano y pronto a ser padre, le dio una palmadita en la mano a Derek como si fuera un niño de dos años haciendo un berrinche—. No deberías sorprenderte. Sabes que a las mujeres les encanta ese trance de ser casamenteras. Y usted, señor Motociclista Malvado, es un desafío al que no pueden resistirse.

Derek se frotó la frente, por un repentino y violento dolor de cabeza apareciendo.

—Por favor, dime que esto es una especie de broma retorcida. ¿Un horario? —Miró de hermano en hermano, encontrando cada una de sus

expresiones de simpatía y tratando de no sentirse enfermo—. ¿Por qué no las detuvieron, idiotas?

Cuando todos lo miraron con expresiones dóciles e indefensas, Derek sabía la respuesta.

—A ustedes tres les tienen que salir pelotas. Díganles a sus mujeres que no de vez en cuando.

La risa de Mitchell fue tan despreocupada, que Derek no tuvo el valor de burlarse de él por ello.

—Correcto. Trabajé muy duro para que Jessica dijera que sí, como para arruinar su diversión. —Los ojos verdes de Mitchell eran tan felices que Derek sabía que estaba jodido. No iba a recibir ni un gramo de ayuda de ninguno de estos idiotas enfermos de amor.

Chance acabó con él.

—Además, esto será divertido de ver.

Derek se recostó en su silla y se enfrentó a sus tres hermanos, cada uno con una sonrisa de satisfacción.

—Son unos idiotas —les dijo.

Mitchell se metió una patata frita en la boca.

—Aprendí del maestro —respondió.

Con un suspiro, Derek agitó la cabeza.

—Muy bien. En serio. ¿Hay alguna manera de que sus mujeres no metan sus narices en mi vida personal?

Jake bebió su cerveza.

—Sí, puedes tratar de convencerlas de que te has enamorado y traer una mujer a la boda. Tienes dos semanas.

Derek frunció el ceño.

—No voy a ir.

—Eres el padrino, idiota. —La sonrisa de Chance era de una milla de ancho.

CAPÍTULO DOS

LAS VEGAS, dos semanas después

Laura George hizo todo lo posible para perderse en el caos y el ruido del enorme piso de la feria; el hormigueo que subía y bajaba por su espina dorsal era toda la prueba que necesitaba de que el hermano psicótico de Benny la había seguido.

Ella caminó a lo largo del recinto, admirando el impresionante trabajo hecho a la medida por los mejores talleres de corte, clubes de motocicletas, tiendas de bicicletas e individuos en el país. Todas las tiendas de motocicletas personalizadas que valían la pena estaban aquí, así como los grandes fabricantes, tales como Harley Davidson y Ducati. Escaneando la lista del libro del programa, frunció el ceño cuando no vio a su favorito, Walker Custom, en la lista. El año pasado, habían aparecido con una Ducati Monster personalizada que la había dejado boquiabierta. Habría dado su pierna izquierda para montarla, pero se había visto obligada a conformarse con llevar a su fiel Yamaha, de ocho años de edad, a una carrera casi suicida a alta velocidad a través de los cañones.

Ya no habrá más cabalgatas por un tiempo. Su vuelo salía mañana a primera hora para Denver. El boleto y cinco de los grandes en efectivo en su bolso era todo lo que tenía hasta que el juicio terminara. Se iría de la ciudad y se mantendría con bajo perfil. Su boleto de avión de regreso

también estaba en su bolso, un viaje de ida y vuelta a Las Vegas el día antes de su comparecencia ante el tribunal para enfrentarse a un asesino a sangre fría.

La maleta negra del tamaño de una bolsa que llevaba detrás de los tacones Valentino de cinco pulgadas contenía todo lo que podía salvar de su vida aquí hasta que Benny fuera puesto en hielo en la cárcel estatal. El resto de sus pertenencias, de su colección de zapatos de diseñador, cueros de carreras, cajas de herramientas, y las pocas cosas personales que había logrado mantener, estaban en un almacén en el lado norte de la ciudad. No tuvo tiempo de alquilar un camión, encontrar un lugar e intentar reubicarse. El juicio duró casi seis semanas, y Laura sabía que si se quedaba en Las Vegas otras cuarenta y ocho horas, estaría muerta.

Su exjefe, Benny, tenía sesenta años y no era considerado una amenaza suficiente como para que le dieran protección policial. Como ladrón de poca monta, no era mafioso ni megamillonario. No estaba conectado. No, Benny era un idiota codicioso que había matado a un hombre, y lo hizo delante de ella. Y resulta que tenía un hermano un poco mayor, llamado Richard, que se había pasado la vida limpiando los desastres de Benny. Ahora mismo, *ella* era el desastre. Como si necesitara más basura con la que lidiar.

Llevando su pequeño maletín detrás de ella, caminó hasta el área de exhibición de su segunda tienda favorita de motocicletas y admiró el trabajo. La vista de tantas motocicletas, el olor a aceite y llantas, la hizo extrañar tanto el garaje de su papá que se le hinchó la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas. Le había enseñado todo lo que sabía sobre trabajar en motocicletas, y estar aquí la hacía sentir como si todavía estuviera con ella de alguna manera, cuidándola desde dondequiera que estuviera ahora. Cielo o infierno, ella no tenía ni idea. No había sido un gran cuidador, y la había arrastrado por todo el país tan fácilmente como ella arrastraba la maleta detrás de sí, pero le había enseñado todo acerca de las motocicletas, y le había mostrado la libertad que solo se puede encontrar volando por la carretera con el viento robando el aliento y el estruendo de un poderoso motor entre las piernas. Había sido un padre

horrible, pero al menos había estado ahí, a su manera.

Mientras ella admiraba un Triumph personalizado particularmente bello, dos hombres caminaron junto a ella, admirando lo mismo. Uno era alto y delgado, guapo, con pelo castaño oscuro y ojos verdes. Tenía un anillo de boda en su mano izquierda y su mirada superficial a la motocicleta le hizo saber que él no era la razón por la que los dos estaban aquí.

El otro hombre, sin embargo, hizo que su corazón se acelerara. Era un par de pulgadas más bajo, con el pelo tan oscuro que parecía casi negro. Sus ojos eran de un rico color marrón, el color de su chocolate favorito, y estaban intensamente concentrados mientras se arrodillaba y pasaba sus dedos por el brillante y negro tanque de gasolina como si estuviese tocando la mejor joya. Ambos hombres llevaban trajes negros y camisas blancas, como si acabaran de llegar de una boda o de un funeral. Al hombre más alto, le quedaba bien, la facilidad de su postura y la forma cómoda en que descansaba las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta, eran prueba de que estaba acostumbrado al atuendo. Pero en su amigo sexy, el traje era una burla, como un tigre con sombrero de copa. Sus movimientos eran inquietos y nerviosos mientras se tiraba del cuello revelando el borde superior de un tatuaje del que a ella realmente le hubiera gustado ver más. Demonios, era guapísimo. Quería ver algo más que su tatuaje.

El alto habló primero, con un pie sobre el otro, con una mirada aburrida en su cara.

—Deberíamos volver, Derek. Probablemente, ya te estén buscando.

Laura se acercó un poco más, sin querer perder ni una palabra, la misma curiosidad que la había convertido en la estrella de un juicio por asesinato, obviamente aún viva y bien, a pesar de ser perseguida. Habría puesto los ojos en blanco ante su propia estupidez, pero el bombón, Derek, contestó a su amigo.

—No me hables ahora mismo. No puedo volver allí.

La curiosidad se despertó; Laura se quedó quieta, fingiendo que leía su libro del programa.

Ojos verdes se rieron.

—Tienes que hacerlo. ¿Quién va a hacer el brindis?

“Ah, ¿entonces, una boda?”. Laura dio vuelta la página.

—No me importa, Mitchell. Deja que Jake lo haga. Ya no aguanto más.

Mitchell estalló riéndose de la situación de su amigo, y Laura tuvo que contener una sonrisa propia ante el sonido de la risa de Mitchell.

—Escucha, hermano mayor, sé que las mujeres te están volviendo loco, pero es solo una noche más. Sé fuerte.

Entonces, ¿eran hermanos? Aún más interesante. ¿Y quién era Jake?

Derek se paró y Laura se movió para pararse detrás de él, discretamente, por supuesto, y no porque no pudiera apartar la vista de su trasero.

—Escucha, no puedo hacerlo. No puedo volver allí esta noche. Están todas locas. —Derek se frotó la mano en la nuca y Laura sintió pena por él. Sonaba tan derrotado.

—No están locas, Derek. Son solteras.

Eso la hizo estallar de risa, pero lo cubrió lo mejor que pudo con sonidos violentos al toser. Demasiado tarde; la atención de Derek se dirigió hacia ella. En dos segundos la había inspeccionado desde la punta de la cabeza, desde su vestido rosa y negro hasta la puntas rosadas de los dedos sus pies. Su mirada se detuvo en la maleta de ella durante un breve segundo antes de encontrarse con la de ella.

Todo el aire salía de sus pulmones y no podía respirar mientras miraba al par de ojos más sexys que había visto en toda la habitación. Sus pestañas negras podrían avergonzar a los modelos de rímel. Sus hombros llenaban ese traje como si lo hubieran vertido en él, y sus manos parecían ásperas y callosas por el trabajo duro, tal como a ella le gustaban.

Dios, estaba *suuuper sexy*. Intenso. Un total chico malo, y ella tuvo que recordarse a sí misma que se iba a ir en catorce horas, en un avión, a otro estado. Iría a Denver, a encontrar un trabajo como mecánica y pasar desapercibida hasta el juicio. Fin de la historia.

Cuando él se volvió hacia su hermano, ella titubeó, pero siguió

escuchando. Esto era demasiado jugoso para dejarlo pasar.

—Están locas, Mitchell. Son buenas mujeres, estoy seguro, pero no hay manera de que pueda lidiar con eso. No puedo creer que Jessica pensara que me gustaría esa instructora de yoga.

Mitchell se rió mientras Derek continuaba:

—Anoche me arrastró al jacuzzi. Así que, pensé, bien, veamos a dónde va esto. Pero en el momento en que estábamos en el agua, ella trató de doblarme como un pretzel, y luego me dijo que nos casamos en una vida pasada como campesinos en la antigua Roma.

—Así que, una exesposa, ¿eh? —La sonrisa de Mitchell no tenía absolutamente ninguna simpatía, y Laura se sintió arraigada en el lugar. Así que, esto era lo que se sentía tener un hermano, alguien con quien compartir las cosas, alguien que te hiciera pasar un mal rato, que te molestara, pero que, aún así, te amara al final. Se sentía como una voyeur, mirando y anhelando algo que nunca había tenido, y nunca tendría.

Derek, en realidad, se rió esta vez.

—Sí, claro. —Pasó su mano por una de las motocicletas que ella ya había admirado y no pudo contener su mirada hacia el suave deslizamiento de su mano sobre el cromo moldeado. Acarició la bicicleta como si fuera una amante y la tranquilizó, conociéndola antes de que se la llevara a dar un paseo duro y rápido....

—Las otras dos estaban igual de mal. —Derek no miró a su hermano mientras explicaba, sino que inclinó la cabeza para poder ver de cerca todos los componentes del motor—. La amiga roquera de Erin se convirtió en un lío intenso y llorón en el momento en que estuvimos solos. Puede que parezca una rockera gótica, que, por cierto, no tengo ni idea de por qué Erin pensaría que era mi tipo de mujer...

Mitchell interrumpió:

—Nadie conoce a las de tu tipo, Derek. No te he visto con una cita en años, salvo una de una noche que recoges en un bar.

—Tal vez ese es mi tipo.

Mitchell resopló.

—Mentira, hombre. Te conozco mejor que eso.

—Vete a al carajo.

—¿Qué hay de la otra? Parecía agradable.

Derek se puso de pie y caminó hasta la siguiente moto. Tratando de permanecer invisible; Laura dio unos pasos en esa dirección. Esta conversación era una reliquia, demasiado buena para dejarla.

—Ella es agradable. Absolutamente. Profesora de preescolar. Tan dulce como puede ser.

—¿Y? ¿Cuál es el problema con eso?

Laura se mordió el labio. “Sí, ¿qué había de malo en eso?”. Las mujeres podrían ser agradables. Dulces. ¿Qué era más dulce que una maestra de preescolar? Si una chica así no podía conseguir un hombre, no había esperanza para mujeres como Laura.

Derek estaba cerca de la moto, pero miró a su hermano cuando respondió.

—Quince minutos después de la cena, me informó que quiere vivir en Boulder, tener cuatro hijos y me dijo cómo se llamarán. También me advirtió que siempre quiso que el nombre del Golden Retriever fuera Sampson.

Mitchell se encogió de hombros.

—Entonces, ¿casado, con cuatro hijos y un perro en menos de treinta minutos?

—Exactamente.

—Y yo creía que Jake se movía rápido.

Derek caminó y golpeó a Mitchell en la espalda.

—Conoció a Claire durante años. Solo conociste a Jessica un mes. Tú eres el salvaje de la familia ahora. Me has robado oficialmente la corona.

—Cuando está bien, está bien. —Mitchell se encogió de hombros, pero la felicidad en su sonrisa era intrigante, y Laura se encontró deseando poder conocer a esta Jessica—. Pero supongo que no quieres volver allí y enfrentarte al pelotón de fusilamiento.

—En realidad, no.

—Tenemos que volver, Derek. Chance, probablemente, ya nos esté

buscando. Sabes que van a querer tomar más fotos.

—Lo sé. —Derek y Mitchell se pararon hombro con hombro casi directamente enfrente de Laura, donde continuó leyendo su libro del programa como si su vida dependiera de ello, dando vuelta a las páginas cada pocos segundos, así que parecía que realmente estaba viendo lo que estaba mirando. Derek aclaró su garganta.

—Supongo que no te interesaría venir conmigo como mi guardaespaldas personal.

Laura mantenía la cabeza agachada, esperando que a quienquiera que Derek le hubiera hablado, le contestara.

Cuando el silencio se extendió, ella levantó su barbilla cautelosamente para encontrar a Derek mirándola fijamente, esperándola. Cuando le prestó toda su atención, volvió a preguntarle.

—¿Y bien? ¿Qué dices?

Laura se congeló como un ciervo ante los faros.

—¿Yo?

CAPÍTULO TRES

—Sí. Tú. —Su sonrisa era contagiosa y se extendió de su cara a la de Mitchell antes de que ella sintiera que sus propios labios se curvaban en los bordes—. Necesito una cita sexy para mantener alejadas a los locas.

—No lo sé. —¿Pensó que era sexy? Las mariposas corrían en su estómago. Respiró hondo y observó a la multitud, segura de que en cualquier momento vería al vil hermano de Benny. Necesitaba salir de aquí, y marcharse con estos dos de repente sonaba mucho mejor que irse sola. Si tenía suerte, se iría del lugar y el hermano de Benny la perdería completamente. Estudió a Derek por un minuto—. Cuéntame tus tres motos favoritas de todos los tiempos.

—¿Esto es una prueba?

—Sí.

Ahora estaba sonriendo, sus ojos brillando con el desafío de ella.

—¿Una prueba de qué, exactamente?

Ella se encogió de hombros, sin querer iluminarlo. Podía saber mucho de un hombre por el tipo de motocicleta que le gustaba, y descubrió que, realmente, quería saber su respuesta. ¿Era un guerrero duro o de fin de semana? ¿Prefería velocidad o comodidad? ¿Le gustaban los tubos rugientes o el zumbido silencioso de un motor sigiloso?—. Solo responde la pregunta.

—Si lo hago, ¿aceptarás ser mi guardaespaldas esta noche? —Derek se acercó a ella, sin romper nunca el contacto visual. Un escalofrío corrió

sobre su columna vertebral mientras se aproximaba; la motocicleta en el piso de la sala de exhibición era lo único que había entre ellos.

—Tal vez, si tus respuestas no apestan.

Ella vio la risa en sus ojos, pero la enterró muy rápido. Su mirada era intensa, interesada, y ella se negaba a mostrar debilidad, se negaba a mirar hacia otro lado. Con sus tacones de súper mujer, casi podía mirarlo directamente a los ojos. Oh, claro que sí. Ella creció entre la multitud, sabía cómo se jugaba este juego de dominación, y no estaba dispuesta a echarse atrás y darle la ventaja.

—Triumph T120 Bonneville.

Ella asintió.

—1959. De acuerdo. —Se cruzó de brazos, impresionada, pero tratando de no mostrarlo. Sabía lo que hacía. No solo una cara bonita entonces, y ese pensamiento aumentó su interés cerca de un mil por ciento—. ¿Siguiente?

—R 80 G/S.

Así que era un fan de las motos europeas. Y fuera de la carretera. Aún así, mencionó dos de las motocicletas más icónicas y famosas que había. Esas dos motos estaban en casi todas las listas de los Top Ten en Internet.

—Demasiado fácil. ¿Cuál es tu elección final? Y más vale que sea buena.

—A Ducati Monster 1200 S.

—¿De qué color? —No importaba, pero ella quería saberlo. Esta nueva fantasía le revolvía la vida en el fondo de su mente...

—Negro.

—Por supuesto. —Se mordió el labio inferior con indecisión mientras él la miraba, esperando a que ella diera el siguiente paso. ¿Debería ir con él a la boda? ¿Colgar de su brazo, sonreír, coquetear y fingir ser una princesa? Llevaba puesta la ropa de princesa, de repente agradecida de que su padre siempre hubiera insistido en que se vistiera lo mejor posible cuando viajaba. Él le había enseñado que cuanto mejor era la ropa, mejor era el servicio, y ella había visto de primera mano que el querido padre tenía razón, al menos en eso.

Su hermano se acercó a ellos y le robó la atención a Derek. Parpadeó por primera vez en mucho tiempo cuando Mitchell habló.

—Tenemos que volver.

Derek la miró y le extendió la mano.

—¿Vas a salvarme o qué?

Ella no pudo hacerlo, no sin decirle el resultado.

—Me voy de la ciudad en unas horas. Se suponía que esta sería mi última parada.

Derek miró desde su maleta a la cara.

—Nosotros también volamos mañana. —Caminó y agarró el asa extendida de su maleta—. Ven conmigo. Sálvame de las negociaciones de nombres de perros.

—¿Habrá comida?

Mitchell le sonrió desde donde estaba, con las manos en los bolsillos y una mirada divertida en su cara.

—Toneladas de comida. Bistec. Langosta. Champán.

—¿Cerveza? —Dios, le vendría bien una cerveza helada ahora mismo.

—Tanto como puedas beber —prometió Derek.

Ella se rió y entregó el asa de su maleta.

—Son como dos. —Cuando él extendió su brazo como un caballero, ella miró por última vez a su alrededor, se aseguró de que el hermano homicida de Benny no estuviera en ninguna parte a la vista, y le tomó el brazo con una sonrisa, con la fuerte sensación de sus bíceps abultados imposible de pasar por alto a través de la delgada tela de su traje—. Te protegeré de la loca profesora de preescolar, a cambio de dos cervezas, una cena y un baile lento.

Hizo ese último pedido por capricho. ¿Por qué? Ella no tenía ni idea, pero él estaba precioso, vestido para matar, y su cita era para una boda en la que no conocería ni a una sola alma. No quería estar sentada toda la noche viendo bailar a los demás. Ya había hecho bastante de eso en el instituto.

—Trato hecho. ¿Cómo te llamas?

—Laura.

— ¿Solo Laura?

Lo pensó durante unos segundos y asintió.

— Sí, solo Laura. Y tampoco quiero saber tu apellido.

— ¿Por qué no?

Ella suspiró dramáticamente.

— Porque solo vamos a estar juntos unas horas, y no quiero caer en la tentación de buscarte en Google más tarde.

Se rió y le entregó el caso a Mitchell, quien se lo llevó con una mirada exagerada.

— ¿Crees que me buscarías en Google? ¿Intentar localizarme? — La acompañó a lo largo del piso de hormigón de la sala de exposición, dirigiéndose hacia una salida.

— Como un sabueso. — Ella inclinó su cabeza, y la apoyó sobre su hombro, mirándolo con los ojos de vaca más anchos e inocentes que podía manejar. Luego bateó sus pestañas para obtener un efecto adicional

—. ¿No mencioné que soy una acosadora homicida?

Su sonrisa hizo que las mariposas se arremolinaran en su estómago.

— No. Creo que olvidaste ese pequeño detalle en tu currículum de guardaespaldas oficial.

Levantando la cabeza, sonrió.

— Bueno, ya has sido advertido oficialmente. — Sacando su teléfono de su bolso, abrió su aplicación de coche y confirmó su ubicación. Claro, estaba lo suficientemente loca como para ir a una recepción de boda con dos completos extraños que *parecían* tipos decentes, pero no era una completa idiota—. ¿Hacia dónde nos dirigimos? Llamaré a un coche.

— No necesitarás eso — Derek suspiró—. No corrí lejos. La recepción es en uno de los salones del hotel de enfrente.

◇ ◇ ◇

Tres horas más tarde, Derek se deslizó sobre el taburete del bar junto a su

“guardaespaldas”, cuya presencia femenina había funcionado como un encanto para mantener alejadas a las locas, y le robó un sorbo de su cerveza. Estaba caliente, y a la mitad, a pesar del hecho de que la había estado cargando durante casi dos horas.

—¡Oye! —Su simulacro de protesta cayó en oídos sordos, y él se tomó un segundo trago antes de dejarlo frente a ella y hacerle señas al camarero.

—Eso no está ni cerca de frío. ¿Quieres algo más?

—Claro.

Pidieron dos gaseosas heladas y las sorbieron mientras él miraba a sus tres hermanos, y a sus esposas, bailando lentamente. La novia de Chance, Erin, se veía fantástica con un vestido sencillo que cubría sus curvas y colgaba al suelo en un suave deslizamiento. El material parecía suave, como pétalos de rosa blanca. A Derek le gustaba, ni demasiado elegante, ni una tonelada de lentejuelas y basura de esa para engancharse a todo, pero aún así era hermoso. Sus hombros estaban desnudos y su cabello rubio tenía un peinado elegante que parecía que las mujeres de las revistas siempre tenían cuando se casaban, lo que significaba que Chance no podía evitar que sus labios deambularan de un lado a otro de su cuello y hombros mientras bailaban. Derek se habría burlado de su hermano, le habría dicho al bastardo que consiguiera una habitación, pero él sabía, de hecho, que ya tenían la suite nupcial reservada para esta noche y que se irían mañana de luna de miel a Hawaii.

A unos metros de distancia, su hermano menor, Jake, se erguía sobre su esposa. Claire había vuelto de Italia, y estaban tan apretados que parecía que se habían fundido en una sola persona. Los pies descalzos de Claire estaban, en realidad, encima de las botas vaqueras de Jake, sus pies ni siquiera tocaban el suelo mientras se balanceaban con la música.

Mitchell tenía a su esposa, Jessica, de espaldas a su pecho mientras sus manos acariciaban la protuberancia del bebé que pronto llegaría a ser el pequeño Thomas, su futuro sobrino. Los ojos de Jessica estaban cerrados y su cabeza girada, bien metida debajo de la mandíbula de Mitchell. Estaba prácticamente resplandeciente.

Todos sus hermanos parecían contentos, sus bordes duros se habían ido, el hambre que siempre había visto en sus ojos, el miedo, también había desaparecido.

—Déjame adivinar, ¿eres el mayor?

—¿Tan obvio es? —Se giró para encontrarla estudiándolo con sus ojos oscuros.

La sonrisa de Laura era contagiosa, y él no podía evitar intrigarse por ella. ¿Quién era ella? ¿De dónde había salido? ¿Y cómo sabía tanto de motocicletas?

Ella tomó un sorbo de su refresco, y él miró mientras sus labios llenos parecían quedarse en el borde helado del vaso.

—¿Siempre fuiste el tipo duro en el patio golpeando a los otros niños si miraban mal a uno de tus hermanitos? —La pregunta blanda de Laura no era realmente una pregunta, sino más bien una afirmación y, de repente, sintió que estaba siendo juzgado, analizado. *Visto*. Se retorció en su asiento y volvió su atención hacia su bebida.

—Sí. Supongo que sí. —El silencio se extendió y se arriesgó a volver a mirarla.

Ella estaba sonriendo con su bebida, su mirada un poco triste, tal vez melancólica—. Todos tuvieron suerte.

No discutiría, no sobre eso, y este no era el momento de alargar la triste historia de lo que habían sido sus vidas *antes* de que su madre los encontrara, los adoptara.

—¿No tienes hermanos?

Ella agitó la cabeza.

—¿Un padre con la mentalidad de un niño de seis años cuenta?

—No.

—Bueno, en ese caso, no. Solo éramos mi padre y yo.

La miró durante un segundo, queriendo hacer más preguntas sobre su vida, pero no queriendo entrometerse. Después de todo, no había futuro con esta mujer. Ella fue su guardaespaldas durante la noche, su único propósito era mantener a raya a las locas. Ella no era su verdadera cita, su novia. Diablos, ni siquiera sabía su apellido. Tenía mil preguntas

y no tenía derecho a hacer ninguna. Pero eso no le impidió querer preguntar. Quería muchas cosas que no podía en este momento. Quería tocarle la piel. Quería besarla. Quería saber qué ponía la tristeza detrás de sus hermosos ojos de ámbar. Sobre todo, quería saber cómo ella sabía tanto de motocicletas. Nunca había conocido a una mujer a la que le importara. Incluso su madre, que había pasado por su tienda al menos una vez al mes para saludar, nunca entendió su fascinación por ellas.

Pero algo sobre Laura también era salvaje. Desde el vestido rosa con la raya negra de carreras que contorneaba sus curvas hasta los sensuales tacones altos, todo en ella era de alto octanaje. Pelo negro. Labios llenos. La forma en que su mirada se dirigía a las esquinas como si las sombras la persiguieran. Todo en ella le fascinaba. Tenía los brazos delgados, pero aún así había alguna definición en ellos, esa delicada silueta de los músculos de sus antebrazos que él había visto antes. Sus manos serían fuertes, lo suficientemente fuertes como para tirar hacia atrás del acelerador de una motocicleta durante horas de conducción, o en su pene para...

—¿Hola? Tierra a Derek. —Laura levantó su vaso de cola y cubitos de hielo derretidos en señal de saludo—. ¿Sigues conmigo?

—Sí. —Como respuesta, apestaba, pero con ella mirándolo directamente era lo mejor que podía hacer. Se dio cuenta de que hacía mucho ejercicio. Siempre le gustaron las chicas que respetaban su cuerpo lo suficiente como para cuidarlo. Era valiente y vibrante, nada tímida. Ella mantuvo su mirada, las cejas levantadas, y esperó a que él reaccionara—. Lo siento. Estaba pensando.

Eso la hizo sonreír, ella también podría haberlo destripado. Todo y todos los demás en la habitación se desvanecieron hasta que se sintió como si estuviera solo con ella, las dos únicas personas en el mundo.

Laura era pequeña, y él inmediatamente sintió la necesidad de protegerla, de mantenerla cerca y de darle una paliza a cualquier tipo que la mirara, lo cual no era exactamente su estilo. No hacía el trabajo de novio celoso. Tenía el cabello oscuro y ondulado del color de su café negro favorito, le caía por la espalda en una gruesa melena en la que le

gustaría hundir sus dedos. Su piel era un suave y sedoso moca no muy diferente a la suya. Pero sus ojos marrones dorados se parecían más a los de un tigre que a los de un humano. Se veía surrealista, mágica. Como un cuento de hadas que cobraba vida.

Por primera vez desde que murió su madre, quiso impresionar a una mujer y ser un perfecto caballero. Su postura, mientras permanecía sentada allí sosteniendo su bebida, era de cansancio, como si necesitara que la recogieran o un impulso de energía para pasar el resto de la noche. Derek la había invitado a ir a la boda, así que ella merecía algo de atención. Él tenía la sensación de que cuando eran solo ella y su padre, irresponsable e infantil, Laura se había acostumbrado a no recibir mucha, y de que su padre había sido el primer hombre en romperle el corazón, pero, por alguna razón, no tenía ningún deseo de examinarla, y se sintió obligado a aliviar el dolor que sentía detrás de su sonrisa.

—Creo que te prometí un baile.

CAPÍTULO CUATRO

INTENTÓ PARECER DESPREOCUPADO E INDIFERENTE MIENTRAS SE ATREVÍA A MIRAR SUS LABIOS. Quería un beso. Derek quería más. Pero, por ahora, se conformaría con abrazarla y mecerse con una balada de los ochenta. Se puso de pie y le tendió la mano, encogiéndose de hombros para que pareciera que no importaba. Nunca admitiría el doloroso anhelo de sentir su pequeño cuerpo presionado contra el suyo. Laura movió sus hermosos ojos en su dirección, parpadeó tímidamente y puso su pequeña mano en la de él.

—Sí, lo prometiste.

Derek la ayudó a levantarse y entrelazó sus dedos con los de ella, llevándola lentamente hacia la pista de baile. Velas alineadas en las paredes y docenas de linternas iluminaban el salón con un suave e íntimo resplandor, haciendo aún más fuerte el ya romántico ambiente del recinto. La noche estaba terminando; la música de baile alegre había acabado hacía un par de horas. Ahora el DJ ralentizó la música para que coincidiera con el estado de ánimo, seleccionando canciones que solo ofrecían una opción a las parejas en el piso. El baile cercano. Lento. Perfecto.

Los hermanos de Derek sonreían a sus espaldas, pero él los ignoraba mientras acercaba a la única persona del salón que importaba en ese momento. Laura olía a flores silvestres, y él la apretó contra su cuerpo, enterrándole la nariz en el pelo mientras ella se fundía con él como si

estuviera destinada a estar allí. Balanceándose al compás de la música, Derek tomó la mano derecha de Laura con su mano izquierda y la sostuvo con fuerza contra su hombro. Su mano libre la colocó sobre su pequeña espalda, disfrutando de sus curvas, de su calidez, de la forma en que su cuerpo suave se fusionaba con el suyo.

Era demasiado fácil imaginarla desnuda y retorciéndose de placer. Visualizar su largo y oscuro cabello extendido sobre su almohada mientras ella lo alcanzaba, rogándole que se la llevara. Pero eso nunca sucedería. Solo tenían esa noche. Sin apellidos. A menos que pudiera convencerla de lo contrario.

Alejándose, la miró a los ojos, buscando allí cualquier interés que ella pudiese tener por él. Laura le devolvió la mirada con deseo en sus ojos. Se mojó los labios y él la miró fijamente, preguntándose a qué sabría ese lápiz labial rosa oscuro, a qué sabría *ella*.

—Gracias por ser mi guardaespaldas esta noche —susurró Derek sobre el sonido de la música mientras sus cuerpos se movían juntos.

—Todos esos años de entrenamiento ninja finalmente fueron útiles. — Laura puso sus brazos alrededor de su cintura y sonrió.

—Sí, lo fueron. —Por un impulso, se inclinó hacia abajo y la besó en la sien, tomándose el tiempo suficiente como para sentir un pequeño sabor de su piel. Gran error. Cuanto más probaba de ella, más quería. No estaba acostumbrado a tener este sentimiento de anhelo o conexión.

Había algo diferente en Laura, la misteriosa mujer que saldría hacia la ciudad por la mañana. Se encontró queriendo saber dónde había estado, a dónde iría.

—Dime tu nombre ¿Y si quiero buscarte en Google?

—De ninguna manera, *Romeo* —le sonrió y su sonrisa lo volvió loco. Pero, incluso cuando su cuerpo se movía, sus instintos protectores gritaban. Esta mujer tenía secretos, y no eran del tipo feliz.

—Soy muy bueno guardando secretos, Laura. Puedes confiar en mí.
—Ella se puso rígida en su agarre, y él sabía que había tocado un nervio. No quería molestarla, pero no podía solo abrazarla, hablar con ella, mirarla a los ojos y dejarla ir solo así. Eso no era parte de su ADN. Derek

se interesaba en la gente que le importaba. Y a pesar de que ni siquiera sabía su apellido, se sorprendió al descubrir que ella de verdad le importaba—. Sea lo que sea de lo que huyas, dímelo. Déjame ayudarte.

Su mano se levantó de su pequeña cintura para acuñar un lado de su cara y, sin embargo, él fue quien se derritió al tacto. Un toque tan simple. Demasiado poder para arruinarlo.

—No puedes ayudarme. Gracias, pero no puedes ayudarme. Nada puede ayudar más que el tiempo. —Ella trazó su labio inferior con su pulgar, su mirada oscureciendo con el mismo deseo que él sentía—. Y bailando.

Respuesta críptica. ¿Por qué esperaba otra cosa? Pero si solo estaría con ella unas horas más, quería hacer que cada segundo contara.

—Entonces vamos a bailar —dijo y la presionó más cerca. La química que chisporroteaba entre ellos, y el calor eléctrico de su piel mientras ella se aferraba a él le hacía sentirse borracho. Desconectado y fuera de control.

Pensó en pedir permiso para besarla, advirtiéndole de su intención. Pero no quería arriesgarse a decir alguna tontería fuera de lugar, no cuando quería probarla más de lo que había querido en mucho, mucho tiempo.

Sujetando su mirada, se tomó su tiempo, dio a conocer su intención. Le dio largos segundos para empujarlo, voltear su cabeza, cualquier cosa para negarle este beso. Ella no se alejó, no lo detuvo y el mundo se desvaneció a su alrededor mientras él cerraba los ojos y, finalmente, la probaba.

Tomó su cara entre sus manos, abrazándola de cerca, devorándola mientras ella se abría a él. No estaban bailando, pero no le importaba que sus pies dejaran de moverse. La música se desvaneció también. Todo se desvanecía mientras la exploraba, memorizaba sus gustos, la forma en que sus manos se metían en la parte de atrás de su chaqueta, acercándolo. Ella era fuego puro en sus brazos, un fuego salvaje ardiendo fuera de control.

Laura arrancó sus labios del trance con un suave suspiro y le dejó caer

la frente al hombro.

—Esto fue una mala idea —dijo Derek.

Quería discutir, de verdad, pero no podía arriesgarse a presionarla. Ella estaba lista para huir, él podía sentirlo en la tensión de sus hombros, y en la forma en que su cuerpo temblaba cuando la envolvió con sus brazos para abrazarla. Por primera vez en años, no tenía ni idea de qué decir. Siempre tenía las respuestas, estaba lleno de consejos para sus hermanos. Pero con ella sentía como si estuviera caminando sobre el filo de la navaja.

—Me alegro de que estés aquí.

Ella sonrió, sintió cómo la ligera presión de su mejilla le presionaba el pecho.

—Yo también. Y ese es el problema.

No dijo ni una palabra más durante largos minutos, y notó que la mayoría de la gente de la boda se había ido. Sus hermanos lo golpearon en el hombro uno por uno a medida que pasaba la siguiente media hora, llevando a sus esposas a sus habitaciones de hotel. A la cama. Que era donde quería a Laura. En su cama. Estaba duro como una roca, con su cuerpo zumbando con una energía extraña que nunca antes había sentido. Sabía que no era la música o la luz de las velas. Era ella. Laura le estaba produciendo algo. Se había enrollado con mujeres antes, pero esto se sentía diferente. Tal vez fue porque sabía que el reloj estaba corriendo, sentía los minutos escurrirse entre sus manos justo cuando ya ella estaba a punto de irse.

Cuando el DJ anunció la canción final, ambos se calmaron. Laura levantó la cabeza de su hombro y lo miró a los ojos.

—Supongo que esto es todo. Nuestro último baile.

No. Aún no estaba listo para entregarla. Necesitaba su nombre. Si se marchaba ahora, esto perseguiría por el resto de su vida. Lo sabía de la misma manera que sabía todo lo demás, instinto visceral.

—No tiene por qué serlo.

Su sonrisa era triste.

—Sí. Me voy en unas horas, Derek.

—Quédate conmigo. —Llevó una mano a la parte de atrás de su cabeza, enterró sus dedos en su cabello, tomando la parte de atrás de su cuello, como un indicio de la agitación que estaba rabiando a través de él al pensar que nunca más la volvería a ver, sin saber siquiera su verdadero nombre—. Quédate.

Laura jadeó ante la presión mientras inclinaba su barbilla hacia arriba, sus labios separados por centímetros. Ella se los lamió, a él casi se le escapó un gemido al instante. Por una fracción de segundo se preocupó de que esto fuera demasiado para ella, demasiado agresivo, demasiado exigente, demasiado rápido. Pero su respiración se hizo pesada y rápida, y sus ojos se oscurecieron con el deseo.

—No voy a dormir contigo.

Las siguientes palabras salieron de su boca antes de que pudiera censurarlas.

—No te estoy pidiendo que lo hagas. Solo, no te vayas. Todavía no.

La sonrisa de Derek era melancólica y llena de algo que ella recordaba demasiado bien, quizás la expectativa de que la persona con la que estaba tratando la decepcionaría.

—Entonces, ¿qué? ¿Subo a tu habitación de hotel contigo, nos abrazamos y bebemos champán y me quedo dormida en tus brazos? —Levantó una ceja—. ¿Realmente esperas que me crea eso? ¿Después de ese beso?

—¿Qué beso? No sé de qué estás hablando. —Era una apuesta, pero tenía que tratar de seducirla. Tenía que intentarlo. No podía perderla después de unas pocas horas juntos. Tampoco entendía la urgencia que sentía, y la forma en que su corazón latía o sus pulmones trabajaban en busca de aire. Todo lo que sabía era que no podía dejar que se fuera.

—Prometo no hacer ningún movimiento. Y te prometo que te dejaré ir por la mañana.

—¿Asumo que tienes una habitación en este hotel? —preguntó Laura.

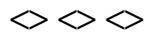
Su corazón dio un latido mientras estudiaba su cara buscando un indicio de duda. No vio nada más que soledad y una necesidad indescriptible que se correspondía con la suya. Hacía mucho tiempo que

no sentía esta necesidad de tener una mujer para él solo. Antes no había tenido ni el interés ni la ocasión. Pero con Laura, todo eso cambió en un instante.

—Sí. Una suite.

Levantándose de puntillas para besarlo, apretó suavemente sus labios contra los de él, en un acto suave.

—Entonces vámonos.



Laura pasó sus manos sobre el asiento de cuero en la sala de estar de la elegante suite del hotel de Derek. Ella se acercó a él y le puso las manos en los bíceps, apretándolos. Demonios, eran enormes. Se preguntó qué tan definido y formado se veía debajo de la chaqueta de su traje.

Inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró con una sonrisa, mientras que al mismo tiempo colocaba sus delgados brazos alrededor de su cuello. Ella no lo conocía bien, pero el haber estado presionada contra él se sentía tan bien, tan natural que no resistió la tentación. Su pequeña maleta estaba al lado de la puerta y las luces brillantes de la carretera estaban justo fuera de las ventanas, llamándola. No había forma de que pudiera quedarse en esta habitación —con él— y no hacer algo estúpido. Así que solo había una solución.

—Vamos.

—¿Irnos? ¿Ir a dónde? —preguntó Derek.

Soltándolo, ella dio vueltas, con los brazos en alto.

—Esto es *Las Vegas*. Vamonos. Hay un espectáculo a las once en el Lxor. Quiero ir a ver las fuentes del Bellagio una vez más antes de irme. Hay máquinas tragamonedas y bailarines y... solo, vamos. Vive un poco.

—Caminó hacia la puerta, el bolso sobre su hombro—. ¿Vienes? ¿O te vas a quedar aquí sentado sintiendo lástima de ti mismo toda la noche?

—No me compadezco de mí mismo.

—Umhmm. —Sonriendo ahora, dejó que la puerta se cerrara y se acercó a una botella de champán que encontró reposando en el hielo medio derretido. Laura la descorchó y sirvió dos vasos antes de llevar uno a donde él estaba arraigado como un roble en medio de su suite, pareciendo perdido.

—Conozco todas las señales, Derek.

CAPÍTULO CINCO

—¿QUÉ señales? —Derek la miraba a través de ojos apagados y no había tomado un trago.

—Oscuros, melancólicos hermanos mayores. Siempre cuidando a los demás, nunca preocupado por su propia felicidad. Sacrificio eterno. Condena y tristeza.

—Eso es mentira, Laura. No sabes nada de mí.

—Sé lo suficiente. —Levantando su vaso, ella sostuvo su mirada—. Por nosotros. A ahora mismo. Sin remordimientos.

Tocaron las copas, y ella se sintió aliviada cuando él tomó un sorbo. Pero ella conocía la mirada en sus ojos. Él la quería a ella. El problema era que ella también lo quería. Y si se quedaban aquí, dentro de esta burbuja íntima con una cama king size en la habitación de al lado, Laura cedería a la tentación. Si lo seducía, sabía que se arrepentiría. No más conexiones casuales, no por los próximos años. Ya se había acostado con suficientes aspirantes a Hollywood y ególatras para todo el resto su vida. Derek era especial. Él era real.

Esto era real, y ella no quería contaminar las aguas con una aventura de una noche y una vida de arrepentimiento. Esta noche era pura magia, y Laura quería mantenerla así, una preciosa joya que podría sacar y mirar una y otra vez.

La puerta corrediza de cristal que daba al balcón se abrió completamente, dejando entrar una suave y fresca brisa en la habitación.

Las cortinas junto a los extremos de la puerta ondeaban y fluían como bufandas danzantes al viento.

—Oh, guau, hay luna llena esta noche. —Laura señaló en observación.

—Las cosas pueden ponerse salvajes bajo la luna llena. —Derek le guiñó un ojo.

—Solo si eres un hombre lobo.

Derek se rió y la oscuridad que había visto en sus ojos desapareció. Él cargaba con mucho dolor, y ella no podía dejar de intentar hacerle sonreír.

—¿Y lo eres?

—¿Qué?

—Un hombre lobo.

—Nunca lo admitiré. —Saliendo al balcón, sostuvo su copa de champán y se apoyó en sus codos. Se unió a ella y miraron hacia abajo sobre las luces de Las Vegas durante unos minutos en silencio. Millones de luces parpadeaban, los coches tocaban bocina, los peatones se alineaban en las aceras en un flujo constante de humanidad que parecía un río de hormigas moviéndose muy por debajo de ellos. La ciudad palpitaba de vida, de posibilidades. Con peligro.

—Vamos, Derek.

—¿Adónde quieres ir?

—A todas partes. —Si se seguía moviendo nunca tenía que pensar en lo sola que estaba, en que no tenía amigos, ni familia, ni raíces—. Soy una hoja en el viento.

—¿Ahora quién se compadece de sí misma? —Las palabras eran duras, pero su voz era suave, una invitación a confiar en él.

“Confía en él. Dile... todo”, se dijo.

De pie, terminó su champán de un solo trago y se volvió hacia él.

—Exactamente. Lo cual odio. Así que larguémonos de aquí y divirtámonos.

—Son más de las once.

—No me importa. Las fuentes funcionan hasta la medianoche.

—No llegaremos a tiempo.

—Podemos tomar un taxi. —Laura no cedería, no en esto. Sus opciones eran salir y distraerse, o saltar sobre Derek y desnudarse antes de que pudiera protestar. No había nada intermedio para ella. Nada. Siempre había sido una chica de todo o nada. Ella había tratado de cambiar, realmente lo había hecho, pero se había distanciado de su padre, y cuando alguien está haciendo acrobacias, hacerlo a medias podría ser mortal.

Derek la envolvió con su brazo alrededor de la cintura y la estrechó, estudiándola cuidadosamente.

—Bésame, y luego te llevaré a donde quieras ir. —Él era observador; ella provocaba eso. Pero era una experta en esconderse.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Ella se subió a él y levantó la barbilla.

—Trato hecho.

Él bajó la cabeza, y ella cerró los ojos con anticipación. Cuando sus labios finalmente se apretaron contra los suyos, no fue para nada lo que Laura esperaba.

Había estado esperando un duelo de lenguas, una conquista caliente y pesada y completamente dominante de su boca. Ella se preparó para eso, se preparó para disfrutar de él... pero se contuvo. En cambio, su beso fue gentil. Y ni un solo beso, un asalto continuo, un beso tras otro. No había nada que resistir, ni fuerza de voluntad ni mando en su caricia. Cada toque de sus labios era una invitación que Laura no tenía voluntad de negar. Él era como la gravedad y ella estaba cayendo.

La rompió en menos de un minuto, sus manos enterradas en su pelo, su cuerpo apretado contra el suyo. Laura le gimió y lo tiró hacia ella, exigiéndole que entrase en su boca. Ahora era la agresora, desquiciada por la necesidad. Derek en vez de darle lo que ella quería, se echó hacia atrás y la miró con una tormenta de emoción en los ojos.

—Eres una mujer peligrosa. Soy un hombre lobo. ¿Qué esperabas?

Su sonrisa aflojó el puño de hierro que había envuelto su corazón.

—Creí que no debías admitirlo —dijo Laura.

—Me torturaste.

Sus manos estaban posadas sobre su vestido en la parte baja de su espalda, y él la tiró más cerca.

—¿Así es como lo llamas? ¿Tortura?

—Sí. —Y era una tortura quererlo—. Me haces olvidar de todo lo demás. —*Todo lo demás*. Como saber que nunca podría funcionar algo entre ellos, pues era un extraño. Y el hecho de que estaba siendo cazada por un cretino de poca monta. O la realidad aún más triste de que se iría de la ciudad en, exactamente, siete horas y media, y tenía que volver a testificar en un juicio por asesinato en seis semanas. Derek vivía en otro estado, tenía una familia perfecta. Gente a la que amaba. Gente con la que protegerse de gente con problemas como el suyo. Esta cosa entre ellos era un desastre a punto de ocurrir—. Así que vamos —insistió Laura.

Esta vez, Derek no protestó cuando ella se dirigió a la puerta. En vez de eso, entrelazó sus dedos, y caminaron juntos. Quince minutos más tarde, Laura estaba parada frente a las fuentes con Derek detrás de ella, con los brazos alrededor de su cintura, la cabeza de él descansando sobre su hombro como si hubieran sido una pareja por siempre. Como si pertenecieran.

Laura lo llevó de compras, y por helado. Jugaron con las tragamonedas, la gente los miraba, y fueron a un programa de comedia nocturno donde ella se reía con demasiada facilidad y él la miraba demasiado. Tres horas después, no pudo soportarlo más. Había estado despierta por más de veinticuatro horas, organizando sus cosas, empacando y guardando el resto de sus escasas pertenencias. Por mucho que no quisiera que la noche terminara, su cuerpo la traicionó.

Derek la miró, llamó a un taxi e hizo caso omiso de sus protestas cuando el coche se los llevó de vuelta a su hotel. Cuando llegaron a su habitación, la acompañó al baño, se quitó la chaqueta, la camisa de vestir y la camiseta que tenía debajo, y se la entregó.

—No puedes dormir con vestido y tacones. Toma.

Laura tomó la camisa ofrecida, ignoró su pecho desnudo y sus hombros lo mejor que pudo y cerró la puerta. Fue un alivio quitarse los tacones y quitarse el vestido. Se dejó el sostén y las bragas puestas, y se deslizó el suave algodón sobre su cabeza. La camisa cayó hasta la mitad del muslo. Perfectamente aceptable. Y olía como él. Levantándose el cuello de la prenda hasta la nariz, inhaló profundamente y cerró los ojos. Dios, sí. Olía de maravilla. Almizcle y algún tipo de colonia de madera, y era todo Derek.

Ella se ocupó de sus asuntos, colgó su vestido y regresó al dormitorio para encontrarlo esperando. Se había dejado los pantalones puestos, bajó las sábanas e hizo espacio para ella a su lado.

—Ven aquí. Estás dormida de pie.

No se molestó en refutarlo. Él estaba en modo protector, y ella sabía con absoluta certeza que no haría ningún movimiento sobre ella, lo que era un alivio y, al mismo tiempo, decepcionante. Todo era muy confuso y estaba demasiado cansada para pensarlo. Además, no había nada que ella hubiera querido en su vida más de lo que quería acurrucarse en la seguridad de sus brazos e irse a dormir.

Arrastrándose junto a él, Laura apoyó su cabeza en su hombro, y arrojó su brazo sobre su cintura. Se sentía demasiado bien para ser verdad, perfecto, pero ella ignoraba las campanas de alerta que sonaban en su cabeza. Había puesto la alarma en su teléfono hacía horas y sabía que la despertaría a tiempo para ir al aeropuerto, así que estaba libre para disfrutar el momento. Yacían allí juntos, entrelazados en las sábanas. Antes de que se diera cuenta, se estaba adentrando en un sueño profundo y muy necesario.

Se despertó unas horas después. Estaba oscuro y tranquilo en la habitación, y podía sentir el brazo de Derek apoyado sobre sus senos. Su alarma estaba sonando en su teléfono, justo a tiempo para llegar al aeropuerto. Laura hizo una mueca de dolor, esperando no despertarlo. Se inclinó a tuestas en la oscuridad para apagar la alarma. Derek solo se movió, se dio la vuelta y se continuó durmiendo. Ella exhaló un suspiro de alivio.

Se vistió entre las sombras, alumbrada únicamente por la luz de la luna. Le echó a Derek una última mirada de nostalgia. Odiaba irse así a altas horas de la madrugada, deseaba que las cosas fueran diferentes, deseaba poder quedarse. Pero recordó que él había mencionado que también se iría a casa mañana. Esta “cosa” entre ellos fue solo una noche, un buen momento, nada más. Podría aceptarlo y seguir adelante. Al menos, podría irse de aquí con el recuerdo de él plasmado en su cerebro para siempre.

No había manera de que Laura pudiera empezar una relación con el inminente juicio por asesinato y el hermano de Benny tratando de matarla. Quedarse solo pondría a Derek y a su hermosa familia en peligro. Además, ella no era nada, solo una vagabunda huérfana, sin familia y sin hogar. Derek tenía las cosas en orden. Era obvio por la forma segura en que se comportaba. ¿Para qué querría una acróbata desempleada y, en ocasiones, una bailarina de Las Vegas en su vida? Quedarse sería irracional y estúpido. Consideró dejarle una nota a Derek, pero pensó que sería mejor escabullirse como un fantasma por la noche.

Derek parecía un ser humano verdaderamente decente, lo que, según su experiencia, era una rareza. No necesitaba arrastrarlo a todo el drama de su vida. Con una mirada más en su dirección, ella observó fascinada cómo su pecho se elevaba y caía pacíficamente en la quietud. Inspeccionó las líneas de los tatuajes que deseaba tener tiempo para aprender, para explorar con su lengua. Si él fuera realmente suyo, ella podría pasar horas aprendiendo los intrincados diseños, probando su piel, trazando los patrones con sus dedos. Le dolía tocarlo una vez más, pero no se atrevía. Si él se despertaba, ella podría no tener la voluntad de hacer lo correcto y dejarlo fuera de su arruinada vida.

Repasando la habitación con un vistazo rápido, encontró un pequeño bloc de papel de hotel en el escritorio y agarró un bolígrafo. Garabateando un mensaje rápido, ella lo firmó solo con una L y lo dejó en la almohada junto a él. Podría leerlo más tarde.

Laura miró desde su maleta hasta la puerta y de vuelta a su cara. Parecía el cielo en la tierra acostado en esa cama sin camisa y con la

sábana alrededor de las caderas. La vista le hizo arder los ojos cuando las semanas y meses de ansiedad y dolor volvieron a inundar su cuerpo. Con él, había estado en paz por primera vez en meses. Se había sentido como en casa, con sonrisas perezosas y besos lentos, sabiendo que alguien siempre la retenía. La sensación era absurda, solo lo conocía desde hacía unas horas, pero la necesidad de volver a meterse bajo las sábanas y acurrucarse a su lado era tan fuerte que le daba náuseas tener que luchar contra las exigencias de su cuerpo. Pero se dio cuenta de que no podría vivir consigo misma si se escapaba de él. Ese no era su estilo. ¿Y Derek? Se merecía algo mejor que eso. Pero se le estaba acabando el tiempo. Solo necesitaba aguantarse, despedirse y salir de ahí antes de perder el vuelo.

Sentada a un lado de la cama, justo al lado de él, Laura hizo el esfuerzo de ponerse los tacones. Cuando Derek se movió, ella se inclinó y lo besó en los labios.

—Tengo que irme.

—No. —Él la alcanzó, y ella dejó que él la bajara a su pecho para un abrazo. Esta sería la última vez que estaría en sus brazos, y no estaba dispuesta a negarse.

—Mi vuelo sale en dos horas. Ya se me hizo tarde. No puedo perderlo. —Girando la cabeza, le besó el pecho y deseó haber tenido más tiempo para conocerlo. Ojalá no tuviera un maníaco homicida persiguiéndola por la ciudad. Sobre todo, deseaba haber podido conocer a Derek antes.

Sus manos se enhebraron en su pelo, calmándola, masajeando su cuero cabelludo hasta que sus ojos se cerraron. Dios, si pudiera descubrir cómo producía ese efecto en ella, qué tipo de fórmula mágica usaba para meterse bajo su piel, podría embotellarla y hacer millones.

—¿Adónde vas? —preguntó.

Parpadeando lentamente, se despertó lo suficiente como para alejarse de él. Con las manos a cada lado de su cabeza, Laura se inclinó sobre Derek; su pelo oscuro era una cortina que los encerraba en un espacio muy íntimo.

—A algún lugar muy, muy lejano.

—¿Por qué?

La pregunta contundente la desconcertó. Tal vez los secretos eran demasiado pesados, o tal vez solo era *él*. Tal vez sentía la necesidad de hablar porque sabía que nunca volvería a verlo y, por una vez en su vida, mostrar debilidad no le haría daño. Sea lo que sea, la verdad salió de Laura antes de que pudiera detenerla.

—Tengo que esconderme. Fui testigo de un asesinato, y el juicio es el mes que viene. El imbécil del hermano del asesino está tratando de matarme para que no pueda testificar. Tengo que irme de la ciudad hasta que empiece el juicio.

—¿Qué? —El desenfoque relajado detrás de los ojos oscuros de Derek desapareció en un instante.

Sí. Esa conmocionada reacción era lo que Laura esperaba. Y el parche de pelo pegado en la cabeza de Derek era, en una palabra, adorable.

—Te despiertas lindo.

—¿Qué? —La volvió a agarrar, poniendo sus manos alrededor de sus bíceps. —Dilo otra vez.

Laura sabía lo que él quería decir, pero eligió ignorar la orden. Ya le había dicho demasiado. Era hora de cortar el cebo y correr, a menos que ella quisiera arrastrarlo a su caos, y él era demasiado bueno para eso. Su vida era un desastre, peligrosa y nómada. Derek tenía hermanos, hermanas, un nuevo sobrino en camino. *No* necesitaba su marca de locura.

—Te despiertas lindo.

Alcanzando el parche de pelo que sobresalía de un lado de su cabeza, ella lo palpó, se inclinó hacia él y le dio un beso de despedida.

—No soy lindo, y no te irás hasta que me lo expliques.

Quedó un instante con la frente apretada contra él, los ojos tan cerrados que tuvo que concentrarse para verlo, mientras agitó la cabeza.

—Tengo que irme.

CAPÍTULO SEIS

—NO. ¿Qué hay de la protección de testigos o algo así? La policía debería estar protegiéndote.

Eso la hizo reír, el sonido era amargo.

—Sí, claro. Es un criminal de pacotilla, no un capo de la droga o un rey de la mafia. No es nadie. Su hermano no es nadie. No soy nadie. Me dijeron que saliera de la ciudad y me escondiera, así que eso es lo que hago.

—No, Laura. Tú no eres nadie. No puedo vivir con eso.

Dios, era guapísimo cuando era mandón. Ella se inclinó y lo besó de verdad, como si lo hubiera querido toda la noche, como si él fuera su aire y ella nunca tuviera suficiente. Las manos de Derek se movieron de sus brazos a su cuello, y él la acercó por un segundo beso, un tercero, un beso destinado a robarle el alma y romper su espíritu, hacer que se quedara.

Y cuando terminó, Laura se echó para atrás lo suficiente como para zafarse de su agarre y ponerse de pie. Él se inclinó hacia delante para seguirla, pero ella levantó su mano, con la palma hacia fuera, para detenerlo.

—No, Derek. No llevaré mi basura a la mesa de tu familia. Tienes gente que proteger. Una familia. Yo soy nadie. No te arriesgaré ni a ti ni a tus hermanos.

—No puedes irte así. No te lo permitiré.

—¿Qué vas a hacer, Derek? ¿Atarme a la cama? —Oh, no. ¿Por qué

había dicho eso? No importa. Ella sabía por qué. Dos razones. Uno, para distraer a Derek. ¿Y dos? Bueno, porque la idea había entrado en su mente más de una vez en las últimas horas.

—Si tengo que hacerlo...

Era mentira, y ambos lo sabían. Laura no lo conocía desde hacía mucho, pero él mantuvo su palabra a cada paso del camino. Y él prometió abrazarla, y prometió dejarla ir.

—Me lo prometiste. Anoche me prometiste que me dejarías ir por la mañana.

Él agitaba la cabeza, pero ella podía ver la resignación en sus ojos, la batalla interna. Había dado su palabra. Ella se pasó la mano por el pelo, dándose cuenta de que había sido una idiota.

—Lo siento. No debería habértelo dicho. No quiero que mi último recuerdo de ti sea una pelea.

Ella lo tenía. Ella había ganado. Podía verlo en la forma en que sus hombros se desplomaban y sus ojos se oscurecían de dolor. Odiaba lastimarlo, pero odiaría que su familia se metiera aún más en su lío. Tal vez, en unas semanas, cuando el juicio terminara...

Cuando terminara... Cerró los ojos. No podía quedarse, pero tampoco soportaba la idea de no volver a verlo.

—Dame tu número de teléfono. Si todo sale bien...

—Quieres decir si no estás muerta.

—...te llamaré en seis semanas.

—¿Qué hay en seis semanas?

—El juicio.

—No.

—¿No? —Ella parpadeó y trató de procesar lo que él estaba diciendo—. ¿No quieres que te llame?

—No. No esperaré seis semanas. No me digas adónde vas. Bien. No me digas tu verdadero nombre. Bien. Pero quiero un mensaje todos los malditos días para saber que estás bien. Y así puedes contactarme si necesitas ayuda. —Se levantó de la cama, moviéndose rápido, demasiado rápido por si ella intentaba escapar—. Soy un hombre de palabra, Laura.

Veo la mirada en tus ojos. Sé que crees que estás haciendo lo correcto. Bien. Te dejaré salir de aquí, pero esa es mi condición. Tu número. Y un mensaje todos los días. —La acercó, la apretó contra su pecho. Dormía con los pantalones puestos, gracias a Dios, pero el calor de su piel era como una marca.

Laura lo abrazó y se inclinó para besarlo en la mandíbula. Fue agradable saber que a alguien le importaría que desapareciera, a alguien que no fuera el fiscal en el caso de Benny. Y no quería que Derek se preocupara.

—Está bien.

Apretándolo con fuerza, regresó al pequeño escritorio y anotó su número en el bloc de notas. Él no había visto su nota todavía, y ella quería irse antes que él.

Fue una estupidez lo que había escrito. Estúpido y caprichoso, nada parecido a su estilo. Pero no había forma de escabullirse para sacarlo de la almohada. Lo escribió pensando que no volvería a verlo. ¿Ahora? Ahora ella tenía que salir de aquí antes de que él lo encontrara, y no podía soportar mirarlo a los ojos.

Sosteniendo el trozo de papel con su número, suspiró aliviada cuando él se lo quitó y la besó una vez más.

—Adiós, Derek.

La dejó ir, pero sus últimas palabras la hicieron girar al abrir la puerta.

—No es un adiós, Laura. Esto no es un adiós.

Esperaba poder vivir lo suficiente para demostrarle que tenía razón.

◇ ◇ ◇

Denver

El sudor se le acumulaba en el cabello, corriéndole por el lado de la cara bajo la máscara de soldadura, mientras daba los toques finales a su última creación, una Ducati Monster cortada y equipada para carreras off-road. La moto era un artefacto de una belleza monstruosa, poderosa, y lo suficientemente rápida como para alimentar la necesidad retorcida que todo adicto a la adrenalina tenía de engañar a la muerte. El cliente la recogería en unas horas, y Derek flameó los bordes de las soldaduras, asegurándose de que estuvieran lisas y perfectas. Una perfecta obra de arte.

—Oye, Derek. Línea dos. —Su gerente de negocios, Connor, gritó sobre el choque de metal contra metal, taladros, compresores y sonidos generales de un garaje activo. Este era el segundo hogar de Derek, y le encantaba todo, el olor a gasolina, aceite, grasa y neumáticos esparcidos sobre el concreto como el glaseado de un pastel de cumpleaños. En el fondo de la tienda, era donde se sentía más vivo. El frente, con sus motos europeas a la vista, pieles, guantes y todo lo que su clientela de gama alta quería exponer en un almacén renovado, lo ponía de mal humor. Era muy bueno en lo que hacía, pero prefería estar atrás, ensuciándose. No allá adelante impresionando a los clientes con su portafolio personalizado. Prefería dejar que su trabajo hablara por sí mismo.

Derek asintió al mensaje y apagó su antorcha. Connor no lo molestaría en el garaje a menos que fuera importante. Dejó su equipo a un lado y apagó la línea de suministro de su antorcha, asegurándose de que todo estuviera completamente apagado antes de regresar a su pequeña y estrecha oficina. La habitación estaba destinada a ser un armario de suministros, pero contenía un escritorio, un teléfono, una silla y su mesa de dibujo donde pasaba horas dando vida a sus nuevas creaciones personalizadas sobre papel antes de llevarlas al mundo real.

Bajo su libro de diseño, guardaba otro, este lleno de caras. Su madre. Su abuela. Sus hermanos y sus esposas. Todos los que eran importantes para él habían sido capturados y analizados, los más pequeños matices de sus expresiones traídos a la vida por el sutil sombreado de las minas de sus lápices. Y en la parte posterior de ese libro había recortes de islas

tropicales y paraísos selváticos que siempre había querido ver. Estando en el ejército, fue enviado a una base en Alemania durante dos años. Cerveza y mocosos tan exóticos como él. Se había ido al Medio Oriente después de eso, dos años de arena y sudor y el rugido casi constante de los helicópteros despegando y aterrizando. Había sido mecánico, incluso entonces, y podía arreglar cualquier cosa que se moviera, voladoras o de ruedas.

Pero no pudo arreglar a Laura. Diablos, ni siquiera sabía dónde estaba. Fiel a su palabra, ella le había enviado un mensaje cada día con una actualización. Estaba a salvo. Tenía un lugar donde quedarse. Consiguió un nuevo trabajo. ¿Pero cuando sondeaba o hacía preguntas?

Silencio. Bueno, no silencio, exactamente. Ella tenía el hábito de enviarle los GIF más molestos del planeta en respuesta a sus preguntas. Algunos graciosos como el infierno, otros seductores. Pero ninguno de ellos era una respuesta real.

A Laura le gustaba jugar, pero a él no le gustaban los memes graciosos ni las respuestas a medias. Quería hechos.

Al diablo con eso. La quería aquí, donde pudiera vigilarla.

Nadie sabía de su arte. Su padrastro lo había golpeado por dibujar cuando era más joven y a su madre nunca le importó. Había aprendido hacía mucho tiempo a aferrarse a las cosas que amaba, a protegerlas de las miradas indiscretas y de los puños enojados.

Volteó las páginas hasta el dibujo más reciente, y trazó las líneas de un rostro con la punta de su dedo índice. La cara de Laura lo miraba desde la página. La había dibujado durmiendo, sus gruesos labios relajados, su expresión embrujada escondida por los ojos cerrados. La había observado durante más de una hora, absorbiéndola. Incluso le había tomado una foto con su teléfono y la mantuvo en secreto. Ella se la habría hecho borrar, estaba seguro. Había pensado en eliminar la foto él mismo, pero cada vez que lo intentaba se regañaba por ser un tonto sentimental; nunca podía presionar ese pequeño icono de cubo de basura en la esquina de su celular. Entonces su imagen se habría ido. Pero la verdad era que Laura se había ido. Era nada más un producto de su

imaginación, y una nota garabateada apresuradamente que había cortado y puesto en la página.

La leyó, al menos, mil veces. Cada vez que su cuerpo se volvía pesado por el arrepentimiento y la determinación lo quemaba. Él la encontraría. La volvería a ver. Tenía que hacerlo. Y si no hubiera tomado la foto, no tendría el dibujo. Había usado la foto como base, pero cuando puso el lápiz sobre el papel, la imagen saltó de la página, de alguna manera más viva, más vibrante.

La segunda imagen que había dibujado de ella la hizo de memoria, o quizás de su imaginación. Su cabello estaba despeinado, sus ojos oscuros, sus labios hinchados por sus besos. La imagen estaba grabada en su mente como una marca.

¿Cómo demonios se había obsesionado con una mujer que solo conocía desde hacía unas horas? ¿Una mujer que no le dijo su apellido o dónde estaba? ¿Y por qué? Para protegerlo. Para proteger a su familia. Ese era *su trabajo*. No el de ella. La ironía de todo esto lo volvió loco y le costó horas de sueño. Cerrando de golpe el libro, lo volvió a meter en su escritorio.

—Bendita mujer testaruda.

—Oye, ¿vas a contestar esa llamada o qué? —Connor metió la cabeza en la pequeña oficina, y Derek asintió. Demonios.

—Sí. Lo siento.

Connor asintió con la cabeza y se fue, de vuelta a su gran y brillante oficina con puertas y ventanas de cristal. La oficina grande y llamativa era toda para Connor, junto con todo el tráfico peatonal, correo, contabilidad y otras operaciones del día a día que Derek ya no quería manejar.

Connor podía quedarse con el escritorio grande, la puerta de vidrio, las benditas plantas en maceta y todos los dolores de cabeza que venían con ellas. La compañía había estado creciendo constantemente durante los últimos cinco años, lo que era excelente para el resultado final, pero un dolor de cabeza administrativo que Derek no tenía ni la paciencia ni el temperamento para tratar. Construía motocicletas. No calculaba el

porcentaje de los costos en una licitación de piezas, ni regateaba con los proveedores. Ese era el trabajo de Connor.

¿Pero la tienda, la parte trasera, la grasa y el metal? Ese era el reino de Derek, y otro problema completamente distinto. Era diciembre, y la mayoría de los mecánicos de motocicletas que usaba y en los que confiaba, en los meses de verano, se dirigían hacia el sur para pasar el invierno, persiguiendo cielos soleados y brisas marinas. Desafortunadamente, la tienda estaba inundada; las motocicletas hicieron una copia de seguridad durante semanas esperando a que se trabajara en ellas antes de que la primavera regresara a las Rocosas.

Si no traía a un mecánico aquí pronto, estaría trabajando dieciocho horas al día de nuevo, y simplemente no quería hacer eso. Cumpliría treinta años el mes que viene, pero algunos días, después de arrodillarse sobre el hormigón durante horas, o inclinarse a trabajar en un motor, se sentía cincuenta años mayor.

Derek se sentó en su silla de oficina azul marino y cogió el teléfono. La tienda solo tenía dos líneas; la primera estaba iluminada en un verde sólido; la segunda parpadeaba, esperándolo mientras levantaba el receptor de la vieja escuela y oprimía el botón.

—Habla Derek.

—¿Derek? —Una voz pequeña y asustada cruzó la línea y los hombros de Derek se enderezaron.

—¿Brandon? ¿Eres tú? ¿Estás bien, hombrecito? ¿Qué está pasando?

—Brandon O'Shea tenía doce años y estaba en una casa de acogida. Su madre estaba entrando y saliendo de la cárcel por cargos de prostitución y drogas, y su padre estaba en la casa del estado por manejar metanfetaminas por la carretera 85 a través de todo el norte de Colorado. El chico había pasado por un infierno, y ahora Derek era su mentor a través de una organización benéfica local. Solo conocía al chico desde hacía unos meses, pero lo que Derek decía por su cuenta, lo protegía. —
¿Por qué no me llamaste al móvil?

—No contestaste.

Oh, demonios. Había estado soldando, y su teléfono celular lo miraba

fijamente con cuatro llamadas perdidas justo encima de su escritorio.

—Lo siento, amigo. ¿Qué pasa?

—Mi madre vuelve a casa la semana que viene. Quieren que vaya a hablar con Murphy.

Oh, diablos. Murphy era el juez que había estado manejando el caso de Brandon. Derek estaba a favor de reunir a los niños con sus padres si sus padres tenían sus cosas en orden. Megan O'Shea no.

—Todo saldrá bien. El juez no es estúpido. Hará lo correcto.

—Mi mamá está enloqueciendo, y actuando como si todo estuviera bien. Eso no está bien. No sé qué hacer. —La *mamá de* Brandon, Peggy Davis, era una madre de crianza de cincuenta y siete años que cuidó de seis niños lo mejor que pudo. No era el paraíso, pero comparado con el lugar de donde venían la mayoría de los chicos, estaba muy cerca—. La señora Benson también estará allí. Es serio, Derek. Estoy asustado.

—Todo saldrá bien. —La señora Benson era la trabajadora social de Brandon y tenía más influencia sobre la decisión que el resto. De acuerdo con Brandon, ella era una mujer mayor muy estricta que no le quitaba ninguna basura a ninguno de los niños que cuidaba. Dejó que Brandon pasara la noche en un centro de detención juvenil después de que él robara por cuarta o quinta vez. Tal vez funcionó, porque Brandon no lo hizo más desde entonces, pero Derek aún pensaba que era una perra por asustar a un niño de once años. Amor firme, le dijo a Brandon. Derek había querido abofetearla hasta la semana que viene.

—Ven conmigo.

Derek agitó la cabeza. No tenía tiempo, pero ya sabía que no podía rechazar al chico. Había un océano de orgullo tragado en la petición del chico.

—¿Cuándo?

—En una hora. Dos y media.

Derek suspiró, asegurándose de que Brandon no lo oyera. El niño no necesitaba sentirse indeseado, o que le dieran una dosis de culpa por pedir ayuda. No había nada que Derek pudiera hacer, excepto sentarse ahí y tomar la mano del niño, así que eso es lo que haría.

—Estaré allí.

—De acuerdo. —El alivio en la voz de Brandon le aseguró a Derek que había tomado la decisión correcta al colgar el teléfono. Sacó su chaqueta de cuero negra del gancho en la parte trasera de su puerta y agarró su teléfono celular.

—Connor, estoy fuera.

—Tenemos dos motos programadas para recoger mañana. —contestó Connor.

—Lo sé. Llegaré temprano. Contrata a un mecánico mientras no estoy. —Derek miró alrededor de la sala de exposición limpia y brillante que se encontraba en el antiguo edificio de ladrillos. El piso era una mezcla de concreto brillante y rayas pintadas de rojo y negro. Las paredes estaban forradas con lo último en equipos personalizados, desde cuero hasta cascos y todo lo demás. Y en el centro de todos los artilugios y equipos, las motos se paraban como soldados frescos listos para la guerra. Cada vez que las miraba, alineadas y brillando, sentía que nunca había visto algo tan perfecto.

—Ya lo hice, *D*. Comenzó ayer. —Connor tuvo el valor de reírse de él —. George estuvo contigo toda la mañana. Voy a trabajar hasta tarde esta noche para preparar el pedido. Pensé en hacerte saber que no tienes que volver esta noche.

—¿"George"? —¿Qué? Derek estuvo tan absorto en lo que hacía con las soldaduras que no había prestado mucha atención a la esquina trasera del garaje. Sí, se había dado cuenta de que alguien se movía allá atrás, pero cuando se vio a sí mismo mirándole el trasero al tipo, se aseguró de no mirar en esa dirección por el resto del día. Muchos chicos sabían cómo trabajar en motocicletas, pero muchos de ellos eran guerreros de fin de semana que tenían otros trabajos, o eran poco confiables debido a las drogas, a su estilo de vida nómada, o del tipo independiente que no se adaptaba bien a la hora de fichar.

Y había estado de mal humor los últimos días. El resto de los chicos lo evitaban como a la plaga, lo que se adaptaba perfectamente a su estado de ánimo actual. Así que no había mirado muy de cerca, no estaba

interesado en empezar una conversación.

Connor asintió.

—Sí. Se llama por su apellido, George. El hijo de Randolph George.

—Demonios. ¿En serio? —Derek estiró el cuello para tener otra vista del garaje, pero no podía ver nada a través de la pequeña ventana de la puerta giratoria. Así que ese trasero alto y redondo que había estado mirando toda la mañana, por razones desconocidas y algo perturbadoras, pertenecía al hijo de Randolph George? El viejo era una leyenda del motociclismo. Todo el mundo había oído hablar de Evil Knievel, el especialista de las masas. Pero Randolph George era muy duro. No había ningún todoterreno vivo que no supiera el nombre. O no hubiera escuchado cómo murió—. ¿Y sabe lo que hace?

Connor se encogió de hombros.

—Arregló la motocicleta de Billy Ferguson ayer en unas horas.

Derek sintió que sus ojos se abrían de par en par. Guau. Esa máquina necesitaba una revisión completa del motor y un nuevo sistema de escape.

—Sí, ¿verdad? —Connor sonrió—. Admítelo, D. Te salvé el pellejo. Pero George solo puede quedarse un mes. Pensé que eso nos ayudaría a pasar la Navidad y nos pondría al día, al menos un poco.

Sí, lo haría. Derek sintió un pequeño levantamiento del peso de sus hombros. Seguidamente, se giró para irse mientras Connor seguía hablando con los dos jóvenes que miraban el portafolio de Derek en la parte superior de la vitrina. La tienda no era enorme, pero había una treintena de motos de carreras alineadas y brillaban como diamantes ante el imponente sol de la tarde en el piso de la sala de exposición. En la pared, había montadas cinco motos clásicas que había coleccionado a lo largo de los años y, en el estante más bajo donde todavía podía bajarla y correr de vez en cuando, estaba su Ducati favorita, la cosa más rápida que había tenido entre las piernas.

Era temporada baja ahora, el invierno en Colorado no era cuando la mayoría de la gente miraba motocicletas, y especialmente no el tipo de motocicletas que Derek creaba, monstruos todoterreno, bestias de

carreras, y cualquier otra locura personalizada que sus clientes quisieran. Pero los más listos pidieron ahora, porque en abril, la tienda estaría respaldada con seis u ocho meses de trabajo. Tenía clientes de todo el país, desde estrellas de Hollywood hasta corredores profesionales. Y le encantaba, a cada minuto, el reto de lograr que una moto hiciera mucho más de lo que había sido diseñada para hacer.

Pero cuando Derek se montó en su Jeep, lo único en lo que podía pensar era en un niño asustado que realmente necesitaba que un hermano mayor se sentara a su lado y le tomara la mano.

Ruedas en movimiento, levantó la vista para ver a su nuevo mecánico salir por la puerta lateral de la tienda, levantar la cabeza hacia el cielo y quitarse el casco.

El pelo oscuro cayó como una cortina de seda a medio camino de las caderas que ahora podía ver que, claramente, eran demasiado curvas para pertenecer a cualquier hombre. Frenó bruscamente y sus neumáticos chillaron en el pavimento. Al oír el sonido, ella se volvió para mirarlo, y su corazón se detuvo cuando la única mujer en la que no podía dejar de pensar, y que estaba convencido de que nunca volvería a ver, parpadeó con lentitud, se giró y lo miró fijamente. Su cara no reveló nada. Era como si la mujer cálida y vibrante que había conocido en Las Vegas hubiera dado paso a una estatua de hielo y vidrio.

CAPÍTULO SIETE

“LAURA”. Su nombre era un golpe en el estómago que le robó todo el aire.

Se había estado preguntando qué le había pasado, adónde había ido y por qué. Había anhelado sentir cómo ella lo tocaba una vez más, mirarla profundamente a los ojos y perderse en ellos. Él quería sentir su suave y sedosa piel de color caramelo, habría dado lo que fuera, pero sin embargo, aquí estaba ella de pie frente a él como si fuera una aparición.

Parpadeó lentamente y agitó la cabeza, temiendo que una vez que volviese a abrir los ojos, ella se hubiese ido, desapareciendo como humo en el viento, como un mero producto de su imaginación. Pero allí estaba Laura, todavía aquí, con sus hermosas curvas en todos los lugares correctos en perfecta exhibición, enmarcadas por el polvo de nieve blanca en el suelo detrás de ella. Ella no se veía más alta, y con botas de trabajo en lugar de tacones de cinco pulgadas, parecía aún más pequeña de lo que él recordaba.

Era dinamita en un paquete pequeño. No fue engañado. ¿Pero qué estaba haciendo Laura aquí? ¿Lo había seguido después de todo? ¿Había jugado con él en Las Vegas? ¿Sabía todo el tiempo quién era realmente? Si ella supiera tanto de motocicletas como parecía, ¿sería una sorpresa que supiera quién era él la primera vez que lo vio? No era famoso en todo el mundo, pero era muy conocido en el negocio. Especialmente para alguien tan conectado como la hija de Randolph George.

Aparcando su Jeep cerca del parque, abrió la puerta y salió, olvidando momentáneamente hacia dónde había estado corriendo para llegar tan rápido. Laura tenía ese tipo de efecto en él, una fuerza magnética de la que le costaba mucho escapar.

Sus botas crujieron en el pavimento lijado mientras se acercaba a ella con cuidado, casi como si fuera una frágil mariposa que se alejaría flotando si él se acercaba demasiado.

—¿Laura? —Su nombre era una pregunta, un deseo, un calor que brotaba desde dentro.

—¿Derek? —Ella lo miró aturdida, con sus oscuros ojos curiosos y llenos de una intensidad que aún no podía nombrar. Tenerla a su lado le devolvió todos los sentimientos que lo habían atormentado desde aquella noche en la habitación del hotel de Las Vegas.

Al alcanzarla, se acercó a ella, abrazándola, porque no pudo luchar contra el impulso. El olor de las flores silvestres llegaba hasta él desde su cabello; respiraba profundamente, llenando sus pulmones con su aroma mientras su cuerpo volvía a la vida, después de lo que pareció un coma durante los últimos días.

—¿Trabajas aquí? —preguntó ella, y esa pregunta lo obligó a volver a poner su cerebro en marcha, a pesar de que ella lo estaba abrazando. Gracias a Dios que lo estaba abrazando.

—No. ¿Y tú? —Él pensó que la pregunta era estúpida dado que ella estaba con una camisa de empleado y overoles, pero él lo hizo de todos modos porque estaba demasiado sorprendido para decir cualquier otra cosa. Cuando Laura se alejó, él la dejó ir, necesitando ver su cara.

—Sí, estás viendo al nuevo mecánico de Walker Custom. —Se metió las manos en los bolsillos traseros y le guiñó un ojo mientras se encogía de hombros—. ¿Buscas una motocicleta? Puedo hablar con Connor. Por lo que puedo decir, él dirige el lugar. Estoy segura de que te conseguirá un buen trato.

Derek agitó la cabeza. ¿Era esto realmente posible? ¿De verdad no sabía quién era?

—No. Definitivamente, no necesito otra motocicleta.

Se volvió a encoger de hombros, con un rápido movimiento.

—No estoy segura de que sea una respuesta racional, pero si tú lo dices, no discutiré—. Se acercó un poco más; la sorpresa ya había pasado; ella parecía mejor preparada y se alejó de él.

—¿Qué estás haciendo aquí, Derek? ¿Me seguiste?

Eso lo detuvo en su camino.

—No. Estaba a punto de hacerte la misma pregunta.

Cuando sus cejas se arrugaron, confundido, señaló el cartel que colgaba del costado del edificio.

—Walker Custom.

Laura miró por encima de su hombro, leyó la señal y se volvió para mirarlo.

—Lo sé. Trabajo aquí.

Alargó la mano y se acercó. Bajando la voz, intentó no mirarla a los labios, pero fracasó.

—Encantado de conocerla, señora George. Soy Derek Walker.

—Dios mío. No te creo. —Sus ojos se redondearon con horror—. ¿Eres Derek Walker?

—Desde que tengo nueve años.

—¿Qué? —exclamó Laura. Su confusión lo irritaba, pero no con ella, consigo mismo. ¿Por qué estaba recordando su pasado? Ella no necesitaba saber su triste historia, que él había sido adoptado cuando tenía nueve años y su nombre cambió para siempre.

—¿Vas a darme la mano o a mirarme con la boca abierta?

—Oh, sí. Lo siento. —Ella puso su pequeña mano en la de él, y todo dentro de Derek se movió. Laura estaba aquí. Sabía su nombre. Tenía que ser el destino, o Dios, o su madre ayudándolo desde el otro lado. Su abuela lo había criado como católico, y aunque no fuera a misa, lo recordó. ¿Y cuándo murió? Ella había venido a él en sueños durante meses, ayudándolo a sobrellevar la situación, ayudándolo a sobrevivir. No sabía si creía en Dios, en el destino o en la suerte. Laura estaba de pie frente a él. Eso era lo único que importaba. —No puedo creerlo. Pensé que nunca te volvería a ver.

—Supongo que es el destino —dijo Derek.

—¿"Destino"? —Laura levantó una ceja cínica—. Sin ofender, Derek, pero el destino no ha sido exactamente amable conmigo.

—Tal vez está tratando de hacer las paces. —Se inclinó, sin poder controlar sus instintos. Tenía que besarla, sentir sus labios, escuchar el suave sonido que hacía en la parte posterior de su garganta cuando la tocaba. La conmoción y la desilusión lo hicieron difícil cuando ella usó su mano para alejar su pecho.

—¿Qué pasa?

—Derek —suspiró y miró al suelo—. Lo que tuvimos en Las Vegas fue genial, incluso especial. La conexión fue increíble...

—Pero... —dijo Derek, teniendo un presentimiento y una corazonada sobre a dónde iba esto.

—*Pero* eso era Las Vegas. "Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas". Nada ha cambiado para mí.

—¿Qué significa eso? —Odiaba la resolución que veía en sus ojos. Sabía que se veía bien, lo veía en el espejo a menudo. Laura era una mujer acostumbrada a hacer lo que había que hacer.

—Podemos ser amigos. Eso es todo. Al menos, por ahora.

—Hasta el juicio. —El cuchillo se retorció en su corazón, pero no podía discutir, ni aquí ni ahora. Derek tenía que estar en la corte por Brandon y ya llegaba tarde.

—Sí. De hecho, ni siquiera debería estar aquí. Debería irme. Se lo haré saber a Connor y encontraré otro trabajo.

—¿Ir a dónde? ¿Por qué?

—Porque se suponía que era un trabajo anónimo. Pero yo te conozco. Sabes quién soy y por qué estoy aquí. Trabajar para extraños estaba bien. ¿Pero tú? No, Derek. No. No quiero poner a tu familia en riesgo por si el hermano del psicópata de Benny me encuentra. Tienes una familia que proteger.

"Protege a tu familia. Protege a tus hermanos a toda costa". Había sido la misión de su vida, su única razón para existir durante casi todo el tiempo que recordaba. Laura tenía razón. Sabía que ella tenía razón. Y no

importaba.

—No irás a ninguna parte. —Las palabras salieron más rudas de lo que él pretendía, pero Dios, ella estaba jugando con su cabeza. Era prácticamente una extraña, pero no importaba. Estaba sola en el mundo, huyendo y lo necesitaba.

Con las manos en sus caderas ahora, ella lo evaluó con esos ojos cálidos, mirando a través de él. Y él la dejó mirar, dejó que todo se viera.

—¿Muy cavernícola, Derek? No recibo órdenes muy bien, en caso de que te lo preguntes.

—No lo estaba haciendo. —Acercándose más sutilmente a su mujer salvaje, cogió su mano, aliviado cuando ella dejó que él la tocara—. No hay razón para que vayas a ninguna parte. Nadie más sabe lo del juicio ni por qué estás aquí. Nadie hablará, y no tendrás que estar sola. —La última parte fue un golpe bajo, muy bajo. Él lo sabía, pero no estaba más allá de toda manipulación para convencerla de que se quedara. Necesitaba ayuda, eso era obvio. Combinado con el hecho de que no había sido capaz de dejar de pensar en ella, de preocuparse por ella, durante días, diría lo que tuviese que decir para mantenerla cerca.

—Estoy acostumbrada a cuidarme sola, Derek.

Le apretó la mano.

—Lo sé. Pero no te hará daño quedarte aquí. Yo estoy aquí. Mis hermanos están aquí. Tendrás amigos alrededor. Y necesito la ayuda. Tengo semanas de trabajo amontonadas en el garaje. —Quería ser algo más que su amigo, pero la luz en sus ojos no era malicia o felicidad, era determinación, coraje, un instinto de supervivencia que reconocía demasiado bien. Era muy testaruda. Lo demostró cuando salió de la habitación de hotel de Las Vegas. No habría forma de forzarla. Tenía que elegir quedarse.

—Mira, tengo que irme. Necesito estar en otro lugar ahora mismo —dijo Derek, sin querer entrar en detalles. Señaló a su Jeep, que aún estaba encendido—. ¿Podemos hablar cuando vuelva?

Laura se mordió el labio. Si ella decía que no, él tendría que insistir un poco más antes de irse. No podía huir ahora si ella huiría después. Si los

últimos días le habían enseñado algo, era que nunca dejaría de pensar en Laura George, aunque nunca la volviera a ver. De alguna manera, se había metido bajo su piel.

Cuando ella se encogió de hombros, él soltó la respiración que había estado aguantando.

—Muy bien. Claro. Connor me pidió que trabajara hasta tarde. Dos clientes quieren recoger sus motocicletas mañana, y a mí me vendrían bien las horas extras.

—Prométemelo, Laura. Prométeme que estarás aquí cuando vuelva.

Le tomó demasiado tiempo decidirse, pero él la conocía lo suficiente como para saber que si ella le daba su palabra, la cumpliría.

—De acuerdo. Estaré aquí. Lo prometo.

—Hablaemos cuando regrese. —Corrió hacia su Jeep y salió del estacionamiento. Llegaría tarde. Brandon enloquecería, y odiaba romper su palabra casi tanto como odiaba la idea de que Laura desapareciera de nuevo.

CAPÍTULO OCHO

Laura

—Hola, George. Me estoy yendo. ¿Quieres que cierre? —Connor entró al garaje donde Laura estaba puliendo sus llaves por cuarta o quinta vez. Se sentía cansada, lo había estado haciendo por más de una hora, pero le había hecho una promesa a Derek, y quería cumplirla.

—No, gracias. Se supone que debo encontrarme con Derek aquí cuando regrese.

Connor levantó la frente, pero no dijo nada raro. Gracias a Dios.

—Bueno. Voy a cerrar la puerta principal. Todo lo demás está cerrado. Puedes salir, pero nadie puede entrar sin una llave.

—Genial, gracias.

Connor la observó durante un largo y silencioso minuto.

—Puedes esperar en su oficina si quieres. Al menos, hay una silla ahí. Y no hace tanto frío.

Eso la hizo reír. Había estado temblando, lo sabía, pero hacía nueve benditos grados bajo cero afuera, y tenía sangre del desierto. Había pasado la mayor parte de su vida en el sur de California, y este frío mordaz era tan extraño para ella como las cinco pulgadas de nieve que desempolvaban el suelo.

—De acuerdo. Gracias, Connor. —Asintió con la cabeza y se despidió

desde el marco de la puerta mientras se dirigía al frente de la tienda. Dejó la llave inglesa y tiró la toalla de limpieza a un lado.

—Y no creo que puedas limpiar más que eso.

Con un suspiro de impaciencia siguió a Connor al frente y se dirigió a la oficina de Derek. Nunca había estado en el espacio pequeño antes. Se sentía como si fuera una intrusión. Como si estuviera en tierra sagrada. Pero hacía mucho más calor que en el garaje y no era lo suficientemente masoquista como para sentarse en el frío. Tal vez debiera esperar en la oficina de Connor. Era más grande, con muchas ventanas y múltiples sillas... y no se sentía tan personal.

Se levantó y cruzó la sala de exposición hasta la puerta de cristal cerrada.

“Cerrado”.

—Demonios. —Era sentarse en el escritorio de Derek o esperar afuera en el frío. Y esa no era realmente una opción ahora que ella había sentido el calor que salía del zócalo eléctrico a lo largo de la pared detrás del escritorio de Derek.

Sentada en su silla azul acolchonada, dejó que su mirada vagara, fascinada por estar en un espacio tan íntimo. Su espacio.

Su escritorio era estéril, excepto por un monitor de computadora, un ratón, un teclado, un bloc de notas adhesivas sin usar y un juego de escritorio lleno de lápices. Sin bolígrafos. Sin grapadora. Sin calculadora. Sin desorden. Solo lápices. . Amarillo n.º 2. Lápices para dibujar. Los gordos. Los delgados.

—Eres un hombre extraño, Derek Walker —susurró el pensamiento en voz alta y estudió el calendario pegado a la pared justo enfrente de ella. Allí él había escrito meticulosamente los pedidos y los plazos de entrega de varios clientes. Detrás de ella, la pared estaba cubierta de fotografías de motocicletas personalizadas que él mismo había construido, con su firma en la parte inferior de cada foto. Derek estaba en cada fotografía, de pie junto a la motocicleta con el nuevo propietario de la máquina. Era como ese muro de diplomas que siempre se exhibía en el consultorio de un médico, excepto que las credenciales de Derek eran

máquinas hermosas y poderosas en lugar de un título de Harvard.

Mirándolo, con el orgullo de su postura, la satisfacción de sus ojos, ella quiso besarlo. Andaba por su cuenta, trabajaba, y hacía algo de sí mismo. “Algo sexy”, se decía.

Al lado del escritorio, había un archivador de dos cajones. El cajón estaba medio cerrado, sobresalía un libro negro, pesado, de portada dura. Saliendo del libro había un puñado de páginas que parecían haber sido extraídas de las páginas de una revista de viajes llena de toallas de playa y palmeras.

Ahora, muy curiosa, Laura sacó el libro y lo puso en el escritorio.

Era un cuaderno de dibujo, de tapa dura negra, con las esquinas deshilachadas y el lomo desgastado. El papel del interior era de tamaño estándar, era como abrir un cuaderno sin la espiral. O las líneas.

Sintiéndose traviesa, pero incapaz de resistirse, Laura abrió el libro a una página marcada y se congeló ante la cara que la miraba fijamente.

Su cara.

Temblando, trazó la delicada línea de su mejilla con su dedo índice. “No me veo así, Derek”. Era cierto. El dibujo la hacía lucir suave y femenina, vulnerable y sexy, como una sirena mítica, demasiado bella para ser real. Sorprendida, dio vuelta varias páginas y encontró más. Todos sus hermanos estaban allí. Los reconoció de la boda. Había varios dibujos de una mujer mayor con ojos bondadosos. Ella no tenía ni idea de quién sería, excepto por que Derek había escrito la palabra “mamá” en la esquina. Había dibujos de varias motocicletas, algunos animales, un águila y un puma. Las nuevas esposas de sus hermanos. Todos eran importantes para él.

La última página era un segundo dibujo de ella, despierta y mirando desde la página como una sirena, con una mirada hacia acá en sus ojos y sus labios hinchados como si acabara de ser besada. En el dibujo, estaba la nota que ella le dejó en el hotel.

“Eres increíble. Olvídate de mí y encuentra a alguien que te ame. ~L”.

Las lágrimas le salieron de la nada; todos los sentimientos de esa noche corrieron hacia ella como un tren fuera de control que se salía de

las vías.

Lo había visto en el set de filmación. Su padre había estado allí, esquivando vagones de tren rodantes y saltando escombros ardientes. Todo eso había tomado meses para planearse, y duraba menos de un minuto. Pero la película había sido un éxito de taquilla y ese trabajo había significado otra victoria para su padre, otro trabajo... otro movimiento. Otra escuela para ella. Más horas de soledad en un remolque mientras su padre se divertía y jugaba, y hacía lo que podía para ahogar la memoria de su madre en whisky. Ver esa escena de película se había sentido así. Peligroso. Se le rompían los nervios y estaba totalmente fuera de control. Como lo estaba ahora. Como sería querer algo con Derek.

Sacó las páginas de la revista de la parte de atrás para distraer la atención. Imágenes brillantes de islas paradisíacas la atraían. Hawaii. Key West. Polinesia Francesa. Una isla en Grecia. Había, al menos, una docena. Todas las playas de arena, sombrillas a rayas y bebidas frescas. Paraíso. No sería difícil imaginarse descansando en una de esas sillas de playa con él al lado de ella o frotando loción bronceadora en su espalda.

Una fuerte explosión se oyó seguida por el portazo de la puerta principal, y Laura empujó todo a su lugar y puso el cuaderno de bocetos de nuevo en el cajón. Había un espacio para ello, justo en el frente.

Tan organizado, su Derek.

¿A quién estaba engañando? Derek no era su nada.

Derek pisoteó la nieve de sus zapatos en la alfombra cerca de la puerta principal, y Laura se levantó para encontrarse con él, apoyándose en el marco de la puerta.

—Hola.

Se quedó helado y la miró.

—Hola. Tenía miedo de que no estuvieras aquí.

—Te di mi palabra.

—Lo sé. —Golpeó sus pies una última vez y caminó hacia ella—. Pero eso me llevó mucho más tiempo del que yo quería. Y hubo un accidente en la I-25. Tardé dos horas en volver aquí.

—¿Dónde estabas? —No debería preguntar. No tenía derecho a preguntar.

—Soy mentor de un niño en el centro. Tuvo que ir a la corte porque su madre drogadicta está saliendo de la cárcel y quiere que vuelva. Bueno, ella no lo quiere a él, quiere el dinero que el estado le dará para cuidarlo. El pobre chico está muerto de miedo.

—¿Cuántos años tiene?

—Doce.

Cruzando los brazos, ella lo estudió.

—Eres un santo entre los hombres, Derek Walker.

Frunció el ceño.

—No soy un santo, Laura. —Cerró la distancia hasta que estuvo justo delante de ella, respirando su aire—Solo soy un tipo que sabe lo que es estar de su lado en esa ecuación.

¿Qué? ¿De qué estaba hablando?

—No lo entiendo. ¿Tú y tus hermanos? Tienes una familia increíble.

Levantando una mano, agarró un mechón del cabello de ella y lo frotó entre sus dedos.

—Todos venimos de los agujeros del infierno, Laura. Mi madre era una adicta que tuvo una sobredosis cuando yo era joven. Mi padre se emborrachaba y me pegaba cada vez que la extrañaba demasiado. Mi abuela era la única persona en el mundo que me amaba, y cuando murió fue todo lo que pude hacer para sobrevivir hasta que fui adoptado. Mitchell. Chance. Jake. Todos sobrevivimos al infierno. Todos fuimos adoptados por nuestra madre. Una vez que fuimos hermanos, me aseguré de que permaneciéramos juntos, cuidándonos las espaldas. Nadie se metió con nosotros después de eso. Nadie.

—¿O qué? —Carajos. Mitchell era cirujano. Chance era abogado. Jake tenía un rancho que le habían dicho que valía una fortuna. ¿Y Walker Custom? Derek tenía que ser millonario por derecho propio. Ella había estado burlándose de Derek en la boda por golpear a los otros niños en el patio de recreo, pero lo que él estaba diciendo lo llevó a un nivel completamente nuevo. ¿Cómo lo lograron cuatro chicos con el mundo en

contra?

—Me aseguré de que no lo hicieran de nuevo.

Y ahí estaba su respuesta. Determinación. Resolución. El hombre frente a ella hizo que ocurriera, así fue.

—¿Y si tus hermanos se pasan de la raya?

—Lo mismo.

Eso la hizo reír.

—Eso es lo que pensaba. —Se abrazó a sí misma y dio un paso atrás hacia el calentador— Me temo que no habrías sido capaz de mantenerme a raya.

Cuando él levantó la frente ante el desafío de ella, Laura estalló en risa.

—Tenía media docena de padres en el set de filmación siempre. Y cuando mi padre no trabajaba, estábamos en clubes de motociclistas. Dudo que puedas hacer lo que seis hombres adultos no pudieron hacer.

—Pruébame.

CAPÍTULO NUEVE

LAURA SE ESTABA RIENDO AHORA, pero él lo había visto, la fugaz lástima que ella rápidamente trató de ocultar. ¿Por qué demonios había sacado todo eso a colación? ¿Sus padres? ¿Las palizas? ¿Toda la mierda por la que había pasado de niño? No para hacerla sentir lástima por él, eso era seguro.

La lástima era lo último que quería ver en sus ojos. ¿Lujuria loca? ¿Risas? Cualquier cosa, menos lástima. Era hora de cambiar de tema.

—Entonces, ¿cuándo es el juicio?

La mención de sus problemas le quitó la risa.

—Siete de enero.

—¿Y tienes que estar de vuelta en Las Vegas para testificar?

—Sí.

—¿Y te quedarás aquí hasta entonces? ¿para que pueda vigilarte?

—No. —Volvió a cruzar los brazos y fue la irritación lo que ahora brillaba en sus ojos. Desafío. Todo lo que logró fue que él quisiera besarla. Dios, se veía preciosa cuando estaba enfadada y actuaba con descaro— Me quedo porque tú necesitas un mecánico y yo necesito un trabajo.

La pregunta fue un error que no pudo evitar cometer.

—¿Es esa la única razón?

Su descaro se convirtió en tristeza, y a él no le gustaba esa mirada más de lo que le gustaba la lástima.

—Hasta el siete de enero, sí. Esa es la única razón, Derek. Podemos ser amigos, pero eso es todo.

—¿Y si quiero más?

—Entonces estás loco.

—¿Y si estoy loco?

Laura agitó la cabeza, pero se adelantó y lo abrazó, fuerte y rápido. Antes de que pudiera reaccionar, ella se alejó y se dirigió a la puerta principal.

—Entonces tendré que salvarte de ti mismo.

La puerta se cerró tras ella con un portazo, y él sonrió. ¿Cuántas veces había dicho exactamente lo mismo a sus hermanos? Pero en esos casos, tenía razón. Esta vez... aún tenía razón. Laura sería más que su amiga, pero si estaba asustada, asustada por el juicio, entonces él esperaría para presionarla. Podía darse el lujo de ser paciente ahora que sabía que ella estaba a salvo.

Y necesitaba detalles.

Sacando su celular llamó a su hermano, el abogado. Si alguien podía escarbar en el desorden del sistema judicial del estado de Nevada y averiguar qué estaba pasando, era su hermanito. Chance respondió en el segundo timbre.

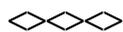
—Hola, Derek. ¿Qué pasa? —El fuerte golpeteo de tambores y riffs de guitarra se filtró por el fondo, y Derek se encogió. Erin y su grupo debían estar teniendo una *jam session* en el sótano otra vez. Eso, o estaban en la casa Castillo haciendo que los vecinos se suicidaran.

—¿Cómo diablos puedes soportar todo ese ruido?

Chance se rió, y puso una nota de guitarra en el teléfono.

—Estamos practicando. La banda está siendo extra silenciosa solo por ti. —Un platillo se estrelló en el fondo, y Derek se rió. Extra silencioso. Claro— ¿Qué necesitas?

—Necesito su ayuda, agente.



Laura. Nochebuena

Arrodillándose en el frío piso de concreto, Laura apretó el último tornillo de un nuevo sistema de escape instalado y sonrió. Ella estaba sola en la tienda, trabajando, matando el tiempo, en lugar de sentarse en casa sintiendo lástima de sí misma por estar sola en Nochebuena. Bueno, ella estaba acostumbrada a estar sola. A lo que *no estaba* acostumbrada era a *extrañar a Derek*. Había pasado años sola. Había ido a nueve escuelas secundarias y había vivido por todo el mundo. Dondequiera que fuera su padre, se la llevaba con él. Su única amiga de verdad había sido su motocicleta y la carretera. Hasta Derek, eso había sido suficiente. Ahora no estaba sola, se sentía sola, y eso la ponía de mal humor en Navidad.

Tampoco era como si hubiera tenido tiempo de estar deprimida últimamente. No. Su vida había explotado. Tenía tantas cuestiones, que no sabía cómo sobrellevarlas. Bueno, lo hizo, pero le costaba creer que esta era su vida la mayor parte del tiempo.

Conocía a Derek desde hacía dos semanas. Conoció a su familia. Lo vio reír, sonreír y fruncir el ceño. Lo vio tomar las bromas con buen carácter de sus tres hermanos y sus esposas. Eran un grupo unido, y ella siempre se sintió como una intrusa, como la huérfana hambrienta con la nariz presionada contra la ventana de vidrio, desde afuera.

“Ya es suficiente”, se regañó a sí misma y fue a guardar sus herramientas.

Una estación de radio local de Denver tocaba música navideña las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, y ella la ponía a todo volumen. Ayer, se había conectado a Internet y compró el regalo de Derek. Fue una locura. Un poco demasiado. Pero como había visto las fotos en la oficina, no podía dejar de pensar en ello. Y debido a que el control de los impulsos no estaba normalmente en lo alto de su lista de tareas por hacer, había desembolsado el dinero con una gran sonrisa y un

resorte en su paso.

Ella le debía mucho más que esta, pequeña cosa. ¿Verdad?

Dios, iba a *enloquecer*.

Todos los días trabajaba con Derek y los otros chicos de la tienda. Connor se había convertido en un buen amigo rápidamente. Le encantaba lo que hacía y no tenía que mirar por encima del hombro cada momento de cada día. Derek le dijo a Connor que no la reportara al departamento de empleo del estado hasta después del juicio, así que no había ningún registro oficial de su presencia aquí. No había rastro electrónico. Pagaba todo en efectivo... cuando Derek la dejaba pagar, claro.

Para su decepción, él había sido el perfecto caballero, hizo el papel de un amigo y nada más. Si salía a almorzar, traía comida para todo el personal. Y cada noche, la llevaba a su casa o la llevaba a cenar a una de las casas de sus hermanos. Laura pasó tiempo con Mitchell y Jessica, hablando sobre el cuarto del nuevo bebé, Tommy. Debía nacer en unas pocas semanas y toda la familia estaba en apuros. Mitchell, el doctor, era graciosísimo. Hablaba constantemente con su hijo como si el pequeño ya pudiera entenderlo, dándole consejos y haciéndole promesas.

Jake y Claire habían venido a la ciudad dos veces desde su casa en la montaña, y Laura había oído todo sobre el impresionante viaje de Claire a Italia, su excavación arqueológica en Herculano —una ciudad cerca de Pompeya que Laura nunca supo que existía—, y lo emocionante que era descubrir nuevos artefactos. Claire, prácticamente, brillaba, y el hermano de Derek, Jake, rara vez la perdía de vista. Aparentemente, ella se había ido a la excavación por varios meses, y él estaba recuperando el tiempo perdido.

Laura entró a la cocina por un vaso de agua y se dio la vuelta tan rápido como sus piecitos pudieron lograrlo. Jake y Claire habían estado... ocupados, y no se dieron cuenta de que ella estaba allí. Laura se rió, agarró a Derek de la mano y lo sacó de la casa. Balbuceó una pregunta hasta que escuchó que algo cayó al suelo en la cocina seguido por los chillidos de risa de Claire. Después de eso, salieron corriendo, y

pasaron una hora en una heladería local para que Jake y Claire tuvieran tiempo de... terminar lo que sea que estuvieran haciendo en la pequeña cocina de Derek.

Por último, pero no menos importante, habían pasado tiempo con el hermano menor Walker. Chance y Erin eran salvajes y divertidos. Erin era una estrella de rock. La familia de Jessica también era de estrellas de rock. Literalmente. Condenadas estrellas de rock. La Banda Castillo era mundialmente famosa, y hacía tres días, Laura se había sentado a la mesa, riendo hasta llorar con la dulce vecina de Jessica, una anciana afroamericana llamada Miss Bea —que tenía noventa años, un poco más, un poco menos— quien dirigió todo el espectáculo. Chance y Erin habían venido; los músicos habían empezado a pasar el tiempo inventando canciones con letras tan locas que nadie podía cantarlas con la cara seria. Pero entonces, Miss Bea sacó panecillos crujientes de chocolate-caramelo-café, y todo lo demás se olvidó.

Laura sonrió cuando Derek entró en el garaje vistiendo jeans y una camiseta negra. Eso era todo lo que llevaba, lo que le pareció bien. Con su cabello negro y ojos oscuros, parecía un dios del sexo.

—¿De qué te ríes? —le preguntó.

—Estaba recordando la letra de *Crazy Monkey Rex* y los panecillos de Miss Bea.

La sonrisa de Derek hizo que su corazón se saltara en un latido. Él lo hacía mucho últimamente. Sonreír. Y Claire había hecho a un lado a Laura hacía un par de días para asegurarse de que supiera que eso no era parte del patrón de comportamiento normal de Derek. De hecho, las esposas Walker ya estaban planeando la boda de Laura. Era lindo, aunque sin embargo, todo eso la ponía triste. Estaba tan lejos de ese tipo de relación, que siempre le sonó imposible.

—¿Quieres salir de aquí? Me vendría bien tu ayuda. —Derek parecía inseguro, y no era propio de él.

Dejando a un lado su trabajo, caminó hasta el fregadero y se lavó.

—Claro. ¿Con qué necesitas ayuda?

—Mujeres.

—¿Qué? —Casi se le cae la toalla que estaba usando para secarse las manos.

—Mis nuevas hermanas. Miss Bea. La hermana de Jessica, Sophia. Este es el primer año que todos son parte de la familia para Navidad, y no tengo ni idea de qué comprarles.

Ahhhhh. El alivio que sintió fue unas diez veces más fuerte de lo que debería haber sido, pero no lo examinaría muy de cerca.

—Ir de compras es divertido. Y yo necesito conseguir algunas cosas. ¿Cuánto tiempo tenemos?

Derek revisó su teléfono.

—El centro comercial permanece abierto hasta la medianoche de esta noche. Así que tenemos siete horas para asegurarnos de que no luzca como un idiota en la mañana de Navidad.

Riendo, Laura agarró su abrigo.

—Entonces, vámonos. Pero tengo una condición.

Él suspiró.

—Tú y tus condiciones, mujer. ¿Qué pasa esta vez?

—Tú y yo. Nos vamos a hacer una foto con Papá Noel .

La estudió durante varios segundos mientras ella rebotaba de punta a punta. Claro que sí, lo decía en serio. Había estado por todo el mundo, pero su padre no tenía tiempo para esas cosas.

—Mira, Derek, mi padre odiaba hacer cola casi tanto como odiaba ir de compras. Lo que significó que en todos esos años crecí sin centros comerciales, ni compras navideñas, ni...

—Papá Noel .

—Exactamente. —Tenía regalos todos los años. Y siempre los invitaban a cenar a casa de alguien más en Navidad. Ella sí había tenido la Navidad, solo que no había sido *la suya*.

—Muy bien. Que sea Papá Noel . Vamos.

—¡Sí! —Ella movió el puño y le guiñó el ojo mientras él le abría la puerta con una sonrisa.

—Estás loca. ¿Lo sabes?

—Pensé que dijiste que tú eras el loco.

—Tal vez los dos estemos locos.

Sonrió tan fuerte que le dolían las mejillas.

—Tal vez lo estemos.

Cuando llegaron al centro comercial, estaba repleto de compradores, padres que llevaban a sus hijos a ver a Papá Noel y otras personas deambulando por los escaparates de las tiendas solo para admirar la decoración y empaparse en el ambiente alegre.

Estaban montados en el Jeep de Derek. Laura estaba vestida de pies a cabeza con jeans, botas, una bufanda que cubría su cara, guantes y un sombrero. El clima aquí era, ciertamente, algo a lo que debía acostumbrarse después de venir del desierto de Las Vegas. Disfrutaba de la calidez de la nieve recién caída, sin embargo, hacía que las fiestas estallaran aún más en su mente. Ella recibiría una Navidad blanca por primera vez en su vida, y no podía esperar a despertarse en la mañana de Navidad con una manta blanca con hermosos copos de nieve brillando a la luz del sol.

Corrieron tan cuidadosamente como pudieron a través del estacionamiento, queriendo entrar y salir del frío amargo que les quitaba el aliento. Laura esquivó unos pocos parches de hielo, pero se deslizaba más con sus botas de fondo plano.

Derek le estaba sosteniendo la puerta, mirándola con una mirada que ella había visto mucho últimamente. No estaba segura si la encontraba divertida o idiota en sus aventuras. Pero siempre había sido la clase de chica que pisoteaba los charcos de barro, ya sea que llevara un impermeable y botas de plástico o un vestido de domingo y bonitas sandalias.

Recogiendo un puñado de nieve, lo hizo una bola, y se la tiró a Derek. Gritó con victoria mientras explotaba en el brazo de su abrigo, hinchándose en una explosión de diversión.

—¡Oye! ¿Por qué fue eso? —Laura le sonrió al pasar junto a él, pero él no había terminado con ella. La agarró por detrás y le hizo cosquillas hasta que gritó en protesta—. No me vuelvas a tentar, Laura. Ya me cuesta bastante mantener mis manos lejos de ti.

—Entonces no lo hagas.

—Bromeas. —Sus ojos se oscurecieron mientras le hacía cosquillas de nuevo, haciéndola gritar de alegría. Una familia de paso los miraba como si estuvieran locos, pero a ella no le importaba. Estaba atada y decidida a divertirse hoy.

Cuando entraron , su boca inmediatamente se abrió de par en par. Había música navideña sonando sobre los altavoces, dando a todo el lugar una calidad acogedora y agradable. Un árbol gigante, iluminado y decorado con cintas, arcos y adornos, deslumbrante y enorme, se elevaba hasta tocar el techo de la entrada de dos pisos. Debía de medir seis metros.

—Guau.

Derek la tomó de la mano, con los dedos entrelazados.

—Compremos ahora, miramos después. Estamos contrarreloj.

—De acuerdo. —Dejó que Derek la arrastrara hasta el enorme árbol, hasta que vio lo que estaba escondido en la base, a lo largo del lado opuesto—. ¡Derek! Vamos! ¡Deprisa! Cerrarán en treinta minutos. — Laura era la que lo arrastraba ahora, hasta el final de la línea. Los ayudantes de Papá Noel los miraban con las cejas levantadas, pero Laura miraba a las chicas adolescentes en trajes de elfos que la miraban de reojo. Esto estaba pasando. Tirando del brazo de Derek, ella apretó su mano y se apoyó en su costado.

—¿Qué vas a pedir?

—¿Qué? —La miró con sorpresa en los ojos.

—Bueno, no puedes sentarte en su regazo y no pedir nada.

—No me voy a sentar en el regazo de Papá Noel, Laura. Eso no va a suceder.

CAPÍTULO DIEZ

PUSO LOS OJOS EN BLANCO, pero sabía que no ganaría. Él le seguiría el juego, pero ella solo podía presionarlo hasta cierto punto.

—Muy bien. Bien. Lo haré, y tienes que pararte justo a mi lado en la foto.

Se quedó en silencio durante unos minutos mientras un hermano y una hermana se subían al regazo de Papá Noel frente a ellos. La niña más grande tenía coletas y una sonrisa encantada. Parecía que tendría unos cinco años. Su hermano pequeño estaba luchando contra las lágrimas del viejo grande y aterrador que lo sostenía. Tendría unos dos años, y era tan adorable que ella quería ir a apretujarlo.

Sonriendo hasta que le dolían las mejillas, se dio cuenta de que no había estado tan feliz en meses. Tal vez años... desde el asesinato de hacía seis meses, desde la muerte de su padre, o antes de eso.

Había adornos de oropel, guirnaldas y cascanueces salpicados en casi cada centímetro cuadrado del centro comercial. Había gente por todas partes, vestida de rojo, verde y otros vestidos de fiesta. Un elfo alegre los pasó y saludó, completamente adornado con un adorable traje verde con un sombrero verde y una campana en la parte inferior.

Laura le devolvió el saludo animadamente. Miró a Derek que le sonrió, pero se dio cuenta de que no estaba tan metido en todas estas cosas festivas como ella, lo que hizo que el momento fuera mucho más especial. Estaba haciendo esto por ella.

Cuando los pequeños salieron del regazo de Papá Noel, ella se apresuró y se posó en su rodilla. Era un Papá Noel fabuloso, un caballero verdaderamente anciano con una barba realmente blanca y ojos azules gentiles y brillantes. Laura arrastró a Derek y lo hizo a un lado, decidida a tenerlo en su fotografía.

—Bueno, jovencita. ¿Qué quieres pedirle a Papá Noel para esta Navidad? —El viejo le sonrió y ella suspiró aliviada. No pensó que estaba loca o que era un bicho raro por estar ahí. Incluso mejor, parecía genuinamente amable.

Laura lo besó en la mejilla, porque podía, y se inclinó para susurrarle al oído.

Lágrimas amenazaban con brotar, pero él sonrió cuando ella se alejó y asintió con total comprensión.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias, Papá Noel —Ella sonrió y levantó su cabeza cuando uno de los elfos de Papá Noel le dijo que sonriera y mirara a la cámara. Cuando terminó, ella ahuyentó a Derek y compró dos copias de la fotografía, una para ella y otra para él. Cada una en un alegre marco navideño. Eran ridículamente caras, pero a Laura no le importaba. Esto era, realmente, una vez en la vida. Ella pagó por el archivo digital también, y alegremente escribió su correo electrónico para poder descargar la foto en su teléfono más tarde.

Derek la esperaba, con su hombro apoyado en un pilar decorado con una cinta roja brillante.

—¿Estás lista?

—Sí. —Laura cogió su mano—. Hagámoslo.

Hicieron un rápido trabajo, encontrando algo para cada una de las nuevas mujeres de la familia de Derek y algo para cada uno de sus hermanos también. Bebieron chocolate caliente, y se rieron de las expresiones frenéticas que vieron en numerosos hombres que aparentemente habían dejado sus compras hasta el último minuto en Nochebuena.

—¿Qué pasa con los hombres y las compras de última hora?

Ambos captaron a un hombre de aspecto cansado que llevaba zapatillas de tenis desgastadas, pantalones de agua y una camisa que parecía que había estado en el extremo receptor de la cena de espaguetis de un niño pequeño. Tenía el pelo de punta y ojeras debajo de los ojos. Estaba empujando un cochecito que sostenía a gemelos durmientes que parecían de un año de edad. Laura asintió con la cabeza y se rió.

—Pobre chico. Parece agotado.

Derek estudió al hombre durante un momento.

—Sí, pero parece feliz.

Laura miró más de cerca.

—¿Cómo puedes saberlo? —Fascinada por la extraña respuesta de Derek, aguantó la respiración esperando a ver qué decía.

—Está en sus ojos, en la forma en que mira a sus hijos.

Estudiando al hombre, concentró toda su atención en la cara del joven padre. Derek tenía razón. Cada vez que miraba a los bebés dormidos, su mirada se suavizaba con una mirada que Laura había visto en su propio padre un puñado de veces. Más a menudo, la había visto en películas, o había leído sobre ellas en libros. Amor. Era amor.

Se aclaró la garganta y se puso de pie.

—Bueno, se está haciendo tarde. Probablemente, deberíamos irnos.

—Muy bien. Te llevaré a casa.

Ella agitó la cabeza.

—No. Necesito mi auto. Solo llévame de vuelta a la tienda.

Se dirigieron a su Jeep cubierto de escarcha, y ella se acurrucó dentro con el calentador echando aire frío aún mientras Derek raspaba las ventanas. Iban a la tienda en silencio, con música navideña sonando suavemente en la radio. Cuando él entró en el estacionamiento, ella no pudo soportarlo más.

—Espera aquí. Tengo algo para ti.

—¿Para mí?—, preguntó.

—Espera aquí—. Se apresuró a llegar al coche que había comprado en un lote de vehículos usados y abrió la chirriante puerta. Necesitaba engrasar eso.

Laura envolvió el sobre en una caja pequeña para que él no pudiera adivinar qué era. Parecía una caja rectangular de chocolates envuelta en plata y oro con una cinta de gran tamaño. Sintióse incómoda ahora, pensando que esto podría haber sido la cosa más idiota que ella había hecho por impulso —y eso era decir algo— abrió la puerta del pasajero y le entregó el regalo.

—No puedes abrir esto hasta mañana.

Derek estaba moviendo la cabeza.

—No, Laura. No necesitabas comprarme nada.

—Cállate y tómallo, Derek. —Metiéndose un mechón de cabello detrás de la oreja, lo miró a los ojos y suspiró— Yo... tú... mira, has sido tan increíble desde que te conocí. Primero en Las Vegas, y luego dejándome trabajar aquí. Quería hacer algo especial para ti. —Sabía que se estaba sonrojando, pero no podía controlar el calor que subía a sus mejillas. Con suerte, pensaría que era por el frío— Pero no puedes abrirlo hasta mañana. ¿De acuerdo?

—Está bien.

—Prométemelo.

Eso lo hizo sonreír.

—Lo prometo.

—Bien. —Sonriendo aliviada, retrocedió, con su mano en la puerta—.

Te veré en un par de días.

—¿Qué?

—Después de Navidad. La tienda está cerrada mañana, ¿verdad?
Frunciendo el ceño, agitó la cabeza

—No. Te recogeré en tu casa a las nueve. Vamos a ir a casa de Mitchell para Navidad. Todo el mundo va a ir. Los Castillo estarán allí, y Miss Bea también. El padre de Jessica dijo que podría venir en avión, lo que sería interesante ya que ella se refiere a él como "el donante de esperma", pero con un nieto en camino, creo que quiere arreglar las cosas con sus hijos.

—¿Me invitas a una telenovela familiar para Navidad?

—¿Crees que quiero enfrentarme a todo ese drama solo?

Eso la hizo reír.

—Muy bien. Te veré a las nueve.

Cerró la puerta y se dirigió a su coche. Afortunadamente, arrancó y Derek saltó de su Jeep para rasparle las ventanas. Siempre hacía cosas así, cosas pequeñas, cosas que la hacían sentir especial. Por impulso, ella lo besó en la mejilla mientras él mantenía la puerta de su coche abierta.

—Gracias por una gran noche.

—El placer es mío.

Laura se abrochó el cinturón, pero él no había cerrado la puerta.

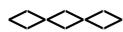
—Te seguiré a casa. Las carreteras son resbaladizas y tus neumáticos son una basura —le dijo Derek.

—De acuerdo. —La oferta fue apreciada. Las llantas de esa batidora usada tenían muy poca huella y los caminos estaban parcialmente cubiertos de nieve derretida, que se había vuelto lisa como el vidrio cuando el sol se puso y la temperatura bajó— Gracias.

Cerró la puerta y se subió a su Jeep para seguirla. Estaba a solo un par de millas de su desgastado apartamento-estudio, pero no quería salirse de la carretera y tener que caminar a casa en la oscuridad. Sola.

A mitad de camino, unos faros brillantes salieron de la nada.

No oyó la camioneta gigante hasta que chocó contra la puerta del conductor. Todo lo que escuchó fue el rugido del motor del enorme vehículo, el choque de metal y sus propios gritos.



El crujido en su cuello lo hizo moverse en la silla rígida al lado de la cama de hospital de Laura. Su pequeña mano estaba en la suya, su única conexión con ella. Quería subir a esa cama y abrazarla.

¿A quién estaba engañando? Quería meterse dentro de su piel, acercarse tanto que ella no pudiera volver a dejarlo. La necesitaba cerca para poder protegerla. “Mantenla a salvo. Tócala. Bésala. Huélela. Mira su sonrisa”, se decía.

Todavía Laura estaba inconsciente, con puntos de sutura en el costado de su frente cubiertos con gasa blanca y cinta adhesiva. Su mejilla izquierda estaba magullada por una terrible mezcla de púrpura y negro, y los analgésicos que le dieron los médicos la habían dejado en un profundo sueño.

Las entrañas de Derek se revolvían como si se hubiera tragado una licuadora llena de ácido. No se había sentido tan indefenso desde que su abuela murió y todo lo que podía hacer, en ese momento, era tomar su mano hasta que la frágil anciana, la única persona en el mundo a la que amaba y la única persona en su joven vida que lo amaba a él, dejó de respirar. Lo arrastraron pataleando y gritando, luchando por quedarse con ella.

Ahora se sentía así. Desesperado. Un poco perdido. ¿Cómo esta mujer podía significar tanto para él después de tan poco tiempo? No lo sabía, no lo entendía, pero cuando esa camioneta salió de la nada y chocó contra el auto de Laura, su mundo se inclinó y aún no se había recuperado.

Mitchell abrió la puerta y se asomó a la vuelta de la esquina.

Gracias a Dios.

Esperar a que alguien le dijera qué coño estaba pasando lo estaba volviendo loco. Siguió a la ambulancia, mintió al personal del hospital y dijo que era su prometido. Lo dejaron sentarse con ella, pero nadie le había dicho nada. ¿Estaba inconsciente y todos los escáneres, resonancias y otras tonterías que hicieron en el hospital? No había oído nada.

Normalmente, su primer impulso sería pararse y saludar a su hermano, pero eso significaría soltar la mano de Laura y él no podría hacerlo. De alguna manera, él estaba convencido de que ella podía sentirlo, saber que no estaba sola.

—¿Qué le pasa? —preguntó. No tenía tiempo para tonterías, y Mitchell había ido, a pesar de que era su noche libre. Llevaba su bata blanca de médico y tenía un estetoscopio alrededor del cuello. Llevaba un portapapeles con papeleo de casi media pulgada de espesor.

Mitchell levantó una mano para calmarlo.

—Ella va a estar bien, Derek.

—Cuéntamelo todo. Estas enfermeras no quieren hablar.

—No tenían los resultados. Los técnicos no pueden leer las pruebas ni dar resultados. Conoces las reglas.

—Solo dímelo.

Mitchell miró hacia abajo, barajando los informes.

—Su análisis de sangre es normal. Tiene una leve conmoción cerebral. Los moretones en su mejilla le dolerán por unos días, pero no se fracturó ningún hueso, lo cual es una suerte. La única laceración tomó veintitrés puntos, pero eso se curará en un par de semanas también. Sus órganos internos están bien. Estará dolorida por unos días, pero estará bien.

Derek asintió mientras la ayuda lo inundaba. Al carajo con esto. Ella se quedaría en su casa de ahora en adelante. No la perdería de vista. Él estudió su rostro, la suave curvatura de sus labios, recordó la mirada brillante en sus ojos cuando ella había estado sentada en el regazo de Papá Noel, su alegría al ver todas las decoraciones navideñas, cómo ella sonreía a todos los que pasaban y hablaba con cada persona menor de cuatro años. Estaba tan llena de vida. Verla así, hacía que algo dentro de él se rompiera, algo que había remendado con súper pegamento y cinta adhesiva cuando se había convertido en un Walker, cuando se le había dado una nueva oportunidad con una nueva familia.

Ella lo estaba destruyendo, abriéndolo, y sentía dolor.

Mitchell caminó hacia el lado opuesto de su cama.

—¿Qué hay del atropello y fuga? ¿Qué dijo la policía?

Una fría furia de hielo rodó a través de él y acarició suavemente su pulgar sobre el dorso de su mano.

—No había cámaras de video. La camioneta era negra y las ventanas estaban tintadas. No tenía matrícula. La parrilla de acero de la parte delantera atravesó su coche como un martillo a través del papel de aluminio.

—Así que no tienen nada.

—Nada. Pero sé quién lo hizo. Ella lo sabe.

—¿De qué estás hablando? —El tono de Mitchell se volvió oscuro—.

Derek, te quiero hermano, ¿pero qué coño pasa con ustedes dos? Sé que fue una casualidad que nos encontráramos con ella en Las Vegas. Pero luego aparece aquí, trabajando para ti. Y la traes como si fuera tuya, pero ambos le dicen a todo el mundo que solo son amigos. ¿Y ahora esto? ¿Estás diciendo que esto no fue un accidente?

CAPÍTULO ONCE

—NO FUE UN ACCIDENTE. Y he estado esperando el momento adecuado, tratando de ser paciente, tratando de ser un bendito caballero.

—Era hora de hacer algunas llamadas. La primera, a su hermano Chance, para averiguar lo que había sido capaz de conocer sobre el juicio por asesinato de Laura—. Está escondida en Denver esperando para testificar en un juicio por asesinato.

—¿Qué?

Derek la miró fijamente, observando la sangre en los bordes de su vendaje, los moretones en su hermosa cara.

—Pensé que estaría a salvo. No sabíamos que la habían encontrado. —Bajando la cabeza hacia el colchón, se llevó aire a los pulmones. Inhaló. Exhaló. Quería matar a alguien, pero no tenía un objetivo, un nombre, nada.

—¿Quién?

—No lo sé.

Mitchell se sentó en una silla frente a él y repitió algunos consejos que Derek le había dado no hacía mucho tiempo.

—Tal vez es hora de irse, Derek.

La ironía no se le escapó cuando le dio a su hermano la misma respuesta que Mitchell le había dado sobre su esposa, Jessica.

—No creo que pueda.

Silencio. Derek levantó la cabeza para ver a Mitchell estudiando a

Laura antes de mirarlo.

— ¿Así que ahora es de la familia?

— Si ella me acepta.

— Demonios, hermano mayor. Ya era hora, por fin. — Mitchell sonrió, pero el humor en sus ojos se desvaneció mientras miraba los registros médicos en sus manos una vez más—. Está estable. No necesita estar aquí mientras no se vaya sola a casa.

Eso puso a Derek casi violento.

— Ella no va a ir sola a ningún lado.

La sonrisa de Mitchell había vuelto.

— Eso es lo que pensé que dirías. Tenemos que sacarla de aquí antes de que quienquiera que estuviera en la camioneta se dé cuenta de que sigue viva y vuelva para el segundo asalto.

— Estoy de acuerdo. — Derek le llevó la mano a los labios y la besó, con cuidado con la intravenosa justo encima de la muñeca—. ¿Adónde podemos ir? Tampoco creo que esté a salvo en mi apartamento.

Mitchell sacó su teléfono y llamó. Eran las 2:30 AM, pero esto era la familia. Derek escuchó una voz profunda y retumbante en el otro extremo antes de que Mitchell hablara.

— Oye, Jake. Tenemos un problema.

El rancho. Perfecto. Era grande, fuera de la ciudad, y Jake y Claire habían adoptado tres cachorros muy protectores de pastor alemán de un rescate hacía unos meses. ¿Y si alguien fuera por Laura otra vez?

El rancho estaba lleno de rifles y muchos lugares para enterrar un cadáver. Sabía cómo matar, lo había hecho en el extranjero. Dejaría un sabor amargo en su boca, pero lo haría para salvar a Laura sin dudar.

Era una locura, pero Derek no discutió con el monstruo protector que luchaba para salir de él. Si algún cabrón asesino volviera por Laura, haría lo que tuviera que hacer y mandaría al carajo las consecuencias. Protegía a la gente que amaba. Eso era lo que hacía. Y para bien o para mal, se dio cuenta de que esa lista incluía ahora a la mujer herida y sola en esa cama estéril del hospital.

Mitchell entró por el pasillo hablando por teléfono durante unos

minutos. Cuando terminó, volvió y cerró la puerta.

—Está listo. Jake estará aquí en una hora con su camioneta. Solo un idiota suicida trataría de meterte en ese tanque.

—Eso no es suficiente.

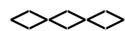
—De acuerdo. Por eso llamé a Jessica. Llamó a su hermana, Sophia. Sophia va a bajar a cambiarse de ropa con Laura. Con su pelo largo y oscuro, parecerá que Laura sigue en la cama hasta mañana. Laura puede usar la ropa de Sophia y ponerse un sombrero. Le dije a Jake que se detuviera en la entrada de empleados cerca de la cafetería y la sacaremos por ahí. Eso te dará unas horas de ventaja. Una vez que salgas de la ciudad, les costará mucho encontrarte. Y tu Jeep seguirá en el estacionamiento. Dame tus llaves y haré que Jake o Chance lo lleven a tu casa mañana.

Parecía extremo, como una absurda película de espías, pero Derek estuvo de acuerdo. Cualquier cosa para mantener a Laura a salvo. Si la policía no la protegiera, los hermanos Walker lo harían. Ahora que la reclamaba como suya, toda la familia cerraría filas. Y nunca estuvo tan agradecido por sus hermanos.

—Gracias. Te debo una.

Eso hizo reír a Mitchell.

—¿Estás bromeando con eso, Derek? Ya era hora de que necesitaras ayuda. Nos has salvado el trasero a todos más de una vez. Así que si ella importa, si es tuya, también es nuestra ahora. Así que cállate la boca y déjanos hacer esto.



Las últimas horas habían sido borrosas. Laura sabía que Derek, Mitchell y Sophia Castillo habían estado en su habitación del hospital. Sabía que Derek la ayudaba a cambiarse de ropa, y entonces, por alguna extraña razón, Sophia se puso un pijama y se metió en la cama del hospital de

Laura. Mitchell conectó toda la basura del monitoreo electrónico a su cuñada y Sophia se recostó y cerró los ojos como si estuviera tomando una siesta.

Mitchell le puso un sombrero en la cabeza y la llevó a través de lo que se sentía como cien millas de pasillos vacíos, fuera del camino, en lo profundo del hospital.

Salieron al aire frío helado en una sección del estacionamiento de empleados, y Derek se subió a una enorme camioneta, después de lo cual, Mitchell y Jake la subieron a la parte trasera donde Derek estaba esperando para abrocharla, poner una manta alrededor de ella, y sostenerla para el viaje.

No recordaba mucho de eso. Ella se había acurrucado contra él, feliz de dejarlo tomar el control. No le importaba a dónde iban, solo que se sentía segura. Recordó que la llevaron a una casa cálida y subió unas escaleras. Recordó haber visto la cara de preocupación de Claire y luego nada más que a Derek. Derek acomodando su ropa, tratándola como si fuera porcelana rompible. Derek metiéndola en la cama y tirando de ella hacia sus brazos, abrazándola.

¿Y ahora? Parpadeó ante la débil luz del sol que entraba por la ventana. Por segunda vez en su vida, se despertó en la cama con Derek, y no por la razón que hubiera preferido. Una noche calurosa de sexo húmedo hubiera sido preferible al desastre en que se había convertido su vida.

La suave respiración de Derek era un bálsamo para sus sentidos, y ella se quedó perfectamente inmóvil durante largos minutos empapándolo, dejándolo descansar. Una mirada al reloj de la mesita de noche mostró que eran justo después de las seis. Temprano. Demasiado pronto. Su brazo estaba sobre la cintura de ella, y él estaba enroscado de forma protectora alrededor de su espalda. Una mirada hacia abajo reveló que, una vez más, llevaba una de las camisetas que le quedaba muy bien. Le gustaba sentir que le pertenecía a él, que él le pertenecía a ella. La intimidad del momento era extraña, rara y totalmente adictiva.

Podría acostumbrarse a eso. Lo que probablemente no era lo más

inteligente para pensar cuando alguien acababa de intentar matarla. Le dolía la cabeza, pero no demasiado. Había tenido peores rasguños en una motocicleta. Su mejilla se sentía magullada, pero de nuevo, había plantado la cara con suficiente frecuencia cuando estaba aprendiendo a montar en motocicleta, así que el ligero dolor no la preocupaba.

Lo que sí necesitaba era una ducha. Podía oler el hospital en su cabello, ese olor a blanqueador y desinfectante, el olor de la enfermedad. Era su olor menos favorito en el mundo. Moviéndose lentamente, sacó las piernas de la cama y se deslizó por debajo del brazo de Derek. Cuando se sentó, la habitación giró durante unos segundos, pero eso fue todo. Unas cuantas respiraciones profundas, sus pies en el suelo, y las cosas dejaron de moverse.

La habitación era preciosa; de las paredes, colgaban escenas de montaña y caballos. Tenía una sensación de cabaña de troncos, o de una de esas casas que deberían estar en un refugio de montaña. Y Laura supo, sin preguntar, que este tenía que ser el rancho de Jake, el lugar donde los hermanos Walker habían crecido juntos después de ser adoptados. El lugar se sentía mágico, seguro. Podía imaginarse a un joven Derek aquí con sus hermanos, imponiendo la ley y dando órdenes a todo el mundo como un sargento en miniatura.

Se paró lentamente ante las quejas de Derek.

—¿Qué estás haciendo?

Podía ver el baño en suite a solo unos metros de distancia. Y ella no le pediría ayuda a Derek.

—Voy al baño de damas. Sola —agregó cuando escuchó un crujido detrás de ella.

—Bien. Pero grita si me necesitas.

Ella lo ignoró y se dirigió al espacioso baño. Una encimera de granito y un fregadero blanco brillante parecían impecables. La habitación estaba decorada con recortes de cobre de flores silvestres y picos montañosos, las paredes del azul más pálido que jamás hubiera visto con pelusas blancas salpicadas sobre ellas como nubes tenues. La bañera hundida parecía lo suficientemente grande para un equipo de fútbol, y la ducha

tenía dos cabezales y un asiento de banco lo suficientemente ancho para dos personas. Era hermoso y hogareño, y tan diferente al apartamento del tamaño de una ratonera en el que se había estado quedando, que se sentía como estar en un hotel de cinco estrellas. Incluso las toallas blancas brillantes eran gruesas y esponjosas. Cuando se llevó una a la nariz, olía a lavanda.

La habitación era casi demasiado bonita para usarla. ¿Sentarse en el baño blanco y brillante? Sacrilegio.

—Esto es ridículo.

—¿Me necesitas? —La voz levantada de Derek atravesó la puerta cerrada.

—No. Estoy bien —dijo rápidamente. Lo último que necesitaba era que él se ocupara de sus asuntos. Con una risita, terminó, se lavó las manos y aprovechó uno de los dos cepillos de dientes nuevos que se habían colocado sobre la encimera. Laura asumió que ese pequeño toque había sido de la esposa de Jake, Claire, y ella se sintió agradecida. Inspeccionó el moretón de su mejilla y suspiró. No era exactamente atractivo, pero podría haber sido peor. El ridículo trozo de gasa blanca, que una enfermera demasiado entusiasta le había pegado a la cabeza, se tenía que ir. Se lo quitó e inspeccionó los puntos debajo. Pero ella no podía verlos. Las puntadas tenían que ser profundas. No había nada en su piel que ver más que unas vendas de mariposa que cubrían la parte superior. Dejaría una cicatriz, pero podría cubrirla con su pelo, y era mejor que estar muerta.

Tiró la gasa a la basura, y se limpió suavemente la cara con uno de los paños. Una vez hecho eso, miró la ducha grande.

Sí. Sí. Sí. Ella quería una ducha. Pero eso no era lo único que quería. Estaba cansada de jugar a lo seguro. Y si lo de anoche no asustó a Derek, ella estaba empezando a tener esperanza, incluso a creer que nada lo haría. ¿Lo otro de anoche se lo había recordado? La vida era corta. Demasiado corta para negar sus sentimientos cuando se trataba del hombre que la esperaba en esa cama.

Se dirigió a la ducha, corrió la puerta de cristal y abrió el agua,

dejando que se calentara antes de volver a la puerta. La abrió para encontrar a un Derek preocupado que miraba al otro lado.

—¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda? —La miró de arriba abajo, todo era negocios. Y eso no bastaría.

Enrollando sus manos alrededor del dobladillo de la camiseta negra que llevaba puesta, se la puso sobre la cabeza y la tiró al suelo. Ella estaba ante él con nada más que un par de calzones de bikini azul marino cubiertos de brillantes lunares amarillos. No eran exactamente lencería de Victoria's Secret, pero eran lindos, divertidos, y a Derek no parecía importarle que no llevara una tanga roja picante.

—Me vendría bien tu ayuda en la ducha.

—Laura. —Agitó la cabeza, pero sus ojos vagaban por su cuerpo como un hombre hambriento inspeccionando un festín— No creo que sea una buena idea. Todavía estás herida y no quiero...

Ella se había acercado, sus manos trazaban la línea de tatuajes en su cuello y hombros, decidiendo qué sección besaría primero. Pero sus palabras la congelaron en su lugar y ella lo miró.

—¿No quieres qué? ¿No me quieres?

CAPÍTULO DOCE

LEVANTÓ SUS MANOS PARA PONERLA EN SU CARA Y LA SOSTUVO, mirándola a los ojos sin parpadear.

—Te deseo tanto que apenas puedo respirar. Pero estás herida y asustada, y no quiero aprovecharme.

Deslizando su mano por el pecho de él, Laura se movió hacia abajo hasta que puso la dura longitud en su mano. Al menos, él no era inmune a ella. Lejos de eso

— Sé lo que quiero, Derek. Y estoy cansada de estar asustada.

— ¿Asustada de qué? ¿De mí?

Laura asintió y se puso en sus brazos. “Sí”. Usando ambas manos ahora, ella empujó sus calzoncillos negros por encima de sus piernas y lo besó en el torso hasta que se arrodilló ante él y pudo tomar lo que realmente quería. Se tambaleó mientras ella chupaba su dura longitud, metida en su boca tan profundamente como podía. Ella no empezó lentamente, lo tragó como si nunca se hubiera cansado de él, y trabajó sus testículos con una mano. Su otra mano la utilizaba para rasguñar suavemente sus abdominales duros como roca y agarrar un puñado de su trasero apretado.

Dios, era perfecto. Tan caliente. Tan malditamente hermoso. Laura lo quería salvaje. Quería hacerle saber lo mucho que significaba para ella. ¿Palabras? Era terrible con las palabras. Pero podía mostrarle cuánto le importaba su boca, sus manos, su cuerpo. Ella podía adorarlo, amarlo,

sin decir una sola palabra.

—Dios, Laura. —Su respuesta gutural solo la animó, y ella giró su lengua alrededor de la punta de su pene antes de chuparlo más fuerte, más rápido. Él trató de alejarse, pero ella le sostuvo los testículos para mantenerlo en su lugar y así poder hacer lo que quería hacer. Perdería el control. Entraría en su boca y se rendiría a ella. Ella lo quería. Quería que él le diera todo. Estaba codiciosa por ello.

Él explotó en la parte posterior de su lengua segundos después con un grito gutural, y ella se lo tragó como un caramelo. Mirando hacia arriba, ella sostuvo la mirada profundamente, y observó cómo se estiraban las cuerdas de su cuello. La mirada de placer en su cara le dio todo.

Cuando terminó, ella besó la punta de su polla y se puso de pie, dejando sus bragas en un pequeño montón que se cayó de sus tobillos mientras se dirigía a la ducha. Él la miraba, con sus ojos pegados al balanceo de sus pechos, la curva de sus caderas. Ella tenía un buen trasero, había pasado largas horas en motocicleta para conseguir estas curvas.

Sonriéndole, Laura se metió bajo el agua y dejó la puerta abierta. Puso su cara en el rocío, y se estremeció cuando el agua golpeó el corte en su frente. Pero, incluso el dolor, era bienvenido. Se sintió entumecida. Entumecida, fría y sola sin Derek. El mundo se había convertido en un gris conmocionado. La única vez que se sintió viva fue estando con él.

Usó el agua para enjuagarse la boca, y para esconder las lágrimas que lloraba su cansado corazón. Necesitar a Derek Walker nunca había sido parte de su plan cuando huyó de Las Vegas. Pero aquí estaba ella, perdida y asustada, y lo único que evitaba que se rompiera en un millón de pedacitos era él.

El silencio era sofocante y empezó a preocuparse por si había calculado mal y había cometido un terrible error. ¿Y si no la quería? ¿Y si solo quería que fueran amigos? Él nunca había hecho nada para hacerla creer que la rechazaría, pero tampoco había actuado exactamente como un adolescente cachondo.

—Laura. —Su nombre. Eso era todo lo que él tenía que decir, y ella se derritió. —Date la vuelta.

Lo hizo, y Derek se metió en la ducha con ella y cerró la puerta detrás de él. El agua caliente cayó en cascada sobre su cabeza, corriendo por su cabello y por su espalda mientras él se movía en lo que parecía ser cámara lenta. Sus manos se posaron sobre sus caderas, y él la acercó hasta que sus pechos desnudos fueron presionados contra su pecho.

Bajó la cabeza y la besó. Ella estaba esperando algo fuera de control y salvaje, pero su toque se sintió diferente esta vez. Reverencial. Deliberado. Ella se aferró a él, temblando. El momento se sintió demasiado grande, como estar al borde de un acantilado sabiendo que caería. Estaba enamorada. Era estúpido e imprudente, y totalmente distinto a ella, pero era demasiado tarde. Derek era el dueño de su corazón y su alma. Peor aún, había empezado a confiar en él.

Arrancando sus labios de los suyos, retrocedió hasta que su espalda tocó la fría baldosa gris que cubría las paredes de la ducha y lo alcanzó, tratando de acercarlo. Duro y áspero. Un polvo rápido y sucio en la ducha con el hombre más sexy que haya conocido.

El agua golpeó sus musculosos hombros y corrió sobre sus tatuajes como ríos negros sobre su piel. Le dolía inclinarse hacia delante y trazar el patrón con la lengua; eso llevaría demasiado tiempo. Estaba duro otra vez, listo para llenarla. Todo lo que tenía que hacer era empujarlo.

Sus oscuros ojos parecían casi negros mientras se elevaba sobre ella en la ducha. Laura levantó una pierna a su cadera, alineando su pene con su centro mojado. Estaba lista. Ella lo quería. Justo así. Ahora mismo.

Derek agitó la cabeza y levantó los brazos para que sus codos descansaran a cada lado de la cabeza de ella, rodeándola con la vista, el olfato y el calor de él.

—¿Es esto lo que quieres, Laura? ¿Caliente y duro contra la pared?

—Sí. —Y también quería que se apurara, pero no lo dijo. Eso era un hecho.

—No tengo condón.

Laura envolvió sus dedos alrededor de la dura longitud de él, y usó

su agarre para acercarlo.

—He estado en control de la natalidad durante años. No necesitamos un condón. —Él no se movió, simplemente la miró con esos ojos oscuros que podían ver dentro de su alma; ella se inclinó hacia adelante, y él se llevó el pezón a la boca, tirando y estimulando, mientras su pene saltaba en su mano—. Estoy limpia, Derek. Te lo prometo. Por favor.

Su cabeza estaba empezando a latir y no quería perder el momento, este momento, con él. Cuando ella le levantó la cara, él estaba allí, esperando. Reclamó su boca, con un beso largo y sin prisas, como si tuviera horas para dedicarle solo a besarla. Era implacable, no empujándola, sino domesticándola, forzándola a esperar. Finalmente, Laura se rindió, dejó que él marcara el paso, dejó de intentar presionar sus botones.

Pero besarlo hizo que sucedieran cosas extrañas dentro de su cuerpo. Ella todavía estaba mojada y adolorida, vacía, deseosa de que él la llenara, la reclamara como suya. Pero esto era algo más que solo sexo. Se sentía como si le perteneciera. Familiar. Se sentía como en casa.

Cuando Laura pensó que se volvería loca si él no se movía, él lo hizo, bajando una mano para tomar su calor húmedo durante unos segundos antes de explorar sus suaves pliegues con sus dedos, deslizando dos de ellos dentro de ella. Sus piernas se rindieron, pero él la atrapó mientras ella gritaba de placer, tan hinchada y sensible por su tacto que estaba al borde del orgasmo solo por cabalgar sus dedos. La besó hasta que ella dejó de hacer ruido, robándole sus gemidos y lloriqueos y tragándose los como si fueran suyos. Tocó su cuerpo hasta que un toque más la destrozaría en un millón de pedazos, luego colocó su pene en la entrada de su núcleo, y la levantó más alto en la pared y la sostuvo atrapada allí mientras él entraba en ella con un sólido empujón.

Su mundo explotó, sus músculos internos se apretaron como un puño en un espasmo, presionándolo y tirando de él más profundamente. Antes de terminar, se movió, llevándola hasta el pequeño asiento del banco. Se sentó y la tiró hacia abajo encima de él, quedando su espalda bajo el cálido rocío del agua mientras ella se deslizaba hacia abajo, cogiendo más

de él, con sus rodillas anchas descansando sobre el duro asiento mientras ella lo montaba, aplastándolo para que su clítoris golpeará los duros planos de su abdomen con cada subida y bajada.

Sus manos la sostenían de espaldas, la acariciaban como si fuera hermosa y deseable, como si fuera perfecta. Incapaz de resistirse, bajó sus labios hasta el cuello de él, e hizo lo que había soñado durante semanas, trazando todas y cada una de las líneas del tatuaje con la lengua, besándolas con los labios, mordisqueándolas con los dientes, a medida que la tensión se acumulaba en su cuerpo de nuevo, más rápido esta vez, más caliente.

—Derek —dijo su nombre como una oración. Ella lo sabía, escuchó la necesidad en su propia voz, pero no pudo esconderse de él. Aquí no. Ahora no.

—Dilo de nuevo —dijo él; ella levantó los labios de su mandíbula y lo miró a los ojos.

—Derek.

Sus manos vagaban por sus curvas, encontraron las curvas redondas de su trasero y las separaron, abriéndolas mientras él se movía debajo de ella, yendo más profundo. Sintió cómo sus ojos se ensanchaban, conmocionados, segundos antes de que se cerrasen de placer.

—Abre los ojos, Laura. Quiero que digas mi nombre cuando te vengas. Solo mi nombre. Nada más.

Laura ignoró la orden, besándolo en su lugar. Con un suave gemido, movió sus manos a la parte superior de sus caderas, y tiró de su cuerpo hacia abajo sobre el suyo, sosteniendo su sensible clítoris sobre su cuerpo mientras se frotaba, moviéndose de un lado a otro lo justo para volverse loca, con su pene enterrado profundamente.

El orgasmo llegó a ella como un maremoto sin previo aviso. No podía concentrarse, ni siquiera en un beso. Dejó caer su frente sobre su pecho y le dio exactamente lo que él quería, cantando su nombre cuando su cuerpo explotó con él en su interior.

Cuando terminó, la sostuvo durante largos minutos antes de lavarla suavemente en todas partes. Estaba demasiado cansada o repleta para

estar de pie, así que la puso en el banquillo. Lavó su cabello. Añadió acondicionador y enjuagué. Laura no protestó, simplemente dejó que se saliera con la suya mientras él la lavaba suavemente por todas partes.

Medio dormida, ella observó como él lavaba su cuerpo caliente rápidamente antes de cerrar el agua y agarrar un par de toallas. Estaba seca en unos diez segundos; la toalla alrededor de sus caderas era lo más sexy que había visto. Se tomó su tiempo para secarla suavemente, sacándole el agua del cabello mientras ella dejaba que él la cuidara. Se sentía bien, demasiado bien para ser real.

Laura lo alcanzó donde él se arrodilló a sus pies, secando sus pantorrillas, y enterró sus manos en su glorioso cabello oscuro.

—Derek.

Levantó su mirada hacia la de ella, la mirada en sus ojos suave y difícil de leer.

—¿Qué pasa, nena?

¿Nena? ¿Acaba de llamarla “nena”? Laura ignoró eso.

—Me duele la cabeza. —No quería decírselo, no quería admitirlo, pero tenía que reconocer que esta vez, probablemente, había exagerado—. Necesito acostarme.

Sin decir una palabra la levantó en brazos y la llevó de vuelta a la cama. Una vez que ella estaba libre de la toalla y se acomodó entre las sábanas, Derek la arropó y tomó su teléfono. Sentía pena por quien estuviera al otro lado de la llamada. Era temprano. Laura intentó coger su móvil antes de que pudiera arruinarle la mañana a alguien.

—Es temprano Derek. No llames a nadie. Probablemente estén durmiendo.

La miró como si estuviera loca.

—¿Crees que me importa un bledo? Tú eres lo único que importa ahora, Laura. La única cosa.

Eso la sorprendió en silencio cuando alguien contestó el teléfono.

—Es Derek. Laura dice que le duele la cabeza.

Quienquiera que estuviera al otro lado de la línea, y ella apostaría dinero a que era su hermano médico, Mitchell, dijo algo que hizo que las

mejillas de Derek se pusieran rosadas.

—Lo sé, lo sé. Soy un idiota. Solo dime qué hacer ahora.

Laura cogió su mano y se sintió aliviada cuando sus dedos se enredaron con los de ella.

—Gracias por nada.

Cuando colgó, ella no pudo evitar sonreír ante la mirada gruñona de su cara.

—¿Qué pasa?

—Mitchell dice que no puedes tomar analgésicos por si el dolor de cabeza empeora. Solo tienes que sufrir.

—¿Eso es todo? —Por la mirada en su cara, uno hubiera pensado que el mundo se estaba acabando.

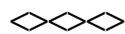
—¿Qué quieres decir con eso? —Puso su teléfono en la mesita de noche y se inclinó sobre ella, tapándole la mejilla ilesa—. Eso es todo. Estás sufriendo y no puedo ayudarte.

Dios, era demasiado. Simplemente, demasiado. Laura giró la cabeza y besó la palma de su mano.

—Estoy cansada. Eso es todo. Y tú puedes ayudarme a sentirme mejor.

—¿Cómo?

—Abrázame. —Era la petición más ridícula que había hecho en su vida, y esperó, casi haciendo una mueca de dolor anticipándose a su reacción. Pero todo lo que hizo fue tirar la toalla al suelo y trepar por debajo de las sábanas junto a ella. Cuando se instaló, ella se acurrucó en sus brazos y se durmió rápidamente.



Derek vio a su familia reunirse alrededor de Laura y tratarla como a una princesa. Lo cual era perfecto, y exactamente lo que él quería. Claire trajo su té con miel; Jessica compartió su estatus de inválida y no se avergonzó de apoyar sus pies en el sofá; su vientre hinchado le ganó el derecho a ser mimada. Todos sus hermanos estaban aquí, y sus esposas.

Las nuevas incorporaciones a la familia de Mitchell, el grupo de Castillo, estuvieron presentes, así como Connor y un par de peones del rancho de Jake y sus esposas. Los padres de Claire habían llegado junto con Miss Bea y sus mágicos panecillos de menta y chocolate con glaseado de malvavisco en honor al día. El padre de Jessica, el donante de esperma, estaba sospechosamente ausente, pero como ni Jessica ni su hermano parecían preocuparse, no preguntó. Sabía todo sobre la difícil dinámica familiar.

Era Navidad, y todos se habían reunido para celebrar. Y Laura, su Laura, estaba prácticamente resplandeciente con una extraña combinación de felicidad y dolor. Se dio cuenta de que no sabía hacía cuánto tiempo había perdido a su padre. Diablos, él no sabía mucho de ella.

—Si sigues mirándola así, todos vamos a pensar que estás enamorado.

CAPÍTULO TRECE

LA VOZ A SU LADO ERA SUAVE Y FEMENINA, una voz sexy y sensual que vendió millones de discos de éxito para su nuevo sello y le había robado el corazón a su hermano menor. Erin, la pequeña rubia, tenía su brazo alrededor de la cintura de Chance, sorbiendo un vaso de ponche de huevo con mantequilla de ron.

Chance, el pequeño bastardo, no dijo una palabra, pero la sabia sonrisa en su cara lo dijo todo. Por una vez, a Derek no le importó.

—Ella es mía y no voy a dejarla ir.

Chance levantó la frente.

—¿Ella lo sabe?

Derek echó un vistazo a la esquina del sofá donde estaba encajada en los grandes cojines viendo al hermano de Erin tomar una clase de vals de Miss Bea. Su sonrisa era suave y parecía cansada, pero contenta de dejar que el ruido y el caos de la familia reunida para la Navidad fluyera a su alrededor. La casa no había estado llena de alegría y risas así desde que eran niños. Su madre hacía todo lo posible en Navidad e invitaba a medio pueblo. Se había sentido así, ruidoso, caótico y maravilloso.

—Había olvidado cómo se sentía esto. —Volvió a mirar a su alrededor antes de girarse para ver la reacción de Chance. La sonrisa de su hermano menor era tan agrisada como Derek sentía—. Sí, a mamá le hubiera encantado esto. —Levantó su propio vaso de ponche de huevo hacia Laura—. Y a ella le hubiera encantado Laura.

Sí, a su madre le hubiera encantado Laura con su bengala por vivir en voz alta y arriesgarse.

—¡Regalos! ¡Regalos! —Claire y Jessica comenzaron el canto, que la banda Castillo rápidamente convirtió en una oportunidad para un rápido número a capella. El árbol era enorme, por lo menos diez pies de alto y decorado con tantas cosas brillantes, que Derek ni siquiera trató de distinguir los adornos individuales. No quedaban muchos regalos, ya que todos los habían intercambiado antes de venir a cenar y a beber, pero había un regalo bajo el árbol con un lazo gigante de oro y plata. Lo había olvidado por completo, pero Mitchell debió haberlo encontrado en su Jeep. Claire sacó el regalo y se lo tiró.

—Derek tiene uno este año. Debe haber sido un buen chico.

Mientras todos abucheaban esa evaluación, Laura comenzó a levantarse de su silla.

—No. Derek. No se suponía que lo abrieras eso. —Cuando todo el mundo se quedó en silencio y miró fijamente, Laura se sonrojó y volvió a sentarse.

Bueno, cualquier posibilidad de escapar de esto siendo no detectado acababa de evaporarse cuando los entrometidos miembros de su familia se volvieron hacia él con miradas más que curiosas. Laura tenía la cabeza enterrada detrás de las manos, pero había dejado de protestar. Su reacción le fascinó, y no podía esperar a ver qué podía haberla avergonzado tanto.

Con una sonrisa soltó el arco y abrió la caja para encontrar un simple sobre blanco dentro. Abrió el sobre, y se sorprendió por lo que vio.

—¿Y bien? —Jessica gritó desde el otro lado de la sala.

Claire tenía sus manos encima de las de su esposo; el cuerpo gigante de Jake estaba detrás de ella, desde donde él la abrazaba con calidez.

—Ríndete, Derek. Todos estamos muriendo aquí.

—Debe ser algo bueno. —Miss Bea añadió con una risita traviesa. Derek pensó que su coraje era la razón por la que seguía viva y coleando.

Tuvo que leer el contenido dos veces, incapaz de procesar lo que vio.

Erin no tenía ese problema. Se inclinó y comenzó a leer en voz alta al

grupo.

—Dos semanas en el exclusivo Pink Sand Resort en Islamorada, una isla paradisíaca con todos los gastos pagados en los Cayos de Florida. Nuestro resort cuenta con un lujoso spa, además de snorkel, clases de surf y una experiencia única con delfines. —Su voz se desvaneció mientras levantaba la cabeza—. Demonios. ¿En serio? ¿Le compraste unas vacaciones?

—¿A la playa? —añadió Chance, pareciendo confundido.

Mitchell arruinó todo el maldito asunto.

—¿Qué le compraste tú, amante?

Dios. No le había comprado un regalo, pero había estado pensando en algo, jugando con una idea que sabía que era una parte de desesperación y nueve partes de locura. Pero se sintió bien y supo cuando las palabras se asentaron a su alrededor como caramelo caliente y derretido que había tomado la decisión correcta—. Una Ducati 1200S negra, a medida.

El grito ahogado de Laura lo hizo sonreír. Oh, sí. Conocía el camino al corazón de su mujer.

—No, Derek. ¡No! Eso es demasiado. —Se puso en pie de un salto y se balanceó. Afortunadamente Mitchell se movía rápido, estaba cerca, al lado de Jessica que estaba justo al lado de Laura en el sofá. Derek estaba al otro lado de la habitación con Laura en sus brazos en segundos. La arropó, la abrazó a su alrededor mientras ella recuperaba el equilibrio.

—Silencio. Hablaremos de ello más tarde. —Habrían de muchas cosas, como la motocicleta y los boletos para la playa. Él iría, pero solo si ella estuviera a su lado. Se volvió hacia Mitchell.

—¿Cuánto va a durar este mareo?

Mitchell se encogió de hombros.

—Ni idea. Unos días. Tal vez una semana. Tal vez dos.

—Esa es una respuesta basura, hermano.

—Entonces deja de irritarla... —La ceja levantada de Mitchell y sus insinuaciones no se perdieron en Derek.

—Basta. Estoy bien. —Laura le empujó el pecho.

—Bueno, tengo hambre. —La voz profunda de Jake rompió la tensión en la habitación, y todos se apresuraron a estar de acuerdo. Se mudaron al otro cuarto para darse un festín, y reírse y disfrutar del día. Derek mantuvo a Laura cerca, se aseguró de que comiera, y luego la llevó arriba a descansar cuando notó que estaba fallando. Él la observaba constantemente, temía no ver las señales, temía que su lesión en la cabeza fuera peor de lo que mostraban los escáneres o que ella no le estuviera contando todo.

Cuando él se agitó al final de la cama, Laura hizo un gesto con la mano para despedirlo.

—Vete. Estoy bien. Ve a estar con tu familia.

Ignorándola completamente, se subió a la cama y la llevó de vuelta a su pecho, la envolvió en sus brazos y la sostuvo mientras ella se dormía. Cuando su respiración se ralentizó y él supo que estaba durmiendo, susurró:

—Ustedes son mi familia.

Amaba a sus hermanos. Amaba a sus nuevas esposas. Pero Laura era especial. Ella era suya y la idea de perderla lo aterrizzaba.

Unas horas más tarde, un suave golpe sonó en la puerta. Levantó la cabeza cuando Jake metió la cabeza en la habitación.

—Oye, hombre. Brandon está aquí.

—Gracias. —Jake cerró la puerta, y Laura se movió en sus brazos.

—¿Brandon? ¿Es ese el chico del que eres mentor?

—Sí. Lo invité hace unas semanas. Él, su madre de acogida y sus dos hermanos de acogida.

Laura sonrió.

—Bueno. Ya puedo levantarme. Me siento mejor. —Se dio la vuelta para enfrentarse a él, y él la dejó porque quería besarla. Y así lo hizo. Ella se fundió en sus brazos con un suave suspiro que la haría tambalearse en segundos si no se detenía. No podía parar. Con una risa juguetona le pegó en el hombro.

—Eres tan malo.

—Solo para ti, nena.

Sus ojos estaban nublados por la emoción de la ternura, pero él no podía retractarse.

—Vamos. Esos pobres chicos, probablemente, ya estén enloqueciendo. ¿Conocen al resto de tu familia?

—No.

—¡Gaaa! Vamos, hermano mayor. —Bajaron para encontrar a los tres chicos acurrucados alrededor de un sistema de juego que Jake tenía en su estudio. Todos gritaron saludos cuando Derek se acercó y le lanzaron un controlador. Cuando se sentó en medio de ellos, preguntando si habían comido pastel y dulces y los suficientes, Laura se apoyó contra la puerta con una sonrisa y vio al hombre que amaba hacer que tres niños perdidos se sintieran importantes de nuevo.

Unos minutos después, Connor se puso a su lado.

—Hola, Laura.

—Connor. —Su sonrisa era genuina, así que ella respondió de la misma manera. Todos los que rodeaban a los hermanos Walker parecían ser personas sinceras, bondadosas y afectuosas. Era como si vivieran en una burbuja. Una burbuja perfecta e idílica. La imagen estaba tan lejos de su propio pasado que Laura sintió como si estuviera aguantando la respiración, esperando que una aguja gigante cayera del cielo y volara todo esto, haciendo estallar sus delirios con un estruendo escandaloso que la sacudiría hasta la médula.

Ambos vieron a Derek jugar con sus jóvenes invitados durante varios minutos antes de que Mitchell pasara, echaron un vistazo y se rieron.

—No puede evitarlo, ¿verdad?

Jake, que estaba sentado en el sofá detrás de ella, se encogió de hombros.

—No. Está en su ADN.

—¿Qué hay en su ADN? —Ambos hermanos miraron a Derek con obvia lealtad en cada línea de sus rostros. Connor, también, parecía casi asombrado por Derek.

—Salvar a la gente.

“Salvar a la gente”.

Su burbuja explotó. Desapareció. Un chasquido de los dedos, y ella quedó destrozada. Derek salvaba a la gente, y ella era el peor desastre que había conocido. No gustaba de ella. Él no la quería, no realmente. Ella era un caso de caridad, alguien que lo necesitaba, alguien que necesitaba ayuda. Ella estaba rota y él arreglaba cosas rotas. Estaba *en su ADN*.

Su sonrisa se sintió frágil cuando asintió a Connor y Jake; Laura se abrió paso entre Mitchell y subió las escaleras tan calmadamente como pudo. Todavía tenía su teléfono, así que lo volvió a encender y usó su aplicación para conseguir un coche. Ella frunció el ceño cuando vio cuánto le costaría el viaje, pero no se quedaría aquí una noche más con Derek. No podía hacerlo, no cuando cada segundo de cada día se sentía como un caso de caridad. Tan pronto como el juicio terminara, no necesitaría que él la protegiera más y él se aburriría, seguiría adelante, encontraría a la siguiente damisela en apuros.

Carajos. Ni siquiera tenía ropa propia. Tomó prestadas algunas de las cosas de Claire para arreglárselas, pero no hubo forma de evitarlo. Tendría que asegurarse de devolvérselas a Claire antes de volar a Las Vegas en dos semanas.

El coche tardaría veinte minutos en llegar, así que Laura se encerró en el baño y trató de no llorar, pero no pudo. Llorar hizo que le doliera la cabeza. Pero la mirada fija en la ducha le dolía más, así que volvió al dormitorio y se recostó a esperar. Miró al techo, reviviendo cada minuto de las últimas horas una y otra vez en su mente: ella se había arrodillado y metido su pene en su boca. ¿Qué tipo diría que no a eso? Ella lo había atrapado en la ducha, le puso la pierna en la cadera y le rogó que se la follara. Incluso había comprado los estúpidos boletos para Key West, y él ni siquiera se molestó en comprarle un regalo, cuando habían pasado horas en el centro comercial comprando presentes para las mujeres de su familia, sus nuevas hermanas. Hasta Miss Bea había recibido un regalo.

¿La Ducati? ¿Esa pieza de arte personalizado en su tienda? Esa motocicleta valía miles, diez veces más de lo que sería un regalo razonable para una mujer que solo había conocido unas pocas semanas.

No había nada más que la verdad.

Simplemente, no le gustaba tanto. Laura estaba disponible, necesitaba su ayuda y había estado más que dispuesta a acostarse con él. Era un buen tipo, pero no era un santo. Ningún hombre cuerdo habría rechazado lo que ella le ofreció esta mañana, sin condiciones. Nunca dijo que la amaba. Diablos, ni siquiera había dicho que sentía algo por ella. Todo lo que mencionó fue protegerla, mantenerla a salvo. Y eso no era suficiente, no cuando cometió el mayor error de su vida al enamorarse de él.

—Soy una idiota. —Cuando Claire, Erin y Jessica se acurrucaron alrededor de ella preguntando por los detalles, haciendo que sonara como algo especial, solo fueron ilusiones y Laura se alimentó del sueño.

Tenía que salir de aquí. La unión de toda la familia abajo la haría perder completamente la cabeza. Le dolía la cabeza. Le dolía el cuerpo. Su mejilla parecía como si Iron Man la hubiera golpeado. Y nada de eso era comparable a la hoja del cuchillo proverbial que la apuñaló directamente en el corazón.

Su teléfono celular sonó, y Laura contestó, asegurándole al conductor que estaría allí en un minuto. Mirando a su alrededor, fue lo suficientemente estúpida como para usar su teléfono celular para tomar fotos de la cama con sus sábanas desordenadas y el baño donde había estado con Derek. ¿Patético? Probablemente. Pero quería ser capaz de recordar cada detalle de su tiempo juntos. Puede que él no estuviera enamorado de ella, pero ella sí lo amaba. Nunca había estado con un hombre que la hiciera sentir la mitad de lo que Derek podía con un beso.

—Adiós, Derek. —Se secó una lágrima de los ojos, agarró sus cosas y dejó atrás la tierra de la fantasía.

CAPÍTULO CATORCE

LAS VEGAS, dos semanas después...

—¿Dónde está ella? —Derek paseaba por el pasillo del palacio de justicia de Nevada, enfurecido a cada paso. Tenía ira incontrolable hirviendo bajo la superficie de su piel mientras esperaba, indefenso, a que la mujer a la que amaba viniera y mirara fijamente a un asesino.

—El juicio se reanudará en diez minutos. Imagino que esperarán a traerla aquí hasta el último momento. —Chance se levantó la manga de su traje de rayas azul marino y revisó su reloj— Dudo que la quieran expuesta a ese imbécil por un minuto más de lo necesario.

Esa era la verdad. Cada minuto era demasiado largo, en opinión de Derek. Laura había desaparecido el día de Navidad. Ella no había respondido a sus llamadas o mensajes de texto con más de un brío. *Estoy bien o estoy a salvo o no te preocupes por mí.*

Todo lo cual lo ayudó a respirar, pero nada de eso era lo suficientemente bueno. Ella lo amaba. Lo había visto en sus ojos. Lo sintió cuando hicieron el amor. Y sí, era un término romántico y estúpido, pero se había follado a otras mujeres. No había nada como tocarla. Nada más se le acercaba a eso.

—¿Dónde está ella?

—Segundo verso, igual que el primero. —La respuesta rítmica de

Chance no hizo nada para calmar los nervios de Derek.

¿Por qué se había escapado así? No dejó nota. Nada. Un minuto la había estado abrazando, ¿y al siguiente? Desapareció. Se había desvanecido como un fantasma, excepto que su corazón sabía la verdad, que ella era real y que estaba en el mundo dolida y sola, y sin dejar que él la cuidara.

Los largos y estériles pasillos fueron construidos como una cámara de eco, seguro que intimidarían a cualquiera que tenga la mala suerte de necesitar estar aquí. Las voces se transportaban, pero eran confusas, como si el espacio fuera demasiado grande para contenerlas. Las frías baldosas estériles también, que cubrían los pisos enormes, eran oscuras y siniestras. Se sentía como si estuviera en una maldita morgue.

—Odio esto. —Derek se sentó en uno de los bancos de madera dura que cubrían el pasillo y se pasó los dedos por el cabello.

Chance se puso delante de él. No había absolutamente nada que su hermanito pudiera hacer para ayudar. Claro, era abogado, pero no tenía licencia en Nevada y no tenía nada que ver con el juicio de Laura. Todo lo que estaba haciendo era mantener a Derek cuerdo. La jergonza legal, todo el lenguaje, los términos y toda esa basura habrían hecho que Derek perdiera la cabeza. Solo le importaba una cosa, encontrar a Laura y asegurarse de que nunca más lo dejara.

Ella, con su agudo pisar de tacones altos, le hizo levantar la cabeza hasta el final del pasillo. Y allí estaba, de pie al lado del fiscal y de dos oficiales armados que se acercaban a la retaguardia.

Al menos, Laura tenía algo de protección, porque el idiota que la esperaba dentro con su caro traje negro y corbata se veía tres cuartos loco.

Él se puso de pie cuando se acercaron, y cuando ella finalmente levantó la mirada de la conversación que había estado teniendo con el abogado, jadeó cuando lo vio.

—Derek. ¿Qué estás haciendo aquí?

Los oficiales que la acompañaban se adelantaron, pero ella les hizo señas para que se fueran.

—Está bien. Es un amigo.

¿Un amigo? ¿Era así como quería jugar a esto? Esa palabra retorció algo oscuro y necesitado dentro de él, pero ignoró el dolor que quería golpearlo. Se veía increíble con una falda suave de color crema y una chaqueta que la hacía lucir sana e inocente. Sin duda, la apariencia era parte de su plan. Su pelo estaba recogido con algunos mechones oscuros colgando sobre su cara. Ella había añadido un barrido de flequillo para cubrir la cicatriz que él sabía que aún estaría fresca y rosada en su frente. Los moretones de su cara habían desaparecido por completo o estaban cubiertos de maquillaje. Se veía impresionante. Preciosa. Perfectamente ensamblada. Casi lo tenía embrujado, hasta que Chance se acercó y la saludó.

—Hola, Laura.

—Chance. —Ella sonrió al hermano de Derek y le extendió la mano. Temblaba como una hoja. El abogado se excusó, diciéndole que tenía unos cinco minutos. Los dos oficiales se separaron, uno entrando a la sala del tribunal y el otro moviéndose unos metros para darles la ilusión de privacidad.

A Derek no le importaba. No necesitaba privacidad para esto. Quería que todo el mundo supiera que estaba enamorado de esta mujer. Chance miró entre ellos antes de apretarle el hombro a Derek.

—Estaré adentro.

Derek asintió con la cabeza; su mirada nunca abandonó la de Laura, ya que Chance desapareció tras las cerradas puertas dobles.

Laura se puso más derecha, juntó las manos y lo miró.

—¿Qué estás haciendo aquí, Derek?

—Te amo, Laura. ¿Dónde más podría estar? —No había querido soltarlo así, pero, maldición, habían pasado casi dos semanas desde que ella desapareció, y él no había podido dejar de pensar en todos los errores que había cometido. No decirle cómo se sentía siendo el más grande.

Laura parpadeó lentamente, como si él hubiera hablado en un idioma extranjero.

— ¿Qué?

— Dije que te amo, Laura. ¿Dónde más podría estar?

Ella agitó la cabeza.

— No lo hagas. No puedo lidiar con esto ahora.

Eso fue justo, y ahora se sentía como un idiota. No estaba haciendo nada bien.

— Lo siento. Solo quería que supieras cómo me sentía.

La puerta se abrió y el alguacil sacó la cabeza.

— Señorita George. Ha sido llamado a testificar.

Ella asintió.

— Por supuesto. — Miró fijamente a Derek mientras ella pasaba y su pecho se llenó de orgullo por su compostura, su coraje.

— Estaré aquí todo el tiempo. Podemos hablar después de que entierres a este tipo.



Derek estaba aquí.

¿Por qué? ¿A qué estaba jugando? ¿Y por qué le decía que la amaba? ¿Por qué ahora? Su mente estaba concentrada en otras cosas y no podía permitirse la distracción. Ella lo sabía, regañó a su estúpido corazón por saltar en su garganta cuando lo vio. Pero no había manera de detener la tontería ahora. Estaba *aquí. Para ella*. Seguro que eso tenía que significar algo.

Estaba colgando de un hilo, su corazón acelerado, la adrenalina corriendo a través de ella. La sensación de temblor, medio aterrorizada, medio alegre, era a la que estaba acostumbrada mientras montaba o hacía acrobacias, pero no de esta manera. Normalmente, estaría protegida por cuero y un casco. Normalmente, sentiría el poder de la máquina que cabalgaba debajo de ella, alimentando su coraje. Pero hoy estaba expuesta, su armadura era nada más que una fina capa de seda

color crema y tacones altos. Parecía la esposa de un banquero, una mamá de futbolista, la reina de la venta de pasteles del vecindario... y tenía que mirar fijamente a un asesino.

Laura preferiría atropellarlo con su motocicleta, y dejarlo por hoy.

Subió al estrado y prestó juramento, orgullosa de que su voz no se tambaleaba ni se quebraba. El fiscal de distrito y su equipo habían repasado las preguntas, lo que le preguntarían ellos y lo que, probablemente, le preguntaría la defensa. Laura estaba preparada, y miró a Benny cuando contó el momento en que él apretó el gatillo, para probarse a sí misma que podía hacerlo. Ser un cobarde no era aceptable.

“¿Pero no es eso exactamente lo que eras cuando abandonaste a Derek?”. La vocecita dentro de su cabeza no había dejado de atormentarla desde el momento en que huyó, cuando tomó su bolso, se fue directamente al aeropuerto, cambió su boleto y regresó a Las Vegas.

Derek y Chance estaban sentados en silencio; la mirada de Derek nunca se apartaba de su rostro mientras se veía forzada a contar cada detalle una y otra vez durante horas. Cuando el abogado defensor terminó de hacerla sentir como una prostituta drogadicta mentirosa — ninguna de las cuales era cierta, pero todas quedaban implícitas— casi se echó a llorar de alivio cuando el juez le dijo que podía terminar.

Salió de la sala del tribunal, directamente al pasillo y se dobló, con los brazos alrededor del estómago para luchar contra las náuseas que se elevaban y la ahogaban. Benny era tan vil, tan malvado, y ahora se sentía sucia, como si todo lo que ese estúpido abogado insinuaba sobre ella fuera cierto.

Meses de estrés, de mantenerse tranquila, habían terminado y sentía que se desintegraría en un millón de pequeños pedacitos.

—Ven aquí, Laura. —Y así como así, los brazos de Derek estaban alrededor de ella, sosteniéndola, manteniéndola unida. No habló, solo se derrumbó sobre él, contenta de estar en sus brazos mientras Chance estaba cerca, observando el pasillo; otro protector.

—Dios, eso fue horrible. —Ella temblaba; su temblor era casi incontrolable, como si estuviera helada y no pudiera controlar las

sacudidas en sus músculos.

—Ya se acabó —dijo Derek.

—No, no es así. —Laura agitó la cabeza—Tengo que quedarme hasta que termine el juicio en caso de que me llamen al estrado. Y entonces podría haber una apelación o un juicio nulo, o una docena de otras estúpidas razones por las que tendré que hacer esto de nuevo.

La mano de Derek ahuecó la parte de atrás de su cuello, masajeando la tensión de ella mientras le sostenía la mejilla contra su pecho. Su latido cardíaco constante, su calor, era un bálsamo calmante para su sistema hipersensible.

—¿Qué estás haciendo aquí, Derek? —hizo la pregunta, pero no se alejó para escuchar la respuesta, simplemente se quedó dónde estaba, absorbiendo cada gramo de él que pudo conseguir.

—Te amo, Laura.

—No lo sabes, Derek. Es un error. Solo era una damisela en apuros. Eso es todo. En unas semanas, cuando esto termine, estarás listo para seguir adelante. No soy nadie, una extraña que conoces desde hace semanas.

Sus dedos se detuvieron en su cabello, y Laura deseó haber esperado para sacar esto a relucir. No estaba lista para alejarse de él otra vez, todavía no. No era lo suficientemente fuerte para dejarlo ir. Esperaba que él se alejara y la regañara. En vez de eso, se inclinó hacia abajo, la tomó por las rodillas y la llevó más profundamente hacia el pasillo, hasta la puerta empotrada de una sala de audiencias que no estaba en uso. La puso de pie en un rincón, fuera de la vista del resto del mundo, y colocó sus codos a la altura de su cabeza como lo había hecho ese día en la ducha.

—¿Quieres repetirme eso?

—Derek —Quería demasiado que él creyera que lo que decía era verdad. El riesgo era demasiado grande. Le rompería el corazón tanto que nunca se recuperaría.

—Mírame a los ojos y dime que soy un extraño. Dime que no me amas, Laura.

Mordiéndose el labio, lo miró a los ojos, no podía mentir.

—No puedo.

—Dilo.

—¿Qué?

—Dime cómo te sientes, Laura. Sé valiente. Dime la verdad. Y confía en mí. Confía en mí, cariño. Confía en mí para que cuide de ti.

Su susurrada súplica rompió las malditas emociones de ella, y las lágrimas cayeron silenciosamente por sus mejillas mientras lo miraba a los ojos. Eran oscuros, estaban llenos de emoción, y completamente sin piedad.

—Te amo.

—No más correr. —Levantó su brazo para secarse una lágrima con la almohadilla de su pulgar.

—No más correr. —Estuvo de acuerdo.

—Cásate conmigo, Laura. Te amo, nena, tanto que duele. Quiero que todo el mundo sepa que eres mía.

En el momento en que terminó de hablar, ella soltó su respuesta. “Sí”.

La besó, de una forma gentil que se volvió violenta y con pasión en cuestión de segundos. Dios, se lo había perdido. Demasiado. Detrás de él, Chance aclaró su garganta.

—Odio interrumpir la fiesta, pero el tribunal entra en receso hasta mañana.

Derek apoyó su frente contra la de ella, tan sin aliento como Laura, mientras él respondía a su hermano.

—Vas a necesitar tu propia habitación de hotel esta noche.

La risa de Chance resonó por el pasillo mientras Derek acompañaba a Laura fuera del edificio y hacia su nueva vida.

EPÍLOGO

ISLAMORADA, los Cayos de la Florida, abril

La arena calentaba sus pies y el sol colgaba bajo, sobre el agua, en un brillante despliegue de rosas y naranjas que arrojaban un brillo surrealista sobre la gente reunida. Las palmeras flotaban sobre el borde de los senderos, y los turistas, más abajo en la playa, estaban empacando, listos para entrar.

Laura se sacudió el cabello y sonrió al hombre que amaba mientras caminaba por el pasillo improvisado que habían tallado en la arena. Su vestido era blanco con una falda esbelta y estratificada que bailaba alrededor de sus tobillos con la brisa del océano. Se había dejado el cabello suelto, como a Derek le gustaba, y llevaba un ramo mixto de flores rosas. Derek llevaba pantalones casuales y una camisa blanca de la isla que lo hacía parecer un apuesto y peligroso pirata. Un pirata sexy. Sospechaba que se había dejado crecer el cabello en los últimos meses, sobre todo, porque le encantaba enterrar sus manos en él cuando le hacía perder el control. Más aún, le encantaba pasar sus dedos por él y acariciarlo cuando estaban relajados y solos.

Y pronto, él sería suyo. Oficialmente. Anillos de oro y el mismo apellido. Su marido. Su amante. Su todo. El ministro que habían contratado para llevar a cabo la ceremonia también esperaba. Era

totalmente isleño, con pantalones blancos, camisa tropical y sandalias. Pero su firma era oficial. Podía hacer a Derek suyo para siempre, así que a Laura no le importaba mucho su aspecto.

Toda la familia Walker se abrió en abanico a su alrededor mientras ella tomaba la mano de Derek y se volvía hacia él. Erin y Chance. Jake y Claire. Mitchell y Jessica, y su nuevo bebé, el pequeño Tommy, que tenía los ojos verdes de su padre y el cabello castaño rojizo de su madre. Era regordete, guapo, absolutamente perfecto, y se veía contento de ser sostenido con la cabeza agachada sobre el hombro de su padre mientras su madre se apoyaba en el lado opuesto de Mitchell.

Tanto amor. Laura no estaba muy segura de dónde ponerlo todo. Estar alrededor de esta familia, después de tantos años de valerse por sí misma, fue casi como ahogarse, pero se sentía tan bien que no quería que se detuviera nunca esa sensación.

Frente a Derek, todo y todos los demás se desvanecieron en la nada. Nada más importaba.

—Te amo.

Se inclinó y presionó su frente contra la de ella.

—Yo también te amo.

—Comencemos. —El ministro inició la ceremonia, y la convicción en la voz de Derek al repetir sus votos tranquilizó los nervios que Laura no sabía que había tenido. Cuando llegó su turno, sus preocupaciones se desvanecieron, y ella sostuvo la mirada de Derek mientras le entregaba su vida a él sin reservas. El pasado era el pasado. Olvidado. Derek era su futuro.

Intercambiaron anillos, pero antes de que el ministro los declarara marido y mujer, Derek interrumpió. Metiendo la mano en su bolsillo, sacó un sobre. El amarillo, una vez brillante, se había desvanecido alrededor de los bordes.

Curiosa, Laura parpadeó confundida, y esperó en aturrido silencio mientras sus hermanos se acercaban. Fascinada por la extraña jugada, vio a Derek sacar una tarjeta del sobre. Respiró hondo, y Laura se acercó mientras empezaba a contarle una historia.

—Mi madre murió hace un año. Pero antes de morir, ideó un plan loco para asegurarse de que sus hijos encontraran la felicidad.

—Funcionó para mí. —Chance soltó su brazo alrededor de la cintura de Erin.

Cuando ella miró a Jake, él sostuvo su mirada por un minuto y asintió. Mitchell fue el último, pero cuando llegó a él, ya sabía la respuesta. Sorprendida de que una mujer pudiera amar tanto a sus hijos, Laura se volvió hacia Derek, intrigada.

—¿Qué hay en tu tarjeta?

Derek inclinó la cabeza y levantó las cejas hasta que ella y el resto de la familia se calmaron. Pero cuando habló, le habló directamente a Laura.

—Cuando éramos jóvenes, de unos doce o trece años, nuestra madre nos hizo escribir tres cosas que queríamos hacer en la vida. Tres sueños.

Guau. A Laura ya le gustaba, y ojalá hubiera podido conocer a la increíble mujer que crió a estos hombres.

—Pero no tuve tres sueños, Laura. Solo tuve uno. —Abrió la tarjeta y la dobló hacia atrás, revelando tres grandes palabras que recorrían todo el lado derecho del interior de la tarjeta con una letra descuidada de un adolescente. Lo leyó en voz alta.

—Proteger a mi familia.

—Jesús, Derek. —Ese era Mitchell, pero Chance gemía y Jake, el más joven, el más despreocupado, se reía.

—No me extraña que siempre fueras un dolor de trasero.

Derek los ignoró a todos, con su mirada fija en la de ella.

—Tenía miedo, Laura. Miedo de amarlos. Miedo de perderlos. Miedo de que me los quitaran como a mi madre y a mi abuela. —Se detuvo, y ella cogió su mano, entrelazando sus dedos, haciéndole saber que estaba aquí, amándolo— Tenía miedo de amarte, Laura. Toda mi vida, he hecho todo lo que estaba en mi poder para proteger a mi familia, para asegurarme de que mis hermanos estuvieran bien.

Sus dedos se entrelazaron con los de ella y se apretaron.

—Y entonces te conocí. Y me aterrorizaste. Fuiste atrevida. Imprudente. Valiente. Hiciste todo lo posible, y todo lo que pude hacer

fue verte vivir la vida en voz alta, y darme cuenta de lo cobarde que había sido.

—No. —Su protesta murió cuando él levantó un dedo y lo presionó sobre sus labios.

—Pero nuestra madre era una mujer increíble. Y ella lo entendió. De alguna manera, sabía que llegaría a este punto, a este momento. Y me escribió una nota que quiero leerle ahora.

El silencio era profundo, como si hubieran entrado en un espacio sagrado, y las lágrimas se formaban en sus ojos ante la dedicación y el amor puro de estos grandiosos hombres que la rodeaban.

Derek levantó la tarjeta y leyó en voz alta.

La familia es algo extraño, Derek. Algunas familias nacen, otras se hacen, pero siempre hay un comienzo. Y un final. No puedes proteger a la gente, hijo. Solo puedes amarlos. Ama mucho. Ama tan duro que duela. Regala tu corazón y que se rompa. No hay segundas oportunidades y no hay manera de evitar el dolor. Vive y conoce el dolor que viene. Pero la vida vale la pena. El amor vale el precio. Vivir y reír y herir y llorar. Sé valiente. Prométemelo, hijo. Prométemelo.

Te amaré para siempre, mi dulce niño. Mamá

Derek metió la tarjeta de nuevo en su sobre descolorido y se secó una lágrima del rabillo del ojo. Cuando él levantó su mirada hacia la de Laura, el dolor que ella vio era asombroso, pero también lo era el amor que brillaba en sus oscuros ojos.

—Te amo, Laura. Creo que me enamoré de ti en cuanto te vi. Quiero que mi madre y mis hermanos sepan que, finalmente, me di cuenta de lo que mamá estaba hablando. Y eres tú, Laura. Son tú, mis hermanos y esta familia. Y si muero mañana —se acercó, levantó su mano hacia su mejilla — ...o si me rompes el corazón, no me arrepentiré ni un solo momento de los que pasamos juntos.

Laura miró alrededor del pequeño grupo reunido en la arena y luchó

contra sus propias lágrimas. Sexy Derek era irresistible. ¿Derek el mandón? Adorable. Pero el hombre que estaba ante ella desnudó su alma con la misma facilidad con que respiraba. Su amor era absoluto. Intrépido. Y rompió todas las barreras que tenía. Las lágrimas corrían libremente por sus mejillas, y ni siquiera trató de detenerlas.

—Te amo, Derek Walker. Para siempre.

Derek nunca rompió el contacto visual; se inclinó hacia adelante y la besó. Su corazón estaba en el beso. Su alma. Suficiente amor para toda la vida, y se dio cuenta de que tenía razón. No importaba lo que pasara mañana, cambiaría una vida de mañanas por este momento. Para él.

El ministro que contrataron le aclaró la garganta.

—Ah-hmm. Aún no es hora de eso.

Derek sonrió contra sus labios y puso sus brazos alrededor de ella, profundizando el beso. Detrás de ellos, el resto de la familia se volvió loca, gritando y silbando. Viviendo. Riendo. Amando sin miedo. Que sería la forma en que Laura viviría su vida...

“De hoy en adelante, Derek, hasta que la muerte nos separe”.

LIBROS POR AMANDA ADAMS

Los Hermanos Walker

El soltero (*Estrellarse y arder*)

El vaquero (*A solas contigo*)

El casanova (*Contigo toda la noche*)

El temerario (*Hazme olvidar*)

Otros libros

Robando la Navidad (Casamentera mágica, Libro 1)

SOBRE AMANDA ADAMS

¡Suscríbete a la lista de lectores vip de Amanda!

<http://bit.ly/AmandaNews>

Amanda Adams escribe historias súper sexis de romance *new adult* (ficción para nuevos adultos) y contemporáneo. Es una autora a tiempo completo que pasa sus días tratando de caminar más y escribir menos.

Si come una ensalada en el almuerzo, se asegura de recompensarse luego con un chocolate (lo que cualquier mujer sensata haría). Amanda cree en el amor verdadero, en el amor a primera vista y en cualquier otro cliché que exista.

www.amandaadamsauthor.com

LIBROS POR AMANDA ADAMS
(ENGLISH)

The Walker Brothers Series

Crash and Burn
Alone With You
Up All Night
Make Me Forget

The Magical Matchmaker Series

Stealing Christmas
Billionaire's Obsession (TBA)

Romantic Suspense

While You Were Dead (with CJ Snyder)
Dead Reckoning (with CJ Snyder)
Maverick (with CJ Snyder)